

Sofia Kovaléskaia

UNA NITILISTA



Una nihilista trata de una muchacha que, educada por la aristocracia de la vieja Rusia zarista, comprende los ideales de la revolución campesina y se entrega a ellos con ardor. Esta nouvelle, que apareció tras la muerte de su autora, alcanzó muy pronto un gran éxito popular.

El primer capítulo, el encuentro con la voz narradora (cuyo «yo» no vuelve a sonar hasta el noveno), es de una modernidad asombrosa; resulta difícil creer que haya sido escrito hace más de un siglo. Pero lo que maravilla es la habilidad con que Sofía Kovalevskaja (1850-1891) coge a su lector de la mano y no le suelta hasta el final.

Sofia Kovalévskaja

UNA NIHILISTA

Editorial: Maldoror

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

YO tenía veintidós años cuando vine a vivir a Petersburgo. Hacía cerca de tres meses que había terminado mis estudios en una universidad extranjera y, con mi doctorado bajo el brazo, había regresado a Rusia. Después de haber vivido cinco años casi como una ermitaña en una pequeña ciudad universitaria, la vida petersburguesa comenzó a seducirme muy pronto y no tardó en sumirme en una especie de embriaguez. Olvidando por un tiempo aquellos temas que tenían que ver con las funciones analíticas, el espacio o las cuatro dimensiones, que poco antes constituían todo mi universo, me arrojé en cuerpo y alma sobre nuevos centros de interés: hacía conocidos a derecha e izquierda, intentando frecuentar los círculos más variados, observaba con una ávida curiosidad todas las manifestaciones de aquel complejo pandemonium, tan vano en el fondo pero tan atractivo a primera vista, que se llamaba la vida petersburguesa. Por esa época, todo me interesaba y me gustaba. Encontraba diversión tanto en el teatro como en las veladas de beneficencia, o en las interminables discusiones de los círculos literarios sobre toda clase de temas abstractos, que —y eso era lo más frecuente— no conducían a nada. Los habituales de aquellos círculos eran también los de esos debates, pero, para mí, tenían el encanto de la novedad. Yo me entregaba a esas tertulias con toda la pasión de la que es capaz una rusa, charlatana por naturaleza y que acababa de pasar cinco años en tierra alemana, con la única compañía de dos o tres especialistas, absorbidos cada uno por su trabajo particular y que no podían comprender cómo era posible que perdiésemos un tiempo precioso en tan vana palabrería. La satisfacción que sentía con esas relaciones se extendía a mi entorno. Mi entusiasmo contagiaba una emoción nueva en el medio que yo frecuentaba. Mi reputación de mujer

erudita me rodeaba de cierta aureola; mis amigos esperaban algo de mí, y dos o tres revistas ya se habían hecho eco. Ese papel completamente nuevo para mí de mujer célebre me molestaba, ciertamente, un poco, pero tengo que decir que al principio sí me gustó. En una palabra, me encontraba en una excelente disposición de espíritu, en mi *lune de miel* (1) como celebridad, de alguna manera, y estaba entonces dispuesta a exclamar: "Todo es para lo mejor en el mejor de los mundos".

Ese día yo estaba de un humor particularmente sereno. Había pasado la tarde de la víspera en el local de una revista que justamente acababa de crearse y en la cual me habían propuesto colaborar. Aquel proyecto apasionaba a todos los participantes, y los sábados del comité de redacción eran especialmente animados. Había regresado a casa pasadas las dos de la madrugada y me levanté tarde; prolongué mi desayuno y hojeé con interés distintos periódicos. Habiendo visto el anuncio de una biblioteca en madera labrada que se vendía de ocasión, salí con ánimo de echarle un vistazo. De camino, me encontré con una mujer —en el tranvía de caballos— a la que conocía, que como yo formaba parte del comité de los Cursos femeninos superiores que acaban de comenzar (2); hablamos de nuestras cosas, después me acerqué a ver a otros dos o tres conocidos. A mi vuelta a casa a eso de las cuatro, contemplé con placer mi bello gabinete de trabajo, cómodamente sentada en un sillón ante el fuego de la chimenea. Después de haber disfrutado durante cinco años del encanto de las habitaciones amuebladas y de las caseras alemanas, me sentía muy sensible a este placer nuevo de tener un rincón propio y confortable. Fue entonces cuando sonó el timbre de la puerta.

"¿Quién puede ser?" —me pregunté—, repasando en mi cabeza los nombres de mis diversas amistades, y, con un poco de inquietud, eché una mirada al espejo para asegurarme de que mi vestimenta estaba en orden.

Una mujer joven y de aspecto fuerte, vestida con un simple abrigo de paño, entró en la pieza. Mi miopía me impidió darme cuenta de si conocía o no a aquella persona, tanto más cuanto un chal negro ocultaba casi completamente su rostro, dejando ver sólo una pequeña nariz regular, ligeramente enrojecida por el frío. Me levanté amablemente al encuentro de mi visitante, no sin una cierta perplejidad en la mirada.

—Discúlpeme por atreverme a molestarla, aunque no nos conozcamos personalmente —comenzó—. Me llamo Vera Barantsova. Este nombre sin duda no le dice nada, a pesar de que las propiedades de nuestros padres hayan sido vecinas. Recientemente he oído hablar de usted en los periódicos. Sé que ha estudiado durante mucho tiempo en el extranjero y que tiene en todas partes la reputación de ser una persona buena y seria. Es por lo que he pensado que usted podría aconsejarme.

Todo eso fue dicho de prisa y de un tirón, pero con una voz extraordinariamente agradable. Yo estaba a la vez turbada y halagada por aquel indicio de mi popularidad. Por primera vez, una persona desconocida me pedía consejo.

—Ah, ¡encantada! Siéntese, se lo ruego. Quítese el abrigo—susurré con amabilidad, pero muy turbada.

Vera se quitó el chal negro. Me sorprendió ver una auténtica belleza.

—Estoy sola en el mundo y no dependo de nadie. Mi vida personal está acabada. No espero ni quiero nada para mí misma. Pero mi deseo apasionado, ardiente, es ser útil a la "causa". Dígame, enséñeme qué puedo hacer —soltó de golpe Vera sin preámbulos, yendo derecha al objetivo de su visita.

De parte de cualquier otra persona, esa extraña e inesperada entrada en materia hubiese podido sorprender desagradablemente, pareciendo querer producir un efecto, pero Vera hablaba de un

modo tan natural, se percibía en su voz un acento tan sincero, emocionado e implorante, que ni siquiera pensé en manifestar asombro. Aquella joven esbelta de semblante pálido y terso, de soñadores ojos de azul oscuro, se me hizo de repente extraordinariamente próxima y simpática. Yo sólo tenía un temor, el de no justificar su confianza, el de no saber responder como era necesario a su petición, el de no poder darle ningún consejo útil. Y los últimos tres o cuatro meses de mi propia vida me parecieron súbitamente vacíos y fútiles; todos los intereses que llenaban mi existencia perdieron su significación y sentido. Un súbito remordimiento hurgó en mi corazón. "¿Qué puedo decirle? ¿Cómo ayudarla?" No sabiendo por donde comenzar, invité a Vera a sentarse y serví el té. En Rusia, no podría mantenerse una franca conversación sin el samovar. Lo que me sorprendió en Vera desde el primer momento, fue su absoluta indiferencia al mundo exterior. Recordaba a esos videntes cuya visión está tan impregnada por la presencia del objeto que sólo ellos perciben que es incapaz de acoger otras impresiones. Le pregunté si hacía mucho tiempo que estaba en Petersburgo, si se encontraba bien instalada en su hotel. Pero a todas esas preguntas banales, Vera respondía de una manera distraída y con un asomo de insatisfacción. Los detalles cotidianos, aparentemente, no ocupaban ningún lugar en ella. Aunque aquella fuese su primera estancia en Petersburgo, la vida de la capital ni le sorprendía ni le interesaba. Una sola idea la ocupaba enteramente: encontrarle un sentido, una finalidad a su vida. Aquella joven, tan diferente de las que yo había conocido antes, me atraía fuertemente. Es por lo que me esforcé en merecer su confianza, por penetrar en sus pensamientos más secretos. A su pregunta, respondí que no podía aconsejarla en tanto no la conociese mejor. Le rogué que viniese a verme tan a menudo como fuese posible y que me contara toda su vida pasada. Vera sólo pensaba en expresarse y respondía a todas mis preguntas con una viva franqueza. Al cabo de algunas semanas, yo había penetrado en su corazón y pude leer en él con total claridad, como sólo una mujer puede leer en el corazón de otra mujer.

LA familia de los príncipes Barantsov era distinguida, noble, aún sin pertenecer a un linaje muy antiguo. Su árbol genealógico oficial llega, es verdad, casi hasta los Riourik, pero podemos dudar de la realidad de esa filiación; la única certeza es que un cierto Ivachka Barantsov fue soldado en una compañía de Su Majestad la emperatriz Catalina II, que era fuerte y de buena planta, lleno de salud, y que supo hacerse valer de tal manera ante su pequeña madre la Emperatriz que, por sus buenos y leales servicios, fue directamente promovido suboficial y gratificado con un dominio de quinientos campesinos varones y mil rublos —el dinero valía entonces más que los campesinos. Fue a partir de esa época cuando la familia de los Barantsov comenzó a prosperar. El título de conde le fue otorgado por Alejandro I, en cuya corte la bella condesa Barantsova desempeñó en algún momento un destacado papel.

Sin embargo, la crónica familiar sólo contiene, durante los últimos cien años, éxitos; aunque también hubo reveses de fortuna.

Todos los Barantsov se ilustran por los deseos ardientes y desenfrenados, que los llevaron más de una vez a la desgracia. Al correr de los años, más de un rico dominio, más de un cantón rentable fueron perdidos a las cartas o liquidados por mantener caballos o mujeres. El destino de la familia Barantsov conoció entonces un eclipse, pero, gracias a Dios, aquella pequeña nube fue rápidamente disipada por el dulce sol de la imperial clemencia. Uno de los Barantsov aún encontró la manera de ofrecer a tiempo algún servicio al zar y a la patria, y nuevas e importantes propiedades reemplazaron aquéllas que habían sido perdidas: en resumen, la familia continuó creciendo y brillando. Pero si los dominios eran rápidamente perdidos y reemplazados, había una herencia preciosa

que se transmitía invariablemente de generación en generación, de padre a hijos y de madre a hija: era una belleza extraordinaria, una belleza, por decirlo así, de familia. Todos los Barantsov eran personas bellas. No hubo entre ellos ni seres deformes o contrahechos, ni siquiera adefesios. Como si sintiesen una atracción natural por la belleza o hubiesen instintivamente sentido a Darwin, todos los condes Barantsov se casaban con bellezas, todas sus hijas encontraban bellos muchachos como maridos, si bien el tipo familiar estaba desde siempre sólidamente establecido; era tan famoso entre la aristocracia rusa que, si os dijese de alguien que era el vivo retrato de un Barantsov, y que no os representaseis inmediatamente un tipo bien definido —de alta estatura, bien conformado, de cara alargada de un blanco mate y de mejillas ligeramente sonrosadas por un carminado diáfano, una frente baja y amplia con las finas ramificaciones azulencas de las venas sobre las sienes, cabellos de color ala de cuervo y los ojos azules con negras pestañas—, eso significaba que no pertenecíais a la aristocracia y que no entendíais nada de las cosas de los *upper ten thousands* de Rusia. Este tipo de los Barantsov era tan estable y tan vivaz que en los buenos viejos tiempos de servidumbre se pudo incluso observar su capacidad para transmitirse entre los campesinos y los domésticos de los dominios condales. ¡Era asombroso! Bastaba con que el amo o sus hijos hubiesen pasado algún tiempo en su propiedad para que enseguida, en una u otra isba campesina, y era siempre en aquélla donde había jóvenes y afables campesinas, naciera irremediabilmente un niño, un pequeño Barantsov vivo retrato de su padre, con la misma delicadeza y nobleza de rasgos que tenían los hijos del amo.

El conde Mijaíl Ivanovitch Barantsov era un digno retoño de su linaje. De gran belleza, tuvo la suerte de nacer a comienzos del reinado de Nicolás, en plena edad de oro de la Guardia de San Petersburgo. Después de haber servido algunos años en un regimiento de coraceros, de vencer muchos corazones femeninos y de ser honestamente merecedor entre sus camaradas del

sobrenombre de "terror de los maridos", se enamoró locamente, siendo aún joven, de una de sus lejanas parientes, Maria Dmitrievna Koudriavtseva, que llevaba también el sello manifiesto de la raza de los Barantsov en su gracioso rostro, del que pudiera decirse que había sido grabado por el buril de un gran artista. Encontró en ella un sentimiento recíproco, la esposó y permaneció al servicio del Estado. Quizá hubiese alcanzado las más altas distinciones si, a comienzos del reinado de Alejandro II, no hubiese conocido un pequeño sinsabor, cuya causa habría que buscar en la sangre caliente de los Barantsov y en su fatal encanto. Celoso de su encantadora mujer, provocó a duelo a un oficial de la Guardia y lo mató. Esa historia, mal que bien, fue enterrada, pero a continuación ya no era muy conveniente que el conde permaneciese en su regimiento: debió abandonarlo y partir a la propiedad que justamente acababa de heredar de su padre, muerto muy a propósito.

Era en 1857. En Petersburgo circulaban ya rumores sobre la inminente emancipación de los campesinos, pero el eco aún no había llegado a Borki, nombre de la propiedad de los condes Barantsov. Allí, todo marchaba paso a paso. A cuánto se elevaba entonces la fortuna del conde Mijaíl Barantsov, nadie lo sabía exactamente, y el conde menos que los demás. La propiedad era vasta, a pesar de estar lejos de las dimensiones de antaño. Al difunto padre, paz para su alma, también le gustaba vivir para su placer; en vida suya, una gran parte del bosquedal había sido talada, y un buen número de dessiatinas [\(3\)](#) de prados habían sido vendidos. Después de quince años de servicio en los coraceros, era un hecho que Mijaíl Ivanovitch no había abandonado Petersburgo sin dejar allí deudas. Su primer paso como propietario fue ceder todavía un buen palmo de tierra para cubrir sus antiguos extravíos, e hipotecar el resto de las posesiones. Todo aquello se arregló bien, el conde estaba por el momento tranquilo, y sólo tenía que alabarse de su administrador campesino, que lo comprendía todo con medias palabras y sin discutir: cuando el amo necesitaba dinero, él siempre lo tenía al

alcance de la mano. En la época en que se instalaron en el campo, el conde Mijaíl Ivanovitch y la condesa Maria Dmitrievna eran y se consideraban como siempre jóvenes, a pesar de tres hijas ya crecidas. No conocían ninguna preocupación ni obligación, y nadie les negaba el derecho a vivir para su solo placer. En provincia, continuaron, pues, llevando la misma existencia, alegre y libre. Ya en tiempos del difunto amo, el dominio había sido organizado a lo grande: treinta caballos de monta en la caballeriza, un parque a la inglesa, invernaderos y naranjales, domésticos ociosos y negligentes. El único cambio que aportaron los jóvenes amos fue que a las antiguas fantasías principescas, añadieron cantidad de otras más refinadas, urbanas, de las cuales la gente de aquella región aún no tenía idea. En las piezas de recepción, tapizaron todos los asientos en seda. Los suelos, que antes estaban desnudos, fueron cubiertos en todas partes con tapices, y dobles cortinajes aparecieron en las ventanas. Los lacayos dejaron de usar las gastadas levitas de su amo: se les encargaron libreas. La cocina le fue confiada a un cocinero que había hecho su aprendizaje en el Club inglés (4). A esa caterva de domésticos de la región, ocupada todo el día en coser, bordar o hacer encajes, se unió una elegante doncella de condición libre.

El ejemplo de los jóvenes amos tuvo una influencia benéfica sobre sus vecinos. En el discurso que pronunció en honor de los recién llegados, el gobernador dijo no sin razón que habían insuflado una vida nueva a la provincia. De hecho, con su llegada, comenzó una época de fiestas, agasajos y diversiones. Todo el mundo quería estar a la altura de sus huéspedes capitalinos. Terratenientes y señoras viudas sacudían su pereza provinciana. Las antiguas diversiones sin pretensión, las pesadas comidas de fiesta, las partidas de cartas y los bailes fueron reemplazados por placeres más refinados, y, para decirlo de una vez, más intelectuales. Desde el primer año de instalarse la familia Barantsov en sus tierras, hubo, en su capital de provincia, un espectáculo de aficionados, un concierto con cuadros vivos y un baile de máscaras por suscripción. Mijaíl Ivanovitch y Maria Dmitrievna estaban encantados por aquella impresión que

habían causado en la provincia, y los dos fueron conscientes de la importancia de su misión, de alguna manera civilizadora. En el transcurso de una comida oficial, el conde incluso pronunció un *speech* sobre la importancia de la burguesía inglesa y sobre la deseable transformación de los gentilhombres campesinos rusos en *landlords* ingleses.

La condesa también contribuyó mucho al ennoblecimiento de las costumbres provinciales. Consideraba obligado encargar en Petersburgo objetos de tocador de alto precio. La casa de los Barantsov siempre estaba abierta a los invitados. La comida allí se servía tarde, como en la ciudad, y todo el mundo estaba obligado a acudir a la mesa bien vestido, según la costumbre inglesa. No sólo era vodka lo que acompañaba los entremeses, también corría el brandy. La mansión de los Barantsov, un viejo y sólido edificio de muros de piedra de dos archinas (5) de grosor, recordaba exteriormente una enorme caja cuadrada, en la cual, sabe Dios por qué, se adosaron en diferentes lugares extraños faroles y minúsculos balcones. Pertenecía a ese estilo particular, aunque ningún manual de arquitectura lo mencionase todavía, al parecer, que podría llamarse "estilo de la servidumbre". Tenía de todo en cantidad, no se había escatimado en los materiales, pero el resultado era vulgar y frustrante. Todo indicaba que aquella casa había sido construida en una época en la que la mano de obra era gratuita o que se contentaba con pocos medios. Los ladrillos estaban cocidos en el ladrillal de la propiedad, las planchas del parquet provenían de los árboles del bosque patrimonial, cortadas por los siervos. ¡Incluso el arquitecto que hizo los planos de la casa había sido un siervo!

La distribución interior de las piezas de la casa de los Barantsov era la de todas las casas señoriales de aquella época: los amos vivían en el piso, los hijos en la planta baja; la cocina y los domésticos ocupaban el sótano. La condesa sólo bajaba al sótano por la Pascua, para intercambiar el beso pascual con toda la servidumbre; en las habitaciones de los niños, entraba a veces a echar un vistazo los días

ordinarios, cuando se lo permitían sus ocupaciones, es decir cuando no tenía invitados o cuando ella misma no se disponía a salir lo que, por lo demás, era bastante raro.

Las tres hijas Barantsov crecían en los apartamentos destinados a los niños de la casa. Estaban confiadas a los cuidados de dos gobernantas: una de ellas, *mademoiselle Julie*, era una morena de edad indeterminada, fuerte, muy vivaz y charlatana, y la otra, *madamé* (6) *Night*, era una venerable viuda de cara grande y severa, enmarcada por espesos bucles grises. Además de estas dos gobernantas, otras muchas personas estaban dedicadas al servicio de los niños: una anciana nodriza, una doncella —Anissia—, y una joven para los recados.

En una palabra, todo era como conviene en una casa de amo bien cuidada. Las tres señoritas estaban crecidas para su edad; las tres tenían hermosos y espesos cabellos, que eran trenzados en una sola trenza por la mañana, después se los soltaban sobre los hombros a la hora de la comida. Las tres prometían, con el tiempo, convertirse en bellezas. Las dos mayores —Lena y Liza— dudaban, podríamos decir, ante la mirada de la nursery, dispuestas a escabullirse hacia el salón. Una tenía catorce años, la otra trece. Ambas prestaban oídos con una intensa curiosidad al menor ruido proveniente del piso superior, y las dos se lamentaban mucho por tener que llevar aún vestidos cortos. La tercera joven, Vera, aún era una muchachita de apenas ocho años, con una cara redonda y sonrosada, y esa extraña mirada meditativa que se observa casi siempre en los niños absortos en su propia vida infantil. Ella no se lamentaba por el momento de nada. Como en todos los pequeños en los que la vida se desarrolla normalmente, tenía instintos conservadores fuertemente desarrollados; estaba inconscientemente atada a todo lo que la rodeaba, con la devoción de un animal de compañía habituado a las zalamerías, y aún no se había abierto paso en su espíritu poner en duda los méritos de alguien de su entorno. Su mamá era la mejor de las mamás, su habitación de niña la más bella de todas. Y, de hecho,

todo marchaba de maravilla en la casa de los Barantsov: cada cual conocía su lugar, todo el mundo vivía en paz y armonía, como ocurre siempre en una sociedad que tiene sólidos fundamentos y donde el individuo no se ve reducido a golpear la cabeza contra las paredes para encontrar su camino.

El amor ocupaba un lugar significativo en los pensamientos, las conversaciones en voz baja y los sueños de los Barantsov, tanto en los de abajo como en los de la parte alta de la casa. ¿Qué otra cosa, en efecto, sino las alegrías y las penas del amor, podía de alguna manera venir a cortar el camino, derecho e igual como un lienzo, que se extendía ante las tres hermanas Barantsov? Por lo demás, su vida estaba trazada y determinada de antemano. Papá y mamá habían decidido que la propiedad de Mitino constituiría la dote de Lena, la de Stepino la de Liza, mientras que Borki recaería en la pequeña, Vera.

El conde y la condesa también sabían que a su hora, dentro de tres o cuatro años, un húsar o dragón se llevaría a Lena; después, algún tiempo después, otro húsar se llevaría a Liza. Entonces llegaría el turno de Vera. Los hijos ya no vivirían en Borki sino en otra casa, no sería Anissia quien les serviría de doncella sino otra, pero, aparte de esos pequeños cambios, cada una repetiría el destino de su madre, como ésta había repetido el destino de la abuela. Todo eso era tan simple y tan seguro, y ni qué decir tiene: era de una evidencia absoluta, exactamente como se sabe que hay que cenar cada día de la semana.

Pero esos cálculos justos e indudables fueron repentinamente interrumpidos por un acontecimiento inesperado, a decir verdad no completamente, pues se hablaba de él desde hacía una veintena de años y toda Rusia se preparaba para ello; pero como todos los grandes acontecimientos, cuando acabó consumándose, pareció ocurrir de improviso y coger a todo el mundo por sorpresa.

Vera había visto los primeros augurios en las circunstancias

siguientes. A finales del año 1860, una comida de familia había tenido lugar en casa de los Barantsov, en la que habían participado, además de las tradicionales tías, abuelos y vecinos cercanos, un huésped raro y venerable, un tío de Petersburgo, alto funcionario en algún ministerio. Había llegado por la mañana y, durante la comida, naturalmente acaparó la conversación, informando de las noticias de las altas esferas gubernamentales, las cuales no podían conocerse a través de los periódicos.

No obstante, en el transcurso de la comida, la condesa lo interrumpió en distintas ocasiones, en el preciso instante en que el relato se había hecho más animado.

—*Stepan! Prenez garde!* —dijo moviendo misteriosamente la cabeza en dirección de los lacayos que hacían el servicio, aunque estos últimos no abandonasen su habitual indiferencia.

Después de los postres, pasaron al salón. El conde comprobó por sí mismo que las puertas de las piezas contiguas estuviesen bien cerradas.

—*Vous pouvez parler, Stepan!* —dijo solemnemente.

Vera estaba sobre las rodillas de su nuevo tío, a quien ya había adoptado. No le prestaban ninguna atención, pensando sin duda que ella todavía no comprendía nada.

—*C'est fait! L'empereur a souscrit le projet qui lui a été présente par la commission* —declaró gravemente el tío.

Mamá, que estaba sirviendo el café, sintió que sus manos temblaban; una cucharilla tintineó sobre el plato, y algunas gotas de café mancharon el valioso mantel.

—*¡Mon Dieu, mon Dieu!* —gritó, desplomándose en un sillón y cubriéndose el rostro con las manos.

Todo el mundo estaba como consternado por las palabras del tío.

—¿Puede estar todo verdaderamente ya decidido? —preguntó papá con una voz suave que se esforzaba por mantener la calma.

—¡Completa y definitivamente! A principios de febrero, el manifiesto (7) le será enviado a todas las iglesias parroquiales para ser leído en público el 19 de febrero, respondió el tío removiéndolo su café.

—No queda más que encomendarse a la misericordia divina —suspiró papá.

Hubo algunos instantes de un pesado silencio general.

—Señores, ¿pero qué es esto? Para mí, se trata de un saqueo puro y simple —retumbó la voz del viejo Semion Ivanovitch, el tío de papá.

Emocionado, saltó de su asiento y golpeó la mesa con un puño. Sus cabellos blancos se encrespaban en torno a su rostro enrojecido por la ira.

—¡No grite, tío, por favor! *Les domestiques peuvent entendre* —le suplicó temerosamente mamá.

—¡Pero explicadme de una vez qué va a ocurrir! ¿Quiere decir que dejarán de obedecernos, no es eso?

La vieja tía Arina Ivanovna se unió a la conversación con un aire ausente y herido.

—No nos importunes con tonterías, querida hermana —respondió papá con impaciencia, apartándola con un gesto de la mano—. Déjame hablar tranquilamente con Stepan de todas estas cosas.

Los hombres se reunieron en torno a Stepan Mijailovitch, que, con

ardiente locuacidad, comenzó a explicar algo. Las señoras continuaban impacientes.

—Comment est—ce que l'empereur, qui a l'air si bon, peut nous faire tant de peine? —se extrañó una de ellas.

Un doméstico entró para retirar el servicio de café y todo el mundo guardó un momento de silencio.

—Señorita, usted se quedó hoy en el salón después de la comida. ¿No sabe de lo que han hablado los amos? —preguntó por la noche Anissia al acostar a su pequeña ama.

De lo que se dijo en el salón, Vera había comprendido que su familia estaba amenazada por alguna desgracia. Nadie le había ordenado que se callara, pero el sentimiento de casta es ya tan fuerte en ese pequeño animal de raza que responde con dignidad: — ¡Yo no he entendido nada, Anissia!

Aunque todo el mundo sabe que el manifiesto no solamente ha sido firmado por el soberano, sino que ha sido enviado a todas las parroquias, los amos continúan hasta el último día, hasta el último minuto, temiendo que sus gentes hayan oído hablar de él.

Los domésticos, por su parte, ponen cara de no saber nada, y todas sus conversaciones, en la antesala y la cocina, se interrumpían tan bruscamente cuando llegaba uno de los amos como las conversaciones del salón ante la aparición de un doméstico.

Finalmente llegó la terrible fecha del 19 de febrero, tan largamente esperada y tan llena de consecuencias. Toda la familia Barantsov fue a la iglesia. El sacerdote debía leer el manifiesto después de la misa.

A las nueve de la mañana, todo el mundo está ya preparado y vestido. Todos los gestos, ese día, son febriles, y al mismo tiempo

solemnes, un poco como cuando se acude a un entierro. Cada cual temeroso de decir una palabra de más. Incluso los niños, sintiendo instintivamente la importancia y la gravedad de la ocasión, permanecen tranquilos y silenciosos, sin atreverse a hacer preguntas.

Dos carruajes esperan ante la escalinata de honor. El personal está de punta en blanco; los caballos lucen su mejor arnés, los cocheros se han puesto caftanes nuevos. Papá también viste un elegante uniforme, con sus condecoraciones. Mamá lleva una lujosa mantilla de seda y las jóvenes están ataviadas como muñecas.

Los amos toman asiento en el carruaje de cabeza: el conde y la condesa en el asiento delantero, las tres muchachas en el trasero. En el otro carruaje, suben las gobernantas, el administrador y el intendente. El resto de los domésticos va a pie hasta la iglesia. Aparte de los más pequeños y del anciano Matiev que ya no está para muchos trotes, no queda nadie en la casa.

La iglesia dista unas tres verstas (8). Durante el trayecto, mamá lleva con frecuencia a sus ojos un pañuelo perfumado. Papá guarda un severo silencio.

Delante del porche de la iglesia, la plaza está ensombrecida por el gentío. Hay dos o tres mil campesinos y campesinas de los pueblos aledaños. De lejos, aquello forma una masa innumerable de blusas grises, alegrada aquí y allá por el chal rojo vivo de una campesina.

—*Ce spectacle me fait mal! Je pense involontairement a 1789* — susurra nerviosamente la condesa.

—*De grâce, taisez—vous, ma chere* —responde el conde con un susurro alterado.

Hoy, como todos los días de fiesta, el mayordomo parroquial acecha desde el campanario la aparición del carruaje del amo:

cuando lo ven aparecer a la vuelta del camino, las campanas se ponen a tocar.

La iglesia está tan abarrotada que parece no caber allí ni un alfiler; pero, enmudecida por una antigua tradición, profundamente enraizada, aquella compacta muchedumbre abre paso respetuosamente para dejar que los amos alcancen su sitio habitual, a la derecha del coro.

—¡En paz, roguemos al Señor! —entona el sacerdote saliendo del santuario, vestido con sus ropajes litúrgicos.

—¡A Ti, Señor! —responden los chantres.

Aquella masa arracimada, gris oscura, reza hoy como un solo hombre, con concentración y fervor. Los campesinos y campesinas no cesan de santiguarse y prosternarse. Los rostros cerosos, severos, de profundas arrugas, están como convulsionados por la tensión de la oración y de la expectativa.

Templo de las plegarias, templo de la aflicción, Pobre iglesia de mi tierra, Ni San Pedro de Roma ni el Coliseo Han oído suspiros más profundos (9).

Aunque, hoy, no son suspiros ni gemidos lo que se oye en esta iglesia. Hoy aquí, y no solamente aquí, sino en cada una de las cientos de miles de iglesias de la tierra rusa, se elevan al unísono plegarias llenas de una fe infinita, de una esperanza apasionada y de un ardor tal que, quizá, desde el origen de los tiempos, nunca se habían elevado iguales y a la vez de la boca de un pueblo de cien millones de fieles. "¡Señor, Dios nuestro! ¿Tendrás piedad de nosotros? ¡Nuestra aflicción es grande y permanente! ¿Conoceremos algo mejor en adelante?"

¿Qué va a decir el manifiesto del zar? Hasta el momento, su contenido sólo es conocido por los mismos amos a través de

rumores. Todavía nadie sabe nada seguro, habida cuenta de que el manifiesto ha sido enviado a los sacerdotes bajo sello del Estado, que sólo deberá ser roto al finalizar el rito litúrgico.

La muchedumbre inhabitual de gentes del pueblo y la multitud de cirios encendidos en esta pequeña iglesia hacen la atmósfera insoportablemente sofocante, a pesar de las puertas y las ventanas abiertas. Un mal olor de vestidos impregnados de sudor y de botas sucias se mezcla al humo de los cirios y al olor acre del incienso. El humo de los incensarios asciende en volutas azuladas hasta el techo. Falta aire; el pecho jadea dolorosamente y ese sufrimiento físico causado por una respiración difícil, añadido a la tensión de la espera, da paso a un insostenible sentimiento de angustia y de miedo involuntario —¿Pronto, será pronto? —murmura histéricamente la condesa, apretando convulsivamente la mano del conde.

El sacerdote sale del santuario con la cruz. Transcurre una buena media hora antes de que toda la asistencia venga a besarla. Cuando aquello acaba, el sacerdote desaparece un instante detrás del iconostasio y después reaparece; tiene en la mano un rollo de papel repujado del que cuelga un gran sello oficial.

Un largo y profundo suspiro resuena en la iglesia, como si toda la muchedumbre hubiese suspirado a la vez, con un solo pecho.

Justamente en aquel momento se produce un incidente inesperado. La mayor parte del pueblo, que no había podido entrar en la iglesia, había permanecido tranquilamente en el atrio durante la celebración, pero se impacientaba. Por el portón abierto, la muchedumbre comenzó a presionar repentinamente hacia adelante, y se produjo algo inimaginable. Los que estaban delante fueron derribados sobre las escaleras del altar: gritos, juramentos, gemidos, alaridos de niños.

— *¡Mon Dieu! ¡Mon Dieu!, iprenez pitié de nous!* —exclamó la condesa casi entre lágrimas, aunque estaba protegida por la

balaustrada del coro y no la amenazaba ningún peligro. Sus hijas también estaban atemorizadas.

Al cabo de algunos minutos, el orden fue restablecido en la iglesia. Se hizo de nuevo un silencio religioso, respetuoso y tenso. Cada uno escuchaba ávidamente, conteniendo la respiración; sólo a veces un silbido apagado, comprimido, escapaba de la garganta de algún viejo asmático, o bien era algún niño de pecho el que se ponía a llorar, pero la madre, asustada, lo mecía entonces con movimientos tan vivos que el niño se callaba al instante.

El sacerdote leía lentamente, salmodiando, alargando las sílabas, exactamente como para la lectura del Evangelio. El manifiesto estaba escrito en un estilo erudito, burocrático. Los campesinos escuchaban conteniendo la respiración; por más que prestaban oídos, sólo llegaban a su entendimiento palabras aisladas de aquella carta que decidía sobre su existencia, ser o no ser. El sentido general se les escapaba. A medida que avanza la lectura, desaparece poco a poco la tensa expresión apasionada de sus rostros para dejar ver, ahora, el anonadamiento, una perplejidad asustada. El sacerdote ha finalizado la lectura. Los campesinos todavía no saben con certeza si son libres o no, y, sobre todo, algo decisivo y vital para ellos: a quién pertenece en adelante la tierra. Silenciosa, con la cabeza baja, la muchedumbre comienza a dispersarse.

El carruaje de los amos se desplaza al paso en medio de los grupos. Los campesinos se apartan ante él quitándose el gorro, pero sin inclinarse profundamente como antes, y escudándose en un extraño y siniestro mutismo.

- ¡Conde, Su Excelencia! ¡Nosotros estamos con usted, usted con nosotros! —clama repentinamente en medio del silencio general una voz intrépida y ebria.

Y un pequeño y flaco mujik que vestía una pelliza de cordero desgarrada, con la cabeza descubierta, que, durante la celebración, ya había tenido tiempo de meter el pie en las viñas del Señor, se lanzó hacia el carruaje, tratando —mientras corría— de besar la mano del amo.

- ¡Atrás!— le gritó un corpulento muchacho de aire tenebroso, apartándolo violentamente.

La tarde de ese mismo día, la familia Barantsov estaba reunida en el pequeño salón de la condesa. Además de la familia y de *mademoiselle Julie*, están la tía Arina Ivanovna y el tío Semion Ivanovitch. Habitualmente, cada uno se retira a su casa a la caída de la noche, pero hoy el sentimiento de desgracia común empuja a todos a mantenerse juntos, íntimamente agrupados. Mamá está tumbada en su lecho, con una migraña. *Mademoiselle Julie* le aplica compresas frescas sobre las sienes. Papá con las manos cruzadas a la espalda, recorre la pieza, con un semblante sombrío y soñador. El tío Semion se ha refugiado en un rincón y remolonea con aire significativo. La tía despliega un solitario suspirando a veces ruidosamente.

Fuera, una tempestad de nieve se abatía inmisericorde desde la tarde. Se diría que había en la chimenea un ser vivo que se agitaba y exhalaba grandes alaridos quejumbrosos. Una ráfaga de viento sopló repentinamente, los postigos chirriaron y retumbaron las chapas del tejado. A cada vez, la condesa se estremece y se agita en su lecho. Según pasa el tiempo, la oscuridad se va haciendo más intensa. Por más que la regulen, la lámpara de la mesa humea y se queda mortecina; sin duda habrá que echarle aceite. Pero cada uno finge no darse cuenta. Hoy, todos los domésticos han desaparecido, y nadie tiene ganas de levantarse para llamar a un lacayo.

- ¡El otro día, los campesinos incendiaron la casa del señor Leskov! —dijo súbitamente la tía.

- ¡Y eso sólo es el comienzo! —grazna funestamente el anciano tío desde su rincón—. Sí, ¡nos hemos metido en un buen atolladero! —continúo con una triste voz de profeta. Esperemos a ver cuál será el precio a pagar. Que nos cuente —dijo, señalando con un dedo a *mademoiselle Julie*— cómo ocurrió en su país en 1789.

- *¡Mon Dieu, Mon Dieu, que l'avenir est terrible!* —murmuró nerviosamente mamá.

- ¡Basta de tonterías! El campesino ruso no es jacobino. Papá hablaba calmadamente a fin de tranquilizarla, pero se notaba que su tono era forzado y que él mismo estaba lejos de sentirse tranquilo.

— ¡Oh, no, *Miche*, nuestros campesinos son animales salvajes, son peores que los campesinos franceses! —muy agitada, mamá se incorpora en su lecho y se apoya sobre un codo—. Sabes muy bien que los campesinos nos odian... Una puerta rechinó en la pieza vecina. Todos se sobresaltaron mirándose temerosamente. Mamá exhaló un ¡oh! de pavor. Era Stepan que venía a anunciar que el té estaba servido. Para Vera, es la hora de acostarse. No hay nadie en el cuarto de la nursery. Abre la puerta que da al pasillo. De la parte baja, de las dependencias donde los domésticos cenan, le llegan ruidos confusos de voces, el tintineo de los cuchillos sobre los platos y fuertes risas.

A Vera le está severamente prohibido bajar a las estancias de los domésticos, pero hoy nadie piensa en ella. Siente a la vez ganas y temor de ir a ver qué ocurre allí. Permanece algunos minutos en la incertidumbre, pero ella no es de las que se dejan intimidar; la empuja la curiosidad y desciende los peldaños del sótano de cuatro en cuatro. Allí, la algazara está en todo su apogeo. Por la mañana, todavía reinaba entre los domésticos una cierta reserva, e incluso

abatimiento, aún temían creer en aquello. Pero, ya de noche, el humor subió de tono. Durante la cena, apareció la vodka, y todo el mundo bebió y se olvidó cualquier discreción. Los rostros estaban encendidos, los ojos apagados, los cabellos en desorden.

El olor de la sopa de coles y del pan de centeno, mezclado a los fuertes efluvios de la vodka y al humo acre del tabaco que escuece los ojos, los discordantes sonidos de un acordeón, las voces ebrias que se superponen unas a otras mutuamente, impregnó a Vera cuando entró en la pieza de los domésticos. Ante la aparición de la joven, todos se callaron repentinamente y se irguieron, pero eso sólo duró un minuto. La algazara no tardó en reanudarse.

- ¡Señorita, eh, señorita! ¡Ven aquí! ¡No tengas miedo! —decía el cochero, ebrio—. ¿Así que los amos, ahí arriba, están llorando, eh? ¿Lamentan no poder seguir tiranizándonos?

- ¡No es verdad! ¡No es verdad! Nadie os ha tiranizado. ¡Papá y mamá son buenos!

Es un grito que se escapa de Vera. En un acceso de cólera impotente, golpea el suelo con el pie. La sangre de los Barantsov se ha despertado en ella. Quisiera golpear, azotar a aquellos siervos descarados. El sentimiento de indignación y de ofensa ha amordazado su miedo.

- ¿Así que no tiranizados? ¿Y su difunto abuelo, no ha lisiado a muchas personas cuando vivía? ¿Por qué mandó al ejército a Andriouchka el carpintero, cuando no era su turno? ¿Por qué envió a la sirvienta Arinia a trabajar en el establo?

Se dejan oír voces al mismo tiempo de todos los lados. El acordeón ha enmudecido. Todos los domésticos se han reagrupado, y es una avalancha de relatos sobre el buen viejo tiempo. Relatos terribles, indignantes, inimaginables para Vera.

- Veamos, eso lo hizo el abuelo, pero ¡papá y mamá son buenos!

Vera ya no grita; habla suavemente a través de sus lágrimas, con una voz avergonzada. Un silencio.

- ¡Sí, los jóvenes somos no son malos, son buenos! —convienen algunos como de mala gana.

- Ahora nuestro amo se ha ablandado, pero antes de casarse, se ha aprovechado alegremente de nosotras, las mujeres, —dijo con rencor una anciana ama de llaves, un poco achispada.

- ¡Impíos! ¡Pecadores! ¡No tenéis compasión de una pobre niña!

Era la voz colérica e indignada de la nodriza, que se dejó oír repentinamente.

Se había percibido de la desaparición de su pupila un poco antes y la había buscado por toda la casa, pero no podía imaginarse que estuviese en las dependencias de la servidumbre.

Aquella noche, Vera tardó mucho tiempo en encontrar el sueño. Pensamientos nuevos, terribles y humillantes se desencadenaban en su cabeza. Ella misma no sabría explicarse por qué sentía tanta lástima y amargura, una vergüenza tan dolorosa. Acostada en su pequeño lecho, no cesaba de llorar. Y de abajo, del sótano, continuaban llegándole los pataleos, los sonidos discordantes del acordeón y las voces ebrias y destempladas, incoherentes, de una canción para bailar.

III

LA emancipación de los campesinos acarreó trastornos a la casa de los Barantsov. Los ingresos de la propiedad disminuyeron de tal manera que ya no fue posible continuar viviendo con el mismo tren de vida. De buena persona, el intendente se había convertido en un granuja: se mostraba soez en todo momento con el amo, veía dificultades por doquier y nunca aportaba el dinero en el plazo debido. Hubo que sustituirlo y traer uno nuevo, pero aquello fue de mal en peor. Cada día, o un día sí y otro no, caían del cielo antiguas letras de cambio y pagarés firmados hacía mucho tiempo por el conde y de los que ya ni se acordaba. A la vista de cada nueva letra de cambio, el conde palidecía, hablaba de fraude, pero acababa por pagar. Pronto se hizo necesario vender las propiedades de Mitino y de Stepino, así como los campos inundables y el bosque; ya sólo quedaba Borki, con una parcela insignificante. Lo lamentable era que, ahora, los propietarios difícilmente encontraban comprador y tenían que vender a mitad de precio.

Fue necesario despedir a la mayoría de los domésticos. Pero los que quedaron estaban acostumbrados desde su infancia a la pereza y la ociosidad, y mascullaban ahora de la mañana a la noche que estaban sobrecargados de trabajo. Entre los amos, enfadarse, y "estar fuera de quicio" se convirtió en algo permanente. Entre ellos, también discutían constantemente, pero sus actuales disputas se parecían tan poco a las de antaño como una tenaz lluvia de otoño a un aguacero primaveral. No eran los celos lo que enfrentaba ahora uno contra otro al conde y la condesa, sino el dinero, nada más que el dinero. Cada vez que la condesa venía a preguntar con qué atender a la familia, el conde la abrumaba con reproches, quejándose de su prodigalidad, de la incuria y la falta de disciplina que reinaban en la

casa. No había una petición de vestido nuevo para ella misma o para sus hijas que no transcurriera sin una escena doméstica. Por otra parte, bastaba con que el conde mencionase una visita a la ciudad o a casa de algún vecino para que la condesa cayera en una crisis de nervios; no era de las hermosas vecinas de quien ahora temía, sino de las cartas o de algún otro medio de dilapidar sus bienes. Las cosas empeoraban día a día. Había que renunciar a una fantasía tras otra, pero el dinero faltaba igualmente y no se conseguía unir los dos cabos. Como todas las personas desprovistas de sentido práctico, el conde y la condesa se pusieron a hacer economías sin venir a cuento: recortaron en las necesidades de la vida corriente, temblando por cada terrón de azúcar, por la menor vela, pero sin tocar a las enormes despensas de la casa y de la propiedad. El administrador, el intendente, la cocinera, el cochero, todos continuaron enriqueciéndose a espaldas de los amos, con la única diferencia de que antes cada uno les robaba con moderación, con astucia, de alguna manera; actualmente, las continuas escenas, las acusaciones y los reproches a diestro y siniestro, fuesen culpables o no, las perpetuas amenazas de despido exasperaban a los domésticos y cada cual se daba prisa en llenarse los bolsillos antes del fin. En consecuencia, los bienes de los amos eran dilapidados con una frenética voracidad.

La huella de la tacañería se dejaba ver por todas partes en la casa, que había perdido todo su atractivo. Bajo la presión de las corrosivas disputas y los sinsabores cotidianos, el conde y la condesa perdieron bruscamente su prestancia. Cuando, a continuación, Vera evocaba a su madre, le venían siempre a la memoria dos mujeres completamente diferentes: una, joven, bella, feliz, era la mamá de la infancia; la otra, caprichosa, de mal carácter, negligente, envenenando su vida y la de los otros, era la madre del último periodo.

En casa de los demás vecinos, las cosas seguían el mismo paso. Los terratenientes habían perdido pie y se sentían perplejos, impotentes,

sin comprender lo que les ocurría. Ya no era cuestión de alegrías o placeres. Cuando dos o tres propietarios se encontraban juntos, era para lamentarse y aliviar su corazón recriminando contra los campesinos y contra el gobierno. Desesperados, los más jóvenes y más enérgicos de entre ellos se habían resignado a perder su propiedad, y se habían ido a Petersburgo en busca de una plaza. No quedaban más que los viejos en sus tierras. Lena y Liza eran ahora dos jóvenes bellas y crecidas. Ambas se morían de aburrimiento en el campo y se lamentaban amargamente de su destino, que les había, en efecto, jugado una mala pasada. ¿Qué había sido de sus brillantes esperanzas? Toda su infancia, toda su educación, no había sido —por decirlo así— más que una preparación para ese feliz día en que vestirían de largo para frecuentar la buena sociedad. Ese día había llegado, pero, salvo el aburrimiento, no había aportado nada más. Vera tampoco tenía una vida muy feliz. La primera medida económica de la familia Barantsov había consistido en despedir a todo el personal que estaba al cargo de los niños. Se invocó algún pretexto decente para agradecer a *madame Night*; en cuanto a *mademoiselle Julie*, encontró que se aburría y la decisión partió de ella misma. Los padres de Vera estimaron que ya no disponían de medios para conservar una gobernanta para ella sola. En la capital de la provincia acababa de abrirse el primer liceo femenino, pero eran sobre todo las hijas de los burgueses, de los pequeños funcionarios y los comerciantes las que allí se inscribían, y la condesa Barantsova sintió en el acto aversión hacia aquel centro. Decidieron enviar a Vera a la Institución del monasterio de Smolny (10). Aquello fue objeto de discusiones que duraron cerca de un año; finalmente, la condesa escribió a una de sus viejas amigas de Petersburgo rogándole que se informase de las condiciones de admisión, pero recibió una respuesta inesperada y enojosa: Vera ya había superado la edad límite para ser admitida en Smolny.

El conde le pidió entonces a Lena y a Liza que se ocupasen de la educación de su hermana pequeña. Pero aquella decisión estaba lejos de ser del agrado de las dos señoritas.

—¿Fue para hacer de gobernantas para lo que fuimos educadas o qué? —protestaban.

Se pusieron a la tarea de mala gana. Por lo que decían, Vera era a la vez tonta, perezosa y limitada. Ni una lección transcurría sin lágrimas. Tanto las institutrices como la alumna buscaban cualquier pretexto para acortarlas y, como los padres, por su lado, pronto parecieron olvidar aquel lamentable asunto de la educación de la pequeña. En verano, mal que bien aquello aún marchaba. Pasaba los días enteros en el inhóspito jardín o bien recorría los campos y bosques circundantes. Los pequeños campesinos no se atrevían a acercarse a ella y, a decir verdad, ella les temía de igual manera. Cuando tenía que atravesar el pueblo, siempre le parecía que todos se burlaban de ella y la despreciaban; comenzó a sentir una especie de hostilidad instintiva hacia los campesinos.

Durante el invierno, era peor. Deambulaba todo el día de un rincón al otro de las grandes estancias vacías, sin encontrar nada que hacer. El aburrimiento la empujaba a buscar en la biblioteca, pero allí sólo había novelas francesas, y Vera ya casi había olvidado el francés, aunque lo hablaba muy bien cuando tenía cinco años.

Lo peor era que en la casa nadie estaba jamás de buen humor. A donde Vera fuese, no encontraba más que discusiones, y, finalmente, acababa por recibir lo suyo. Si se acercaba a ver a sus hermanas, las encontraba discutiendo por cualquier tontería, un trapo que no querían compartir y cosas así. Si, contra lo que se esperaba, la concordia reinaba entre ellas, las diatribas eran contra sus padres: "¡Sin duda, esta no es la vida que ellos llevaban cuando eran jóvenes. Han dilapidado su fortuna, y nosotras tenemos que pudrirnos aquí, en el campo!"

Si Vera iba a ver a su madre: la encontraba en plena algarada con el administrador o la doncella. Si bajaba a las dependencias de la

servidumbre, era peor. En una palabra, parecía que cada cual no hubiese venido al mundo más que para torturarse y acosarse mutuamente. La única persona en la casa que no atormentaba ni molestaba a nadie, que nunca se quejaba de nada, era la vieja nodriza. Ésta sólo tenía una preocupación: no dejar que se apagase la lamparilla que ponía ante el icono, en un rincón de su pieza. Si se le daban algunos kopecks para comprar aceite, ya se sentía feliz y satisfecha. Se procuró mantener en la casa a aquella anciana casi ciega, que había cumplido su tiempo de servicio, pero todos parecían haber olvidado hasta su existencia; en ocasiones transcurrían días enteros sin que nadie viniese a verla tras aquellas paredes. Sólo de vez en cuando la doncella se acordaba de llevarle algo de comida, y Vera, su preferida, que pasaba a verla por las noches. Cada vez que ella entraba en el reducto de su vieja nodriza, siempre impregnado de un olor muy especial, una mezcla de incienso, de aceite de oliva y alcanfor, un extraño sentimiento de calma se apoderaba de Vera.

—Me aburro, nodriza [\(11\)](#), dijo, dejándose caer, con aire abatido, en una silla y apoyando su cabeza contra la mesa de madera.

—¿Por qué te aburres, mi pequeña candela? Hay que rogar a Dios, —dice con la misma voz tranquila y acariciadora con la que hacía entrar en razón a Vera cuando tenía cinco años.

Y Vera sigue efectivamente el consejo de su nodriza y se pone a rezar. Reza ardientemente, apasionadamente, con una especie de exaltación. Aquel capricho por la religión, por su aspecto exterior, ritual, llena poco a poco su vida ociosa y aburrida de niña abandonada a sí misma. Aquel año, Vera observó estrictamente la cuaresma de tres semanas antes de Navidad. Y, la noche de Navidad, no comió nada hasta la aparición de la primera estrella. Pero cuando, a la caída de la noche, los popes llegaron para celebrar la vigilia, como era costumbre, en un altar levantado en un rincón del comedor, sentía en todos sus miembros una debilidad tan agradable que creyó que ya no tenía cuerpo y que, en cualquier momento,

podría separarse del suelo.

El humo azulado de los incensarios llenaba toda la pieza con una espesa bruma, a través de la que brillaba la llama de los cirios. El olor penetrante y azucarado del incienso le produce un ligero vértigo.

—Dulce luz de la sagrada gloria... —canta el coro.

Y a Vera le parece que las voces llegan de muy lejos. "¡No necesito nada del mundo, nada, sólo servirte, Señor!" —piensa enternecida. Su alma se desborda de una extraordinaria y luminosa alegría; un suspiro de éxtasis escapa de su pecho.

Aquel día, Vera conoció un milagro, al menos consideró un milagro lo que le ocurría.

Aunque su vieja nodriza no supiese leer ni escribir, aún conservaba con ella, como reliquias, algunos libros piadosos, de los que le rogaba a veces a su pequeña señorita que le leyera algunas páginas en voz alta. Entre esos libros, estaba la *Vida de cuarenta mártires y treinta martirologios*. Una vez que comenzó a leerlo, Vera se apasionó de tal modo por aquella obra que se la pidió prestada a su nodriza, sumiéndose durante horas en su lectura.

"¿Por qué no habré nacido yo en esa época?" —pensaba a menudo con tristeza.

Esa misma víspera de Navidad, pues, haciendo voto en su corazón de consagrar toda su vida a Dios, cuando estaba sola en la antigua sala de clase, su mirada cayó sobre un viejo número de *Lecturas infantiles*, revista a la que en otro momento habían estado abonadas sus hermanas. No teniendo otra cosa que hacer, se puso a hojearla, y lo que primero llamó su atención fue el patético relato de tres misioneras inglesas en China, quemadas en una hoguera por violentos paganos. Y aquello había ocurrido apenas cinco o seis años atrás. ¡Paganos en la China actual! ¡Aún podía ganar, pues, la corona

del martirio! "¡Señor! ¡Tú me has iluminado! ¡Tú me señalas el camino y me llamas para que lleve a cabo una proeza espiritual!". Llena de emoción y exaltación, Vera se pone de rodillas. El hecho de que esa vieja revista hubiese llegado a sus manos precisamente aquella tarde, como una respuesta a su ardiente plegaria en la misa de Navidad, le pareció como una verdadera prueba de la Providencia divina. A partir de ese día, su destino estaba, pues, atado a aquello que le concernía. Todos sus sueños adquirieron una forma y una dirección determinadas. Todo lo que concernía a China le interesaba vivamente y, a la mesa, su semblante se animaba cuando la conversación tenía que ver fortuitamente con ese país. Vera sólo temía una cosa: que China se convirtiese al cristianismo antes de que ella fuese lo suficientemente mayor.

IV

LA casa de los Barantsov estaba construida sobre un pequeño promontorio; por el lado norte, la colina trazaba una suave pendiente que llegaba a un gran estanque que había sido excavado, naturalmente, por los siervos. Allí se dispuso un jardín al estilo de Versalles, con senderos rectilíneos de grava, macizos de flores en forma de vasos o corazones, y numerosos cenadores con celindas, lilas y tilos. Antaño, aquel jardín hubiese cautivado a cualquier amante de la naturaleza un poco consecuente; pero hoy, que en el puesto del antiguo jardinero artista ayudado por numeroso personal, sólo quedaba, para cuidar el jardín, un campesino que hacía de improvisado jardinero y dos muchachos de la hacienda, presentaba un lamentable y miserable aspecto. El estanque se había enfangado y servía de vivero de mosquitos; los cenadores estaban ruinosos, la hierba había invadido los senderos. Nada es más triste que un pretencioso jardín señorial caído en el abandono.

En cambio, detrás de la casa, donde se había dispuesto menos refinamiento y donde a la naturaleza se le dejó desarrollarse a su libre antojo, continuaba siendo muy bonito. Aparecía orillado por un pequeño encinar, después del cual la colina caía abruptamente en un arroyo que, con la crecida de las aguas, espumeaba ruidosamente y que, en tiempo seco, se reducía a una hondonada arenosa en medio de la que rezumaba un delgado hilo. Todo el flanco escarpado del ribazo estaba invadido por pequeños árboles; en primavera, los cerezos silvestres se cubrían de flores olorosas de un blanco lácteo, donde se desgañitaban las oropéndolas, los petirrojos, los luganos y otros pájaros. En ocasiones, también allí podían verse ruiseñores.

En otoño, había cantidad de avellanas y frambuesas salvajes. Pero, en invierno, la ladera desaparecía de tal forma bajo la nieve que sólo

dejaba ver una masa blanca inclinada, de la que sobresalían aquí y allá algunos tallos negros. Ese barranco señalaba por esa parte los límites del dominio de los Barantsov. Al otro lado del arroyo comenzaban las tierras de otro propietario, de Stepan Mijailovitch Vassiltsev. Este último, por lo demás, apenas había molestado hasta entonces al conde Barantsov, habida cuenta de que no vivía en sus tierras. Las puertas y ventanas de su casa de madera, de una sola planta, permanecían eternamente cerradas, mientras que el jardín abandonado se había transformado en un lugar salvaje, verdeante y sombrío, en el cual, a la sombra de viejos tilos, las bardanas alcanzaban dimensiones fantásticas y donde las cabezas velinas del diente de león blanqueaban al lado de las pequeñas campánulas, los claveles y ancolías que crecían salvajes.

Los rumores hacían de Vassiltsev alguien de mucha erudición. Pasaba el invierno en Petersburgo, donde era profesor en el Instituto tecnológico [\(12\)](#); en verano, partía habitualmente de vacaciones al extranjero. Aparentemente, había olvidado por completo la existencia de aquella pequeña propiedad que había heredado de su padre. Pero, en aquel memorable invierno, un carruaje de postas con cascabeles se detuvo un día ante la escalinata de la casa de Vassiltsev; dos gendarmes acompañaban al amo de aquellas tierras.

El asunto era simple. Vassiltsev tenía una antigua reputación de liberal y era mal visto por muchas personas influyentes de Petersburgo. Aquel invierno, con motivo de algún aniversario, los profesores y los estudiantes del Instituto tecnológico habían organizado un banquete, en el cual debía participar el gran—duque, protector del Instituto. Su Alteza dio a entender que no deseaba encontrarse allí con Vassiltsev. Aquello, como es natural, le fue transmitido a este último, que respondió que en ese caso deberían notificarle oficialmente la prohibición de participar en el banquete, del que se consideraba un invitado de honor, como los demás profesores. Ni que decir tiene que no recibió ninguna prohibición oficial y, el día fijado, tomó tranquilamente asiento, con los otros

profesores, a la mesa dispuesta en la sala de actos del Instituto. Dos o tres días después, el jefe de la policía secreta vino a buscarlo y le propuso amablemente que presentara su dimisión y se retirase a su propiedad familiar donde estaría obligado a residir de forma permanente. Para mayor seguridad, dos ángeles custodios uniformados como gendarmes lo acompañaron durante su viaje.

Fue en esas circunstancias como tuvo lugar el regreso al redil de Stepan Mijailovitch Vassiltsev (13). Es fácil imaginarse la sensación que provocó ese acontecimiento en los lugares vecinos. Al punto, comenzaron a circular los rumores más absurdos y exagerados sobre el recién llegado y sobre las razones de su inesperada reaparición; muchos veían en él a un conspirador peligroso. Aquella sospecha lo aureolaba con un nimbo de misterio, a la vez inquietante y seductor, habida cuenta de que en Rusia, incluso los conservadores, a menos que pertenezcan a la policía secreta, experimentan siempre un respeto involuntario, instintivo, por cualquier condenado político. Los Barantsov eran los vecinos más cercanos de Vassiltsev. No es, pues, nada extraño, que las dos mayores —Lena y Liza—, sintiesen un derecho natural de propiedad sobre aquel interesante vecino, que el mismo cielo les enviaba. Estaba soltero, y, aunque en honor a la verdad, ya no pudiese pasar por un joven, visto que ya tenía más de cuarenta años, y todavía menos por un Adonis, la penuria de noviazgos era tal que podía representar un buen partido.

Vassiltsev se hubiera sorprendido mucho, sin duda, si supiese el papel que desempeñaba en la conversación y los proyectos de las dos jóvenes. Por un extraño azar, durante todo el verano siguiente, no pudo salir de su casa sin encontrarse ora con Lena, ora con Liza, y, cosa aún más extraña, viéndolas lucir siempre algún vestido caprichoso o en poses extraordinariamente estudiadas. Bien era a la petulante Lena a la que veía encaramada a un árbol como una ardilla y que le miraba maliciosamente a través del follaje, bien era a una lánguida Ofelia a quien veía —es decir, a Liza— inclinada soñadoramente sobre el estanque, con una guirnalda de

nomeolvides en la mano. ¡Y había que oír los graciosos gritos de susto de las señoritas cuando eran cogidas por sorpresa!

Pero todos aquellos encuentros no condujeron a nada. Vassiltsev saludaba seca y ladeadamente y se eclipsaba. Ninguna conversación era posible, y no resultaba extraño que las jóvenes llegasen finalmente a la conclusión de que no había en el mundo cardo borriquero como su vecino. Pero si las relaciones de Lena y Liza con Vassiltsev no iban a ninguna parte, con Vera se anudaron muy sencillamente, y, hay que convenir en ello, de manera muy poco poética. El verano tocaba a su fin, y comenzaba el otoño: lluvioso, enfangado, con noches que llegaban pronto. El aburrimiento forzado e inhabitual de la vida monótona en el campo aún empujaba a menudo a Vassiltsev a salir de casa para buscar distracción en largos paseos. Pero como todas las personas que nunca han vivido en el campo ruso, con frecuencia encontraba estorbos en su camino e incluso algo que le parecía representar un enorme peligro. En el medio profesoral en el que Vassiltsev había evolucionado hasta entonces, a nadie se le hubiese ocurrido pensar que era cobarde; al contrario, sus compañeros temían constantemente que los comprometiese a causa de su intempestivo espíritu de insubordinación. Cuando se puso un término inesperado a su carrera de profesor, incluso los más arriesgados de sus amigos no pudieron más que convenir tristemente: —¡Era inevitable! ¿Es posible vivir en Rusia con un espíritu tan rebelde como el de Vassiltsev?

El mismo Stepan Mijailovitch se confesaba muy audaz. En sus sueños secretos, en esos sueños que ni siquiera se confían a un amigo cercano, le gustaba imaginarse en distintas situaciones extraordinarias, y más de una vez participó en una barricada desde el fondo de su gabinete de trabajo. Sin embargo, a pesar de ese coraje reconocido por todos, Vassiltsev sentía hacia los perros del pueblo, de los que se decía que habían desgarrado a un mendigo la primavera última, y hacia el becerro que ya había corneado dos veces al cuidador de la vaqueriza, un respeto muy grande, y hacía

todo lo posible para no encontrárselos de cerca. Un día, ocurrió que Vassiltsev se alejó una buena distancia de su casa. Había abandonado la carretera principal. Caminaba con las manos enlazadas tras la espalda, como era su costumbre, con la cabeza baja, sumido en sus pensamientos, sin echar ni una mirada sobre lo que lo rodeaba. Repentinamente, volvió en sí y se vio en una situación bastante comprometida: rodeado por una pradera pantanosa, sólo había que dar un paso fuera del estrecho sendero para hundirse hasta el tobillo en un líquido espeso. Por delante, un pequeño arroyo le cortaba el paso, y, tras él, no dejaba de oír las pisadas y mugidos del rebaño comunal.

- ¡Eh, muchacho! ¡Detén tus animales! —gritó Vassiltsev. Pero el pastor, un muchacho de unos quince años, endeble y de corto alcance —como no era apto para ningún otro trabajo se le asignó el de pastor— se contentó con mascullar algo incoherente y estalló en una risa idiota.

Vassiltsev estaba plantado allí, indeciso. Súbitamente se oyó una voz juvenil, casi infantil, un poco burlona: - Salte por encima del arroyo. ¡No es muy profundo! Vassiltsev miró hacia el lugar de donde provenía aquel buen consejo y vio en la colina, al otro lado del arroyo, a una muchachita de unos quince años, con un sombrero de paja ceñido por una cinta descolorida y con un vestido de indiana muy sencillo, ajustado a la altura del pecho y muy corto en los bajos y las mangas.

Vera, también empujada hasta allí por el aburrimiento, observaba desde hacía rato a aquel hombre endeble y singular que se encontraba en un apuro por tan poca cosa.

- ¡No tenga miedo, salte! —gritó de nuevo—, pero Vassiltsev seguía dudando.

Entonces, Vera descendió corriendo la colina, chapoteó sin temor con sus viejos zapatos en la ciénaga y, a fuerza de brazos, arrojó una tabla que arrastraba con ella sobre el arroyo, salpicando de fango sus medias blancas y el pantalón gris del vecino.

Una vez en lugar seguro, ni qué decir tiene que Vassiltsev sintió vergüenza por su cobardía. Muy confuso, le dio las gracias precipitadamente a su salvadora, con aire desamparado y una forzada sonrisa. No quería alejarse sin más, dejando tras él una impresión tan poco favorable, pero decididamente no sabía cómo entablar conversación con aquella pequeña salvaje, que lo examinaba con la descarada curiosidad de la adolescencia.

- ¿Qué libro es ese? ¿Puedo verlo? —pudo decir al fin. Vera tenía bajo el brazo sus preciosas vidas de santos. Vassiltsev abrió el libro al azar y leyó: "El emperador Diocleciano, encolerizado contra el digno mártir Isidoro, ordenó a su guardia que lo condujese al Capitolio..."

- ¿Qué tonterías son estas? —exclamó él involuntariamente. Los ojos azules de los Barantsov fulguraron de indignación. Cogiendo su libro, Vera le dio la espalda y se encaminó hacia su casa sin mirar atrás.

Por la noche, la cómica escena de la mañana acudió reiteradamente a la memoria de Vassiltsev, y aquel recuerdo provocaba cada vez una risa un poco despechada.

Al día siguiente, sin darse cuenta, dirigió de nuevo sus pasos hacia el lugar de su humillación en la víspera. Para su asombro, encontró allí a Vera. Con aire pensativo, concentrado, estaba al borde del arroyo y parecía esperarle.

- Buenos días —dijo él—, tendiéndole amistosamente la mano.

- ¿Puede ser que todo esto sea falso? —preguntó ella a modo de

respuesta, mirándole con sus grandes ojos, cuya mirada era ahora inquieta, casi suplicante.

La víspera, al oír un juicio tan poco halagador de su libro preferido, se había en principio enfadado; después, aquel e n c o — no dio paso a otro sentimiento, más penoso. "Todo el mundo dice que nuestro vecino es inteligente y culto. Debe conocer todo esto. ¿Y si de verdad todos estos relatos de mártires no fueran más que cuentos?" La duda era tan dolorosa que era necesario a cualquier precio poner en claro el asunto.

- ¿Habla del libro? —preguntó Vassiltsev, riendo—. Juzgue usted misma, señorita. El emperador Diocleciano reinó en Bizancio, y el Capitolio se encuentra en Roma. ¿Cómo podía ordenar a su guardia que condujese ahí al digno mártir Isidoro?

- ¡Ah, se trata de eso! Entonces, ¿no hay nada más que eso de falso?

- ¿Cómo, nada más? ¡Es suficiente, me parece!

- Bueno, pero ¿es verdad que hubo mártires?

- Por supuesto.

- ¿Y que los mataban, los quemaban y los arrojaban a las fieras?

- Todo eso tuvo lugar.

- ¡Alabado sea Dios! —dijo Vera con un suspiro de alivio.

- ¿Cómo, alabado sea Dios de que los torturasen? Aquella original muchacha decididamente comenzaba a divertir a Vassiltsev.

- No, por supuesto, no es eso —respondió precipitadamente Vera, muy confusa—. Quiero decir, alabado sea Dios de que antaño hubiese gentes tan buenas, santos, mártires.

- Mártires, aún hay ahora —dijo seriamente Vassiltsev. Vera le miró asombrada.

- Sí, en China —dijo ella al fin.

- ¡Por qué buscar tan lejos! ¡Los hay más cerca!

Vera continuaba mirándole, y su rostro reflejaba una perplejidad creciente.

- ¿No ha oído usted hablar, entonces, de que también entre nosotros, en Rusia, encarcelan a la gente, la deportan a Siberia, que incluso a veces la cuelgan? ¿Y usted pregunta si hay mártires?

- ¡Pero en nuestro país sólo deportan a los malhechores, a los criminales!...

Aquellas palabras se le escaparon a Vera, pero apenas las hubo pronunciado, un vivo rubor asomó a su rostro: "Nuestro vecino también es un deportado" —recordó.

- Ocurre que se deporta por muchas razones —dijo Vassiltsev a media voz.

Continuaron algún tiempo caminando uno al lado de otro, en silencio. Vera bajaba la cabeza y tiraba nerviosamente de los flecos de su pañuelo. Todo un enjambre de extraños pensamientos, que parecían incluso inconsecuentes, se abría paso en su cabeza. Temía espantosamente proferir alguna tontería: se arriesgaba a vejar a su vecino, pero el asunto era de tal importancia para ella, era tan vital que no podía detenerse en consideraciones de tacto.

- ¿Y por qué razón le han deportado? —preguntó súbitamente, sin mirar a Vassiltsev.

Éste sonrió maliciosamente.

- ¿Quiere saberlo? —preguntó con sorna.

Vera movió solamente la cabeza, pero su semblante era elocuente.

- ¿Y de los mártires actuales, quiere usted oír hablar? Los ojos de Vera se dilataron aún más.

- ¿Le gustaría que le hablara de eso? Pero la pongo sobre aviso: será necesario abordar también muchas otras cosas. El rostro de Vera se iluminó.

- Como lo de Diocleciano y el Capitolio, entre otras. ¿Me escuchará?

- Sí, sí.

V

AL día siguiente, Vassiltsev fue a visitar al conde Barantsov. Enseguida estrecharon su amistad, y, cuando al cabo de algún tiempo, Vassiltsev expresó el deseo de darle gratuitamente lecciones a Vera, aquella proposición fue acogida con gratitud, y más aún cuando el conde, a pesar de su despreocupación, en ocasiones sentía remordimientos al pensar que la pequeña de los Barantsov crecía sin el menor peso intelectual, como una campesina.

Desde entonces, las hermanas de Vera ya no tuvieron dudas de que ella había conseguido seducir al vecino. La felicitaron entre bromas por su conquista. Burlarse sin acritud de su "pretendiente" pronto se convirtió para ellas en una costumbre.

Al principio, aquellas conversaciones y piques irritaban y turbaban a Vera. Pero, poco a poco, comenzó a encontrarle a aquello cierto encanto. Qué le vamos a hacer, siempre es halagador oír decir que alguien está enamorado de uno. Vera se sentía incluso mayor y más importante a sus propios ojos desde que tenía un pretendiente.

—¿Y qué tal? ¿Cómo ha estado contigo hoy? ¿Aún no se ha declarado? ¡No seas misteriosa, te lo ruego! ¡Cuéntalo todo! Sus hermanas la acuciaban con preguntas después de cada lección con Vassiltsev.

Y Vera, de mala gana, se ponía a contar la lección, y, también a su pesar, aquí o allá añadía algo de su cosecha. ¡Por lo demás, Dios sabe cómo llegaba a eso! Las hermanas sabían muy bien comentar e interpretar cada una de las palabras de Vassiltsev que adquirirían realmente una coloración diferente de aquélla que habían tenido hasta el momento. La misma Vera no se daba cuenta de la manera

en que su vecino había poco a poco tomado posesión de sus pensamientos ni de la modificación de su imagen a sus ojos. "Un señor de cierta edad, que no tenía buen aspecto, un poco desgarrado, con un semblante del color de la tierra, tan miope que, incluso con gafas, parece no ver nada". He aquí como hubiese descrito a su vecino justo tras su encuentro al borde del arroyo. Pero ahora que se había convertido en su pretendiente oficial, quería elevarlo de tal manera al rango de héroe que descubría en él, cada día, nuevos méritos. Un día, encontraba que tenía una bella sonrisa; la víspera, había notado que cuando reía, unas pequeñas y graciosas arrugas se formaban en torno a sus ojos, y de manera inesperada aquellas arrugas le habían gustado terriblemente. Ella vivía ahora en una especie de espera crónica, inexplicable. Se preparaba para cada lección con el corazón latiendo acelerado y, durante la clase, estaba nerviosa, temblando de emoción: "¿Será hoy?"

Vera y Vassiltsev están solos en la pieza. La lección ha acabado, pero el maestro aún no se decide a salir. Ha dejado el libro a un lado, se ha hundido en el sillón, con la frente apoyada en una mano, sumido en sus pensamientos. Eso le ocurre a menudo. Vera permanece sentada a su lado sin moverse. No sabe por qué, pero con frecuencia se siente a disgusto y teme hacer el menor movimiento. Fija su mirada en la mano de Vassiltsev, pequeña y seca, curtida, y observa maquinalmente una gruesa vena azul que, saliendo de la muñeca, separa algunos pelos negros y serpentea hasta el dedo cordial estrechándose rápidamente.

Cae la tarde; todos los objetos adquieren poco a poco un aspecto apagado y los contornos se desdibujan. A medida que la mano de Vassiltsev se pierde en la oscuridad, Vera siente una especie de dolor en los ojos al contemplarla. Está invadida por un extraño entumecimiento; de minuto en minuto, cada vez le resulta más difícil intentar cualquier movimiento. Su corazón late violentamente, un claro rumor llena sus oídos, como de un agua que corre a lo lejos. Vassiltsev abandonó repentinamente su ensoñación.

- Mi querida Verotchka... —dice con ternura, como si siguiera su pensamiento, poniendo delicadamente su mano sobre la de ella.

"¡Ya está! —un relámpago atraviesa el alma de Vera. Se me va a declarar."

Pero sus nervios están demasiado tensos. Algo oprime súbitamente su pecho y le sube a la garganta; una palabra más y se asfixiará.

- ¡Se lo suplico! ¡Se lo suplico! ¡No diga nada! ¡Lo sé todo! Un grito sofocado se escapa de sus labios. De un salto, retrocede hasta el otro extremo de la pieza.

Consternado, Vassiltsev la mira algunos instantes en silencio, con un aire perdido.

- Mi pequeña Verotchka, ¿qué te ocurre? —pregunta al fin dulcemente, con timidez.

El tono de su voz devuelve a Vera a la razón; al momento comprendió que había cometido una tontería imperdonable.

"¿Qué hago ahora? ¿Cómo se lo explico?"

- Creí... me pareció... —murmuró de manera incoherente, jadeante.

Vassiltsev no apartaba los ojos de ella, y su expresión de perplejidad y temor pronto dio lugar a una sospecha desagradable y enojosa.

- Vera, quiero... no, exijo que me diga qué es eso que le ha parecido...

Está de pie ante ella y la agarra firmemente por las manos. Su voz es severa y metálica. Sus ojos azules de miope quieren leer en su rostro. Bajo aquella mirada insistente, escrutadora, Vera siente que cualquier voluntad, cualquier dominio de sí la abandona. Sabe que

su confesión será espantosa, pero, aunque fuese un asunto de vida o muerte, no podrá dejar de responderle, no podrá evitar decirle la verdad. Se oye finalmente un susurro entrecortado, apenas perceptible.

- Creí... que estaba enamorado de mí.

Como bajo el efecto de una picadura, Vassiltsev suelta las manos de Vera.

- ¡Ah, Vera!, ¡tampoco usted es mejor que las demás, son todas unas *kiseinaia barychnid* [\(14\)](#) —dice con un tono de reproche.

Y abandonó la pieza.

Vera se quedó sola, desdichada, anonadada.

"¡Señor! ¡Qué vergüenza! ¡Cómo vivir con una vergüenza así!" Fue el primer pensamiento que le vino a la cabeza al día siguiente, después de algunas horas de un olvido agitado y febril.

Aún es temprano. Desde las camas de sus hermanas dormidas le llega su respiración igual y regular. Ayer, no se dieron cuenta de nada, no dudan de nada, ¿pero qué dirán cuando lo sepan? ¡Ser durante todo un mes la heroína de una novela interesante, cautivadora, y descubrirse súbitamente como una jovencita estúpida y descarada! "¡Oh, qué vergüenza, qué vergüenza!"

Vera hunde su cabeza bajo la sábana y llora amarga y convulsivamente, mordiendo la almohada para sofocar sus sollozos.

Lena se revuelve en la cama. Las hermanas comienzan a despertarse.

"¡Con tal que no se den cuenta de lo sucedido!" Ese pensamiento pronto seca las lágrimas de Vera. Se levanta como si no hubiese pasado nada, se viste y, durante el día, va y viene, habla, incluso ríe,

como si nada hubiera ocurrido. En ocasiones, consigue efectivamente olvidar por un instante la escena de ayer, pero siente aún en el corazón un dolor sordo, constante, antes desconocido. Llegó el día fijado para la lección siguiente. "¿Qué va a pasar ahora?" —se pregunta Vera, helada ante la idea de ver a Vassiltsev.

Pero, a eso de las tres horas, acudió un muchacho de la propiedad vecina con una misiva del maestro: está indispuesto, y ruega que lo disculpen por no poder ir a dar la lección. "¡Alabado sea Dios!" —piensa Vera, aliviada. Vuelve entonces a aquella vida de aburrimiento, ociosa, que llevaba antes de la llegada de Vassiltsev. De nuevo, deambula durante todo el día por las piezas, no sabiendo qué hacer de sí misma, qué ocupación encontrarse. Ha sabido disimular sus sentimientos, sus hermanas —por lo que parece— han sospechado algo y la hostigan con preguntas vejatorias e impertinentes. Vera hace todo lo posible por evitar su compañía.

Así transcurrió una semana, y comenzó otra. Vassiltsev continuaba sin dar señales de vida. "¡Ya no volverá!", se decía Vera con una especie de tristeza despechada. Pero un día que estaba sola en la sala de clase, hojeando distraídamente y sin interés un libro ya leído diez veces, reconoció unos pasos familiares en el corredor. Su corazón se oprimió; por un momento le pareció que había dejado de latir. Su primer impulso fue huir, pero, antes de que pudiese intentarlo, Vassiltsev estaba en la pieza. Tenía su aire habitual, tranquilo y de buena persona, como si no hubiera pasado nada de particular y que no hubiese sufrido esa decena de días de angustia. ¿Y Vera? Ella lo había odiado de tal modo durante esta semana que, ahora, una oleada de insensata alegría, que cortaba el aliento, invadía repentinamente todo su ser. Por supuesto, tenía vergüenza, dolorosamente vergüenza, pero sin embargo predominaba la alegría.

- Vera, mi querida pequeña, ¡esto no puede continuar así! —él hablaba con una voz igual, acariciadora, como si se dirigiese a un niño—. Ha surgido entre nosotros un ligero malentendido, un

malentendido muy desagradable, muy molesto, pero vamos a explicarnos de una vez por todas ahora, y después lo olvidaremos completamente y seremos buenos amigos como antes. El hecho es que yo tengo cuarenta y tres años, Verotchka. Soy viejo, tengo casi tres veces tu edad; podrías ser mi hija, pero no mi mujer. Enamorarme de ti sería, por mi parte, no solamente una estupidez, sino una vileza. Y, alabado sea Dios, nunca se me ha ocurrido tal cosa. En cambio, siento por ti un afecto fuerte y sincero, y quiero firmemente hacer de ti alguien de bien. Verotchka, sólo las *kiseinaia barychnia* se imaginan que un hombre no puede permanecer una media hora en su compañía sin ponerse a cortejarlas. Pero tú no eres una atolondrada, ¿verdad?

Vera permanece de pie, sin decir nada, con la cabeza baja; espesas lágrimas tiemblan bajo sus largas pestañas, pero ni por un instante piensa en odiar a Vassiltsev.

- Escucha, mi querida amiga, dame tu mano —siguió Stepan Mijailovitch—. Para demostrarte lo que para mí vale tu amistad, voy a decirte lo que nunca le he dicho a nadie desde hace mucho, mucho tiempo. Una vez en mi vida, he amado verdaderamente a una muchacha. Nunca encontré una mujer mejor ni más encantadora. Pero su destino ha sido horrible. Ocurrió justamente tras el atentado de Karakozov (15): entonces arrestaban a no importa quién; bastaba una palabra imprudente para encontrarse en prisión. Ella fue encarcelada. Las cárceles estaban saturadas, y debió de pasar seis meses en una fosa insondable y negra. ¡Ella, tan delicada, tan débil! Cuando finalmente su *dossier* fue examinado, no encontraron ningún cargo contra ella. Fue liberada. Pero en aquella horrible mazmorra cogió una grave enfermedad, la peor del mundo, al parecer: una caries de los huesos de la cara, la caries de las prisiones, como se la denomina (16). Durante tres años, Verotchka, murió a fuego lento. Por supuesto, yo estuve todo el tiempo a su lado; cada día, debía ver cómo esa terrible e inexorable enfermedad la desfiguraba, la roía viva. Sus sufrimientos eran tan grandes que, incluso yo, que la

amaba más que a nada en el mundo, pensaba en su muerte como una liberación. Ahora comprenderás, Verotchka, que después de haber sobrevivido a algo así, no pueda considerar el amor a la ligera. Y, a decir verdad, en un país donde semejantes cosas son posibles, no tenemos prácticamente derecho a pensar en el amor, en la felicidad personal.

La voz de Vassiltsev se rompió por la emoción. Vera sollozaba amargamente, sin decir nada.

Poco después, Vassiltsev le mostró una foto de su antigua novia antes de su terrible enfermedad: un rostro bello e inteligente de tinte pardo, de ojos sombríos y pensativos. Vera creyó no haber visto nunca un rostro más bello que aquél; con veneración, llevó la foto a sus labios, como para besar el icono de una mártir, y, con lágrimas en los ojos, renovó su promesa de niña de ganar ella misma la corona del martirio. Pero no será a China a donde irá a buscarla. Sabía que en adelante aquella corona sería el destino de muchos en Rusia.

A partir de aquellos días, ya no hubo malentendidos entre Vera y Vassiltsev, y su amistad fue sellada sólidamente para siempre.

VI

ABRIL llegaba a su fin. Aquel año, la primavera se había presentado de golpe, súbitamente. Tras el deshielo y el derretimiento de la nieve, el frío aún persistió largo tiempo; la vegetación se desarrollaba sin prisa, blandamente, como de mala gana, un paso adelante, dos atrás. Como si hubiese que suplicar y exhortar a la menor brizna de hierba, a la menor planta para que se decidiese a sacudir su letargo invernal, a horadar la tierra y a mostrar el extremo de una pequeña hoja tierna y temblorosa. Nada manifestaba la menor audacia primaveral.

Repentinamente, una noche, comenzó a caer una fina lluvia tibia; desde entonces aquello fue una especie de encantamiento. Como si, con las gotas perfumadas de la lluvia primaveral, migajas de levadura hubiesen sido expandidas sobre la tierra. Todo se puso en movimiento, todo comenzó a arder súbitamente con un incontenible deseo de vida. Todo era impaciencia, una carrera frontal, donde cada uno empuja y aplasta a los demás, como por temor a llegar tarde. Cada uno se defendía resueltamente y defendía su derecho a la existencia [\(17\)](#).

Cuando, al día siguiente por la mañana, los habitantes de Borki se despertaron, soltaron un ¡oh! de asombro. ¡Cuántos cambios en una noche! No reconocían ni el jardín, ni los campos, ni el bosque. Ayer por la noche, todo estaba aún sombrío y desnudo; hoy, todo lucía un suave verdor. Y también el aire era diferente al de ayer. Y los olores, también, pues se respiraba de otra manera. Asistíamos a una eclosión de fiebre primaveral, rauda e impetuosa. Los abedules ya se habían adornado con un tierno follaje, transparente como la blonda. De las enormes yemas hinchadas de los álamos caían pegajosas escamas de resina, que impregnaban el aire con un aroma picante y

embriagador. El oloroso polen amarillo de los brotes del sauce y del avellano revoloteaba en el aire, con los blancos pétalos de los cerezos silvestres y los guindos. Los abetos desarrollaron enormes brotes claros, que se erguían como cirios y ofrecían un extraño contraste con las ramas del año pasado, todavía cubiertas con sus antiguas agujas. Sólo la encina permanecía aún desnuda, apagada, como si no tuviese cura de primavera. Desde el sur, llegaban cada día nuevos invitados del aire. Hace ya una semana, se pudo ver en el cielo el primer triángulo de grullas negras. El picapinos se puso a golpear en el hueco de la vieja haya. Las golondrinas iban y venían bajo el alero del balcón, a la búsqueda de sus viejos nidos, y emprendían una lucha encarnizada contra los gorriones que durante el invierno habían tomado posesión de su antiguo territorio.

Del suelo ascendían cálidos efluvios. Como si una actividad extraña y misteriosa se desarrollase ahí abajo, en las entrañas de la tierra. A cada paso, nos arriesgamos a pisar un germen de vida nueva: moho, hierba o insecto. En el estanque se daba libre curso a animadas declaraciones de amor. En cada hoyo bullen miles de formas de la más diversa existencia, de las más extrañas, y todo eso hormiguea y se afana, profundamente imbuido de la importancia de su propio yo.

En la antigua sala de clase de los Barantsov, una señorita que ronda los dieciocho años está inclinada sobre su escritorio; es alta y esbelta, de perfil delicado, como trazado al buril, y de pensativos ojos azules, festoneados por negras cejas. Ante ella, hay un libro abierto, un volumen de Dobrolioubov [\(18\)](#), pero vemos que le es difícil concentrarse en lo que lee. Alza continuamente la cabeza, se hunde contra el respaldo de la silla; sus manos juegan maquinalmente con un cortapapeles de marfil, y su mirada es inquieta, acechante, como si estuviese atenta a la llegada de alguien.

En esta joven belleza, hubiera sido difícil reconocer a Vera, la adolescente de no ha mucho tiempo, curtida y delgada. Habían pasado tres años desde su memorable explicación con Vassiltsev.

Aparentemente, esos años habían discurrido de manera apacible, sin acontecimientos ni conmociones especiales, pero, para Vera, habían sido ricos en el plano interior. Su amistad con Vassiltsev se había estrechado y fortalecido, pero había puesto distancia de por medio con todos los suyos. Sus hermanas dejaron de molestarla en lo referente al vecino y la habían abandonado a su suerte. Comoquiera que su relación con Vassiltsev había comenzado cuando todavía era una jovencita, sus padres, con su habitual despreocupación, consideraban inútil oponerse ahora que era una joven adulta.

En los últimos tiempos, no obstante, la reputación de Vassiltsev había perdido brillo a ojos de los terratenientes vecinales. Se le imputaban muchas faltas graves. Para empezar, había dado a sus campesinos, sin exigir indemnización de compra, todas las tierras por las que ellos pagaban antes la poda, lo que causó no sólo un perjuicio sensible a sus finanzas, sino que sobre todo dio un ejemplo pernicioso a toda la comarca. Después, se hizo sospechoso de inmiscuirse en los asuntos de los demás, de atreverse a dar consejos a los campesinos de otros propietarios y de haber así desbaratado más de una combinación sutil, imaginada por tal o cual astuto propietario a la hora del reparto con sus antiguos siervos.

En una palabra, aunque no se pudo manifiestamente reprocharle nada ilegal a Vassiltsev, todos coincidían en decir que no se conducía como convenía en su situación y que, aparentemente, olvidaba por completo que estar confinado a residencia en su propio dominio por razones políticas obligaba a una cierta prudencia. Algunos de sus amigos ya le habían dado a entender que el gobernador en persona comenzaba a mirarlo de través, lo que él no tuvo en cuenta.

Mientras que los propietarios se lamentaban de Vassiltsev, los campesinos lo adoraban y cada una de sus apariciones los llenaba de alegría. En los primeros tiempos, es verdad, se habían mantenido aparte e incluso habían acogido con desconfianza la donación que les hizo de sus tierras, sin exigir indemnización de compra.

Después llegaron a la conclusión de que debería de ser algo ingenuo. Poco a poco, sin embargo, se dieron cuenta de que su conducta no podía explicarse solamente en base a la ingenuidad. Vieron que, cada vez que se dirigían a él, obtenían bien una ayuda, bien un consejo sereno y razonable. Desde entonces, fue asediado por los campesinos. Si había que poner en claro algún asunto de familia embrollado o escribir una demanda al tribunal, todos acudían a él.

Vera y Vassiltsev pasaban sus ratos de ocio estudiando y conversando interminablemente, muy a menudo sobre temas abstractos que no les concernían personalmente. Ahora como hace tres años, hablan con frecuencia de los "mártires" contemporáneos; como antes, o tal vez aún mucho más fuertemente, Vera está resuelta a seguir sus pasos. Pero la corona del martirio es para un futuro lejano; por el instante, su vida es maravillosa y cada día es mejor y más plena.

Sin embargo, los últimos días han sido un poco aburridos y apagados. Vassiltsev ha debido ausentarse durante dos semanas para ocuparse de algunos asuntos de los campesinos. ¡Con qué horrible lentitud transcurre el tiempo, cuando no hay esperanza, por la tarde, de charlar con su amigo! ¡Se siente tan desgana que la obra se le cae de las manos! Pero, ¡alabado sea Dios, esos días han llegado a su fin! Este mediodía, un muchacho del dominio vecino se acercó para decir que el maestro había regresado y que vendría por la tarde a tomar el té.

"¡Estará aquí en una hora, aproximadamente!" Vera fue presa de un acceso de alegría tan fuerte e irresistible que no pudo permanecer sentada; abandonó el libro y se acercó a la ventana. Los oblicuos rayos del sol poniente la alcanzaron con su lengua de fuego, obligándola por un instante a entornar los párpados.

"¡Qué belleza ahí fuera! ¡Creo que nunca hubo una primavera tan encantadora, tan maravillosa! ¡Y cómo brota todo! ¡Un verdadero

prodigio! Esta mañana, la colina todavía estaba desnuda, y ahora podrían cogerse en abundancia narcisos y primaveras. ¡Se diría que salieron completamente florecidas de la tierra! Se habla, en los cuentos, de un héroe que tiene una vista tan penetrante que ve crecer la hierba. Pues bien, en primavera, eso no es nada extraño. Al mirar de cerca, me parece que yo también podría verla crecer... ¿Qué es eso? Es el cuclillo, en el bosque. El primero de este año... Señor, ¡qué belleza! ¡Es tan bello que se me encoge el corazón y me saltan las lágrimas!

Cuando finalmente llegó Vassiltsev, Vera se precipitó a su encuentro con tal arrebató que éste abandonó su sangre fría habitual.

Le cogió las dos manos y la miró con ternura y arrobamiento.

- ¿Qué le ha ocurrido, Vera? ¡A primera vista, no podía reconocerla! Hace dos semanas me despedía de una jovencita, y, ahora, a quién me encuentro...

No terminó la frase, pero su mirada se encargó por él. Las mejillas de Vera enrojecieron y ella bajó involuntariamente los ojos. Está tan bien con él, es tan reconfortante. Estas dos semanas efectivamente la han cambiado. Nunca, antes, sus manos se habían enfriado ni sus mejillas ardían así en su presencia. Para ocultar su turbación, se puso a hojear maquinalmente los libros que estaban sobre la mesa.

- No, Vera, hoy no habrá lección. Descansemos un poco. Él se sentó en una silla cerca de la ventana abierta y encendió un cigarrillo. Vera se sentó al lado; su corazón parecía querer salirse del pecho, como un pajarillo que palpita. Fuera, ya ha caído la noche. A lo lejos, sobre sus cabezas, el cielo es azul oscuro, pero, hacia el oeste, palidece gradualmente y el horizonte está orlado por una franja de ámbar claro. Del estanque asciende el croar de las ranas. En los ángulos de la pieza y el techo, los débiles susurros de los primeros mosquitos se funden en un ruido sordo y continuo, tranquilo. Un abejorro pasa

volando ante la ventana, llenando el aire de un grave bordoneo.

Una mancha clara aparece furtivamente entre los arbustos que separan la cocina del jardín. Una mujer, con pañuelo a la cabeza, se ha detenido un instante, indecisa, mirando en torno de manera vigilante para comprobar que no es seguida; después, a pasos cortos, se dirige a la arboleda. Un minuto más tarde, se dejan oír un suave susurro de hombre y una risa feliz. A lo lejos, por el lado de la granja, suenan las notas quejumbrosas de un caramillo tocado por el virtuoso del lugar.

- Cuénteme lo sucedido con los campesinos. Hoy, a la mesa, he oído muchas cosas terribles y viles —dijo súbitamente Vera con una voz afectada, esforzándose visiblemente por hablar.

Vassiltsev se sobresaltó, como si lo hubiesen despertado brutalmente.

- Sí, comprendo que me censuren —respondió, pasándose la mano por la frente—. Pero no desespero de conseguir cambiar la opinión pública en favor de esos desgraciados campesinos. Le contaré todo eso con detalles, Vera, pero más tarde. Por el momento, ¡no puedo!...

De nuevo algunos instantes de silencio; no se oye más que el zumbido de los mosquitos y los trinos del pastor.

- Vera, quizá recuerde una de nuestras conversaciones, hace tres años. Entonces estaba completamente convencido de que esto no llegaría nunca... Y sin embargo... Vera, dígame, a sus ojos, ¿soy un viejo?

Estas últimas palabras se escapan con un temblor apenas audible. Vera quiere responder, pero la voz no le obedece. Dios sabe cómo la mano de Vassiltsev se apoyó sobre la suya. Ese contacto les cortó el aliento a ambos, las palabras no llegaron a franquear sus labios,

tenían miedo de intentar el menor movimiento.

- ¡Stepan Mijailovitch! ¡Vera! ¿Estáis aquí? Era la voz de Liza que sonaba en el corredor. Vassiltsev retrocedió decididamente.

- ¡Hasta mañana, Vera! —dijo—, salvando a horcajadas la ventana baja que daba al jardín, antes de desaparecer en la oscuridad.

La noche de primavera, llena de emociones, de olores, de encantos misteriosos y torpor apasionado, discurre por el cielo. Las luces del pueblo están apagadas. Todos los sonidos mueren poco a poco. El caramillo del pastor hace rato que no se oye. Las ranas se han calmado, incluso los mosquitos han cesado su zarabanda. De vez en cuando, sólo un extraño ruido suena entre los matorrales; se oye un chapoteo en el estanque, o un golpe de viento trae desde algún lugar alejado el aullido quejumbroso de un perro, que languidece de soledad en esta maravillosa noche de pasión.

Vera no encuentra el sueño. Le falta el aire en la amplia habitación fresca que ahora ocupa sola, sin sus hermanas. Se levanta, abre la ventana y apoya su cara ardiente contra el cristal frío. Pero eso no la alivia: continúa sintiendo fuego en el cuerpo, su corazón conoce los mismos dulces tormentos y una vaga inquietud, llena de felicidad, consume su ser.

¡Qué silencio alrededor! El jardín parece en este momento inmenso y profundo. ¡Qué grandes y negros son los árboles, como si se hubiesen unido para deliberar entre ellos o para ocultar algún importante y extraño secreto! En medio de aquel silencio nocturno percibe súbitamente un ligero eco: es el trote de la silla de postas. El aire es tan puro, tan transparente, que se oye desde muy lejos, a unas cinco verstas de distancia, el tintineo de los cascabeles de la cabalgadura; cesa un instante, sin duda la silla de postas es ocultada por la colina, después vuelve a oírse nítidamente, cada vez más cerca; se oye como corre a rienda suelta, se distingue ahora el chasquido del látigo, la voz del cochero y el trote de los caballos.

Pero, de nuevo, los sonidos se alejan. ¡Extraño! Parecen haberse interrumpido repentinamente; la silla de postas ha debido detenerse en alguna parte de la vecindad. ¡Es verdaderamente extraño! ¡Qué emocionante es, por la noche, el sonido de los cascabeles de la silla de postas! Sin embargo, se sabe que nadie importante es esperado. Lo más probable es que sea el juez de paz o el comisario de policía que viene al pueblo a investigar alguna divergencia relacionada con el ganado. Y mientras tanto, esperando ese sonido argentino y tenue del camino principal, su corazón se pone a latir con más violencia. De súbito, siente el deseo de partir lejos, a cualquier país desconocido. "Señor, ¡qué bella es la vida!"

En un gesto involuntario, maquinal, Vera une sus manos como para rezar. Vassiltsev se proclama materialista, y Vera conoce también todas las teorías nuevas y piensa seriamente que ella no cree en Dios. Pero, en este instante, su alma se desborda con un reconocimiento apasionado, infinito, por Aquél que le ha otorgado esta felicidad y, siguiendo una antigua e indeleble costumbre infantil, eleva una plegaria ardiente a ese Dios a quien ella no le reconocía existencia.

"¡Señor! ¡Sé que hay en este mundo mucho dolor, mucha injusticia, mucha miseria! ¡Quiero estar al servicio del pueblo, estoy dispuesta a dar mi vida por ellos! ¡Pero aún no, aún no, Señor! ¡Ahora sólo aspiro a la felicidad, tengo una inmensa y dolorosa necesidad de ser feliz!

Vera consigue caer por un instante en un sueño agitado. "¡Hasta mañana!". Es como un rayo luminoso que atraviesa súbitamente su conciencia y siente de nuevo una inquietud dolorosamente dulce, una bienaventurada fiebre. El amanecer despunta ya en el horizonte. Los gallos han cantado por segunda vez; bajo la ventana, los excitados gorriones han comenzado a piar ruidosamente, pero Vera aún no duerme, continúa dando vueltas en su lecho, con el rostro encendido y las manos frías. Sólo después de salir el sol se queda

finalmente dormida, con un sueño de plomo. Así, pues, durmió muchas horas. Ya era cerca de mediodía cuando de nuevo la invadió la confusa conciencia de que la víspera había ocurrido algo extrañamente feliz. ¡Qué felicidad despertarse al día siguiente, después de una alegría inesperada!

Vera permanecía en su lecho, distendida y ganada por cierta pereza.

Pero un pensamiento vino a sacarla de aquella tranquilidad. "¿Qué hago aquí? ¿Y mis alumnos?" [\(19\)](#).

Se levanta de cama dispuesta a vestirse, pero mira la hora y se da cuenta de que es tan tarde que, de cualquier modo, faltará a la clase, y, por lo mismo, ya no necesita apresurarse. Entonces, vuelve a acostarse y cierra los ojos, sonriendo en silencio a su próxima y futura felicidad.

Andando con precaución y queriendo ver de cerca si la señorita aún dormía, la doncella entró en la pieza.

- Anissia, mi buena Anissia ¿por qué no me has despertado antes? —la acogió alegremente Vera.

- Es la quinta vez que vengo, señorita, pero dormía tan profundamente que me daba pena despertarla.

"Hoy tiene la cabeza a pájaros" —se dijo Vera.

- Ha ocurrido una desgracia, señorita, siguió diciendo Anissia con aquella voz particular, a la vez emocionada y como satisfecha, con la que los domésticos dan siempre las noticias importantes, de la naturaleza que sean.

¿Qué ha pasado? —preguntó Vera irguiéndose en la cama de un salto.

Todavía no sabe de qué se trata, pero su corazón presiente un inminente desastre.

- La policía ha ido esta noche a casa de nuestro vecino, dijo Anissia.

VII

LA horrible noticia estalló como un trueno en casa de los Barantsov: la noche anterior, una silla de postas se había detenido ante la escalinata de la mansión de Vassiltsev, con un coronel de la gendarmería y dos ángeles custodios de inferior rango. El coronel le mostró a Vassiltsev un papel con una ordenanza y sello oficiales, en donde se decía que el señor Stepan Mijailovitch Vassiltsev representaba un peligro para la tranquilidad de la región. De esa forma, el gobernador, haciendo uso del poder que le había sido conferido por altas instancias, le sugería cambiar su residencia actual por la bella, aunque un poco más alejada, ciudad de Viatka (20). Se le concedían setenta y dos horas para que tomase sus disposiciones. Pero, fuera de ese plazo, estaba prescrito escoltarlo a destino.

Se puede imaginar la impresión que causó esta noticia en la familia Barantsov. El conde fue quien más se atemorizó. Poseía esa cualidad, que no era rara en Rusia, de criticar, de dársele de liberal y lanzar dardos contra el gobierno cuando las puertas estaban cerradas, pero bastaba que apareciesen en el horizonte los uniformes azules (21) para encerrarse instantáneamente en su concha y transformarse en un humilde y fiel súbdito del zar.

En el presente caso, a la cobardía que le era propia, se añadían remordimientos de conciencia muy merecidos: ¿cómo había podido permitir un tal acercamiento entre su hija y un libre pensador? ¿Dónde tenía los ojos? Vassiltsev, aún ayer honorable y acomodado propietario, buen partido, se había transformado repentinamente en vagabundo sin casa ni hogar, un hombre cuyo trato podía incluso ser peligroso. De matrimonio entre él y Vera ya no podía, por supuesto, ni pensarse, y su hija quedaba ahora comprometida y desacreditada.

Como siempre en las circunstancias difíciles de la vida, el conde se apresuró en ocultar el sentimiento de su responsabilidad personal acusando a los demás. Y a su mujer, la primera: - Ya ves, querida, sólo te preocupas de tus nervios, ¡y no has sabido vigilar a tu hija!

La condesa tenía clara conciencia de la vergüenza que aquel suceso hacía recaer sobre su familia, y estaba más dispuesta a oír las inocentes palabras, los lamentos con que la arroparían las damas de la capital de provincia durante la primera reunión en la ciudad.

Toda la casa, incluso los domésticos, se vio asolada por aquel pánico particular, irracional, que la visión de un uniforme azul provocaba en Rusia. Todos aguardaban una ineluctable desgracia.

- ¡La policía, la policía viene a nuestra casa! —se precipitó un día con ese grito Fenia, una doméstica que había oído los cascabeles de la silla de postas por el camino principal.

Ante aquella terrible noticia, bajo la influencia del miedo, cada cual perdió la cabeza. La condesa huyó a su habitación, estimando que su lecho era el mejor refugio. El conde se precipitó en la habitación de Vera, agarró una brazada de papeles y libros que encontró a mano, sin reparar en nada, y los arrojó en la estufa que por desgracia estaba encendida. Los domésticos se habían dispersado Dios sabe dónde. Sin embargo, se trataba al parecer de una falsa alarma. Era simplemente el funcionario de las contribuciones indirectas que pasaba por allí. Pero todos tardaron mucho en reponerse de sus emociones.

En cuanto a Vera, el golpe que había recibido era tan inesperado y abrumador que la dejó anonadada, y sin poder darse cuenta en el acto del alcance de su desgracia. Que llevasen a Vassiltsev lejos de ella, para siempre, era un pensamiento tan inconcebiblemente horrible que su razón no llegaba a admitir. Qué sería de ella después de su partida, eso ni siquiera lo pensaba. Ese "después de" le parecía un abismo negro y sin fondo, en el cual no podía echarse una mirada

sin sentir vértigo. Por el instante, su inquietud principal, su miedo más imperioso, el más doloroso, era que partiese sin haberle dicho adiós. Verlo una vez más, aunque sólo fuese durante una hora, o un minuto —¡ocurra lo que ocurra! En ocasiones, incluso le parece que bastaría con verse para que de nuevo todo volviera a ir bien, para que todo se arreglase de una manera o de otra.

Todos sus deseos, todos sus pensamientos, todas sus aspiraciones estaban ahora concentradas en ese único objetivo: volver a verlo. Pero conseguir una cita no era cosa fácil. Naturalmente Vassiltsev estaba prisionero en su propia casa, bajo la estricta vigilancia de los gendarmes. Vera también era objeto de una vigilancia atenta. En la familia, todos sospechaban que estaba dispuesta a cometer alguna locura, aunque se encontrase de alguna manera bajo arresto domiciliario. Durante el día, su madre y sus hermanas no le quitaban el ojo de encima; por la noche, Anissia tenía orden de vigilarla.

Habían transcurrido ya dos días, y Vera se rompía la cabeza intentando encontrar el medio —sin conseguirlo— de escapar en secreto de la casa. Tampoco pudo recibir ni una palabra de Vassiltsev, pues los domésticos habían recibido la orden estricta de no dejar entrar en el patio ni al perro del vecino. Sólo quedaba ya una noche. Mañana, al amanecer, se lo llevarían, y entonces será el fin de todo. Ante ese pensamiento, Vera creyó volverse loca.

- ¡Anissia, mi querida y buena Anissia! ¡Déjame ir a verlo! ¡Por una hora, sólo por una hora! Nadie lo sabrá —le implora a su doncella.

—¡Qué está pensando, señorita! —se asusta en principio Anissia, con gestos de horror.

- Anissia, ¡acuérdate de tu juventud! Tú misma me has contado muchas veces lo difícil que era vuestra vida, en tiempos de la servidumbre. Piensa entonces un poco: es por vosotros, por los campesinos, por quien sufre Stepan Mijailovitch.

- ¡Oh, señorita, pobrecilla mía, no me hable de eso! Yo sé que el vecino es un buen amo. Y nosotros, los domésticos, tenemos lástima de él, créame, ¡es como para llorar! Y a usted también, señorita, la compadecemos ¡Qué bella pareja hacen, pensamos! Cuántas veces nos alegramos, al verlos. Pero, ¡qué podemos hacer nosotros! ¡Es la voluntad del Señor!... ¡Señorita, por Dios, qué hace! ¡Está loca, criatura mía! ¡Arrodillarse ante mí, una pobre sierva!

Desesperada, Vera se había puesto de rodillas ante Anissia y le besaba las manos.

- Anissia, si tú no me dejas salir, debes saber que mi sangre caerá sobre ti. Te juro sobre esta cruz que atentaré contra mi vida si no consigo verlo antes de su partida.

Anissia no tenía un corazón de piedra. Con muchos suspiros y lamentaciones, prometió finalmente dejar salir a la señorita por la puerta trasera, un poco más tarde, cuando todo el mundo estuviese acostado.

Ya era de noche cuando Vera, disfrazada como Anissia y con la cabeza cubierta con un viejo chal negro, salió a hurtadillas de la casa. Había vuelto a hacer frío estos últimos días, y, aunque durante el día el sol calentaba, a la caída de la noche helaba un poco; en la carretera principal, los charcos se habían cubierto de una delgada costra de hielo como una cáscara de huevo, que crujía bajo los pies de Vera. Un breve escalofrío recorrió sus miembros. Como el arroyo que separaba las dos propiedades se había desbordado, crecido por las lluvias, no podía ir por el atajo habitual del barranco, viéndose en la necesidad de dar un rodeo de aproximadamente dos versts. Vera nunca había tenido la ocasión de encontrarse sola durante la noche en plena naturaleza. El camino familiar le parecía ahora muy diferente a como era por el día. Todas las cosas habían cambiado repentinamente y se habían vuelto irreconocibles.

Vera caminaba sin mirar atrás. No sentía ni miedo ni emoción;

incluso la pena causada por la inminente partida de Vassiltsev se había aplacado. Un ligero vértigo, que estaba lejos de ser desagradable, anublaba sus pensamientos. Por un momento notó las piernas muy ligeras, apenas sentía su cuerpo. Caminaba como en sueños y sólo recuperó el sentido cuando llegó a la puerta de la casa de Vassiltsev. Las luces estaban apagadas; parecía como si todos estuviesen ya acostados. Sólo una ventana dejaba pasar un haz de luz bajo el estor corrido.

Vera llamó a la puerta, primero suavemente, dudando. Nadie respondió; entonces, comenzó a llamar cada vez más fuerte. Dos perros saltaron detrás de la verja y lanzaron hoscos y ensordecedores ladridos. Finalmente se dejaron oír unos pasos. Provisto de una linterna, un gendarme adormecido, con los pies desnudos en sus zapatos y el uniforme echado con negligencia sobre sus hombros, acudió a abrir la puerta. — ¿Qué quiere? ¿Quién merodea así de noche? —masculló, enfurecido—. ¡Bien, bien!, una señorita... Su descontento dejó paso al asombro.

- Necesito ver al amo, respondió Vera, con una voz apenas audible.

Temblaba con todo su cuerpo, pero su timidez había desaparecido.

El gendarme alzó su linterna para ver mejor el rostro de Vera, y se puso a examinarla sin razón y tomándose su tiempo. "¡Una doncella, según creo!" —se dijo para sus adentros. Su rostro se serenaba cada vez más.

- Escucha, hermosa, ¡pareces conocer bien el camino del amo por la noche! —dijo finalmente con un tono malicioso—. Pero hoy, sabes, será muy difícil verlo —añadió cambiando bruscamente de tono y mostrando otra vez un aire severo.

- ¡Déjeme entrar, por el amor de Dios, déjeme pasar! —suplicó Vera.

Por las palabras del gendarme, dedujo que no la dejarían entrar, que tendría que desandar el camino sin haber visto a su amigo. Su voz era tan implorante, tan desesperada, que el gendarme, que sentía debilidad por el bello sexo, no pudo resistirse.

- ¡Está bien, está bien, no lloriquee más! —buen muchacho, trata de calmarla—. Vamos a ver qué podemos hacer por ti... Pero tengo que informar a mi coronel... —añadió después de un instante de reflexión.

Dejó pasar a Vera, la acompañó a través del patio y le dijo que esperase a la entrada, mientras iba a ver al coronel, que dormía tras el otro lado de la pared medianera, pero a quien el ruido había despertado.

El mismo extraño entumecimiento, la misma indiferencia ante todo, se apoderó nuevamente de ella. Sin sentir la menor confusión, oyó cómo el gendarme le decía a su jefe que la amante de Vassiltsev había venido para decirle adiós. Oyó al coronel soltar una broma un poco atrevida acerca de ella y preguntar si era bonita. Oyó eso sin impresionarse, como si no fuese con ella.

- ¡Ah, demonios! ¡Déjala entrar! Que Vassiltsev pase un buen rato antes de partir —decidió finalmente el coronel.

El gendarme abrió la puerta de las piezas interiores y Vera se precipitó como una flecha.

- ¡Lleva fuego en el trasero, a fe mía! —dijo el gendarme riéndose—. ¡Pero escucha, preciosa, no sé tu nombre, pero la próxima vez no nos olvides, cuando tu amante haya partido! —gritó tras sus espaldas.

Pero Vera no oía nada. Atravesó rauda las dos o tres piezas que la separaban de la puerta bajo la que salía un débil haz luminoso.

Vassiltsev estaba sentado en su alcoba, que también hacía las veces de escritorio. Aún estaba vestido, y ordenaba sus libros y papeles. La espaciosa habitación tenía ahora ese aire lamentable y desordenado como el de las vísperas de un viaje. Sobre la estrecha cama de hierro cuyas sábanas habían sido desplazadas a un rincón, había pilas de ropa, cartapacios de cuero, cuadernos. Trozos de papel, cartas rotas y viejas facturas se esparcían aquí y allá por el suelo. Dos grandes cajones de madera rebosaban de libros; las estanterías desnudas, a lo largo de las paredes, parecían negros esqueletos. En medio de la pieza, una maleta abierta dejaba ver ropa interior, un frac y un par de botas.

Cuando Vera abrió la puerta, sintió que la invadía una emoción tan fuerte, por primera vez desde que había salido de su casa, que por un instante le pareció que su corazón dejaría de latir. Se detuvo bajo el dintel, sin fuerza ya para dar un paso o decir alguna palabra.

Inclinado sobre el escritorio, Vassiltsev le daba la espalda. Estaba tan absorto que no oyó rechinar la puerta. Pero cuando, al cabo de un minuto, se volvió casualmente y vio la alta y pálida figura de Vera en la entrada, su rostro no expresó asombro sino una alegría inmensa: como si la esperara o estuviese seguro de que vendría. Se precipitó hacia ella. Permanecieron algunos segundos uno ante el otro, cogidos de la mano y separados, en silencio, con la garganta anudada por un espasmo. Con sollozos apagados, Vera se arrojó finalmente entre sus brazos.

Un ruido de pasos se dejó oír tras la puerta y la invisible presencia de un extraño se hizo palpable en la habitación. Un temblor nervioso, como causado por un malestar físico, recorrió todo el cuerpo de Vassiltsev.

- ¡Vera, amiga mía, cálmate, por favor! No estamos solos. Nos escuchan. No permitamos que estos desalmados vean nuestro sufrimiento —murmuró entre dientes.

Él había recobrado de pronto toda su sangre fría. La cogió por la mano y la hizo sentarse a su lado en un diván, apartando una pila de libros. Estaba muy pálido; de vez en cuando, un espasmo agitaba la comisura de sus labios, y las azuladas venas de sus sienes estaban tensas como cuerdas. Pero se puso a hablar de unas cosas y otras con un tono tranquilo y reconfortante.

- En este cajón, Vera, he puesto los libros que le dejo. Habíamos comenzado a leer a Spencer. Encontrará ahí algunas anotaciones a lápiz que he hecho para usted...

Ella estaba sentada en el diván sin moverse, como petrificada; cruzaba tan fuertemente sus dedos que las uñas de una mano se hundían en la otra. Las palabras de Vassiltsev le llegaban como un ruido apagado y confuso, sin significación precisa. Cuando le hacía una pregunta, ella respondía maquinalmente con un movimiento de cabeza o con una débil y lastimosa sonrisa; no se atrevía a hablar, pues sentía que a la primera palabra estallaría en sollozos. El tic tac del péndulo del reloj era nítido y regular. Un enorme abejorro revoloteaba por la pieza con un ruido sordo y cortante; durante un instante se calmaba, pero después volvía de nuevo a golpearse frenéticamente contra el techo o contra los cristales. Vera sentía una sensación casi física del tiempo que se derramaba como un líquido de un vaso hendido, gota a gota, y cada minuto quedaban menos de esas preciosas gotas. Su separación durante años, quizá para siempre, estaba cada vez más cerca. ¡Y ni una palabra que saliera del corazón, ni una caricia! Permanecían sentados uno al lado del otro como extraños, y aún se oían los roces en la pieza contigua.

La llama de la lámpara de aceite repentinamente ha amarillecido; la ventana con el estor bajado, que formaba antes una gran mancha negra, ha adquirido un color violeta oscuro. Fuera se oye el canto de un gallo, los gorriones comienzan a piar, las vacas mugen: son los habituales signos anunciadores de una mañana de primavera, en el campo. Una fría y sorda desesperación invade a Vera. La perspectiva

de la separación se le aparece ahora por primera vez en toda su realidad tangible e irremediable. Hasta aquí, a pesar de todo, aún quedaba la espera de la felicidad de este último encuentro; la esperanza loca, irracional, de algo indefinible, era tan fuerte que ocultaba el pensamiento mismo de esta separación; pero ahora, ya no quedaba nada, nada. Era el fin de todo.

Vassiltsev se alzó del diván, subió el estor y abrió la ventana. Los primeros rayos de una maravillosa mañana de primavera entraron a raudales en la pieza. Luz, ruidos, el olor primaveral de las flores, los cantos de la primavera, todo llegaba a la vez, feliz, triunfante e inmisericorde.

Con un gesto rápido e inexplicable, Vassiltsev volvió a cerrar la ventana y bajó el estor. Se arrojó sobre la cama y comenzó a llorar amargamente. Aquel cuerpo vigoroso y fuerte era sacudido por los sollozos.

De un salto, Vera se acercó a él. Se dejó caer a sus pies y, abrazándolo con todo su ser, lo cubrió de besos. — ¡Amor mío! ¡Mi felicidad! ¡No partas solo! ¡Mi vida!

- ¡Llévame contigo!

Vassiltsev la estrechó entre sus brazos. Ahora, ya no trataba de calmarla; respondía a sus ardientes caricias, la abrazaba con fuerza. Sus labios se unieron por primera vez en un beso largo y apasionado.

Vassiltsev, de pronto, volvió en sí. Bruscamente, con tosquedad, rechazó a Vera, se levantó y comenzó a recorrer la habitación. Sola, de rodillas ante el diván, Vera continuó sollozando en silencio.

Cuando de nuevo Vassiltsev se acercó a ella, tenía el rostro deshecho como después de una larga y grave enfermedad.

- ¡Vera, mi querida pequeña, perdóname! —oyó que le decía—. ¡Te he causado mucho dolor, mi pobrecita! ¡Cómo podría llevarte

conmigo! A ti que eres tan lozana, tan joven, ¿acaso puedo encadenarte a una vida de viejo, ya casi acabada? E incluso si yo lo quisiera, ¿crees que me lo permitirían? ¿No te harían regresar tus padres a la fuerza?

Su voz era apagada, rota. Vera había dejado de llorar; sabía que era efectivamente el fin de todo.

El día había levantado por completo. Llamaron a la puerta. Era el gendarme que anunciaba que había que ponerse en ruta en una hora.

- Vera, ¿no sería mejor que te marcharas ahora? —dijo Vassiltsev con una voz dulce y apagada.

Pero ella sacudió la cabeza en silencio; quería permanecer cerca de él hasta el final. Un extraño torpor, la conciencia de una aparente irrealdad del mundo exterior, la invadió de nuevo. Vassiltsev también se movía y hablaba como en sueños. Todo el personal de la casa, el viejo cocinero, el intendente, los campesinos amigos vinieron unos tras otros a darle su adiós.

Al entrar en la habitación, se santiguaban primero ante los iconos, después se acercaban al amo y, tras haberse secado los bigotes, le daban un triple beso, con aire serio, solemne, como en un rito religioso. Algunas campesinas, con chiquillos en los brazos, estaban al pie de la escalinata y expresaban su dolor lamentándose ruidosamente como plañideras ante un muerto.

Con los ojos secos, Vera miraba a aquellas gentes que entraban, hablaban, suspiraban o lloraban; le parecían autómatas ejecutando una extraña y compleja representación. El coronel de los gendarmes tomaba un bocado en la pieza contigua acompañándolo con tragos de vodka.

- Usted también, buen hombre, ¡no le vendrá mal echarse un trago antes del viaje! —dijo con una voz paternal y alentadora. A través de la puerta entreabierta, echaba miradas furtivas y curiosas sobre Vera, pero sin dirigirse directamente a ella, pues sin duda ya sabía que no era una simple sirvienta.

El carruaje, tirado por tres caballos, avanzó hasta la escalinata. El coronel montó con Vassiltsev, mientras que uno de los gendarmes se instalaba al lado del cochero, en el primer banco. El otro se quedó en el lugar.

- ¡Arre! ¡Por el amor de Dios!

Los caballos tiraron de los varales; la carcasa, moviéndose y oscilando, comenzó a rodar por el enfangado camino y, al doblar un recodo, desapareció en el bosque de abedules. El tintineo de los cascabeles era cada vez menos audible y finalmente acabó por extinguirse. Ya no se oía nada, nada en absoluto, aparte de los habituales acentos melódicos de una mañana de primavera en el campo.

Con la cabeza baja, sin mirar en torno a ella, Vera emprendió silenciosamente el camino de regreso. Un cerezo silvestre en flor la cubrió de pétalos blancos, y una lluvia de gotas de oloroso rocío se desprendió de las ramas a su paso. Una liebre saltó en el claro, después se detuvo y comenzó a golpear sus patas delanteras para llamar a su hembra, pero, a la vista de un ser humano, dobló hacia atrás sus largas orejas, y, después, se escabulló en el bosque. El cielo refulgía y brillaba como si el sol se hubiese derramado en el éter azulado y hubiera inundado toda la bóveda celeste. Muy alto, por encima de la cabeza de Vera, un pequeño punto negro tembloroso dejaba oír un misericorde canto de felicidad y amor, que llenaba todo el espacio.

VIII

EL tiempo discurre con lentitud, tranquilamente. Los días se suceden, monótonos y penosos, colmados de un melancólico tedio de plomo.

Al principio, justamente tras la partida de Vassiltsev, el organismo entero de Vera se encontró tan quebrantado por el shock nervioso que había sufrido que ni siquiera pudo sentir una pena violenta: toda capacidad de vivir y emocionarse había muerto en ella. El sentimiento dominante era una fatiga profunda, demoledora. Pasaba los días enteros como en hibernación, incapaz del menor esfuerzo de pensamiento. Llegó a adormecerse súbitamente, sin poder prevenirlo, en plena conversación. Solamente en alguna ocasión, aquel anonadamiento moral se veía disipado durante un instante por el recuerdo casi físico de los últimos momentos pasados con Vassiltsev. Su voz acariciadora y dulce sonaba aún dentro de su cabeza; sentía en sus labios la huella de su ardiente beso. Un temblor de pasión recorría entonces todo su cuerpo. Y cosa extraña, después de aquello, conocía cada vez una súbita calma, una certeza inquebrantable: "Esto no puede acabar así. Volveremos a vernos".

El tiempo pasaba y, a medida que las fuerzas físicas de Vera se reconstituían, encontraba la capacidad de sentir su aflicción más intensamente. Con el regreso de las preocupaciones habituales, la necesidad de ver a Vassiltsev, aquella necesidad alimentada por un trato cotidiano de tres años, se hacía cada vez más dolorosa y urgente. La menor cosa, una fruslería, convocaba despiadadamente su recuerdo; como si hubiese marcado con su sello todos los objetos que la rodeaban. Hiciera lo que hiciese, emprendiera lo que emprendiese, había indefectiblemente algo que vendría a reanimar vivamente el pasado, un instante feliz, un episodio insignificante que

en su momento casi había pasado desapercibido, pero cuyo recuerdo suscitaba ahora un arrebató ardiente y apasionado de desesperación.

Lo peor de todo era el despertar matutino. Sus sueños eran ahora extraños, sorprendentes: veía a Vassiltsev como en realidad, vivo, y sentía su proximidad con todo su ser, y todo eso se producía de manera tan plausible, estaba acompañado de una tal cantidad de pequeños detalles verosímiles, completamente como en la realidad, que le ocurría decirse a sí misma en sueños: "¡No, ahora no es un sueño! ¡Ahora, es verdad!" Y después era como una gasa que se desgarraba, todo comenzaba a girar sobre la marcha, a velarse, a disiparse, una aguda conmoción recorría todo su organismo: y, al poco, ya no había nada. Volvía a encontrarse sola en la cama; una conciencia dolorosa de su soledad la invadía de nuevo. Y otra vez, los sollozos de una pasión sin esperanza la convulsionaban y retorcían sobre la cama.

Y aquello empeoraba cada día, su tétrico humor no la abandonaba. Vera, que ya antes evitaba el contacto con los suyos, encontraba ahora insoportable la compañía de sus hermanas, sus mezquinos intereses, sus huecas conversaciones. Todo le parecía apagado y feo. Cuando le ocurre encontrarse en compañía de alguien, sólo piensa en la manera de dejarla lo más rápido posible; a menudo tiene la impresión de que necesita estar sola para poder pensar seriamente. Y cuando la dejan en paz, se pone efectivamente a pensar, es decir a soñar febrilmente, apasionadamente. Su imaginación le presenta los escenarios más insensatos, más irrealizables. ¡Cuántas veces pasó por su imaginación la escena de su huida de casa, a la búsqueda de Vassiltsev, por todas partes, aunque fuese hasta el fondo del mar! Aquellas ensoñaciones le aportaban una serenidad momentánea, pero súbitamente surgía de no se sabe dónde un pensamiento frío y desengañado: "¡No tengo ni un céntimo, y hay tres mil verstas hasta Viatka! Y además, sin pasaporte, ¿a dónde se puede ir en Rusia? En la primera estación, volverían a traerme entre dos gendarmes." Los

sueños entonces se esfumaban dejándole un regusto de amargura.

Razonablemente, no había la menor esperanza. Sólo quedaba la improbable fe en un milagro. Al principio, cuando el dolor la abrumaba, Vera era capaz de rebelarse físicamente: "¡Es imposible sufrir así! ¡Esto tiene que acabar!" Pero aquello no se terminaba, el sufrimiento se hacía algo normal, habitual. Entonces, a cada paroxismo de desesperación, el dolor que sentía en aquel momento era acrecentado por el recuerdo de la víspera y por la certeza de que al día siguiente sería idéntico.

Y de súbito, en el momento en que Vera comenzaba a sucumbir a la desesperación, cuando un humor tétrico, sordo, pesado como el plomo, la habitaba de manera permanente, vino a alcanzarla un rayo de felicidad: recibió una carta de Vassiltsev. No podía escribirle por el correo ordinario: la correspondencia hubiera sido interceptada bien por la policía, bien por sus padres. Pero había encontrado el medio de enviarle unas palabras a través de un negociante a quien conocía, que mantenía relaciones comerciales con Viatka.

La carta era breve, llena de discreción, sin la menor muestra de ternura: estaba claro que Vassiltsev temía que cayese en manos extrañas. Pero es dudoso que la más larga y apasionada de las cartas haya aportado nunca más alegría que aquel pequeño trozo de papel. ¡Vera se sintió casi loca de felicidad! Como siempre que alguien ha sufrido mucho y sobreviene una tregua, tenía tanta prisa por alegrarse que ahora todo le parecía cosa del pasado: su aflicción ya no existía. Lo principal era tener noticias suyas. Lo más terrible había sido el sentimiento de que él había repentinamente desaparecido, sin dejar huella, y que cualquier lazo con él también había sido cortado. Ahora, al contrario, cuando se hacía posible escribirse, su partida parecía algo normal, y la separación un sinsabor pasajero, y no esa desgracia abrumadora y sin salida que había sido antes.

Aunque Vera enseguida retuvo de memoria la carta de Vassiltsev, y aunque su aspecto exterior, también, se imprimiese allí, no pasaba ni

un día sin que leyese y relejese aquella preciosa misiva. Vivió de esa alegría durante la semana que siguió a la recepción de la carta, después fue absorbida por la espera de la carta siguiente.

Como todas las personas que están obsesionadas por una idea, por un solo interés a causa del cual deben, además, contentarse a pesar de ellas con un rol pasivo, permanecer a la espera, Vera se hizo terriblemente supersticiosa. Veía en la menor fruslería un buen o mal presagio, una señal favorable o desfavorable. Adquirió una costumbre infantil, como interrogar la suerte. Por la mañana, cuando se despertaba, un pensamiento acudía inopinadamente a su cabeza: "Si Anissia, al entrar en la habitación, comienza por decirme buenos días, eso querrá decir que todo va bien y que pronto tendré una carta; si, por el contrario, se dirige primero a la ventana sin decir nada y levanta el estor, será una mala señal." Bastó que un pensamiento tan absurdo acudiese a su imaginación para que Vera, contra su voluntad, se pusiese, palpitándole el corazón, a acechar con inquietud la aparición de su doncella; después estaba —durante todo el día—, llena de entusiasmo o tristeza, según la respuesta que le hubiese dado la pitia. A pesar de las dificultades de la correspondencia, Vassiltsev encontró medio de enviar tres cartas a Vera en el transcurso del verano y el otoño. A medida que pudo saber que sus cartas llegaban sin contratiempo a su destino, su pluma se hizo más libre y cordial. La última era particularmente tierna y reconfortante. Se lamentaba, aunque sólo de pasada, de una tos pertinaz de la que no conseguía deshacerse, pero parecía encontrarse, por lo demás, en una buena y alerta disposición de ánimo; por primera vez, abordaba de manera precisa planes de futuro.

"Me dan la esperanza, escribía, de que será puesto un término a mi confinamiento. Pero si esta esperanza no se cumpliera, en cualquier caso, dentro de dos años y medio, tú serás mayor y podrás disponer de ti misma y de tu destino. ¡Mi pequeña querida! ¡Si supieras a qué locos sueños se entrega a veces tu viejo amigo que te ama con

locura!" Vera rebosaba de alegría al leer aquella carta. En adelante, ya no dudaría del futuro. Dos años y medio, aquello no era la eternidad; pasarían, y después nada, nada en el mundo la retendría lejos de su bienamado.

¡Pero, ay! Aquella carta entrañable no fue seguida por otras. El comerciante, por desgracia, tuvo que salir en viaje de negocios por largo tiempo. Había prometido, es verdad, que en su ausencia un empleado llevaría las cartas. Pero pasaban las semanas sin que llegaran noticias. Vera creía entonces tan firmemente en su felicidad, que al principio esa ausencia de correo no la inquietó mucho; imaginaba todo tipo de causas para explicárselo. Pero poco a poco su inquietud iba a más para acabar finalmente por invadirla por completo. Todos sus pensamientos estaban concentrados en una sola cosa: recibir una carta. Durante el día, permanecía alerta, con la esperanza de oír llegar el carruaje del negociante; por la noche, no hacía más que soñar que le entregaban un sobre en el que reconocía la querida escritura.

El suplicio de aquella espera infructuosa, agotadora, permanente, se hacía a veces tan insoportable que todo su ser se rebelaba. En ocasiones, llegó a sentir animosidad y amargura contra Vassiltsev. "¡Si no lo hubiese conocido, viviría tranquilamente, como mis hermanas!", pensaba, lamentándose, durante esos accesos de debilidad pusilánime. Un día, una tal tempestad de sentimientos dolorosos y contradictorios se despertó en su alma que, en una suerte de frenesí, rompió su última carta. Pero cuando los arrugados trozos de papel cubrieron el suelo como nieve, sintió remordimientos; le pareció que una extraña desazón se apoderaba de ella, como si hubiese levantado la mano contra lo que le era más querido. Poco después, se empeñó durante una hora en recoger los preciosos trozos de papel, ponerlos en orden y pegarlos sobre un folio blanco.

La primavera estaba de nuevo allí, y aún no había noticias. Con el

buen tiempo, Vera se acerca hasta el barranco, desde donde se veía la propiedad vecina, y permanecía durante horas sentada en un viejo banco desvencijado, en una apatía triste e inexpresiva.

Un día, sentada allí como de costumbre, vio que la silla de postas abandonaba el camino principal en dirección a la casa de Vassiltsev.

"¿Qué significa esto? ¿A dónde va?" —se preguntó Vera, con el corazón latiéndole violentamente. ¿Quizá siga hasta el pueblo? No, ahí va, se le oye rodar sobre el viejo puente oscilante, enfilando ya el sendero. Entonces, pues, se dirige a la casa... Señor, ¿qué ocurre?"

La emoción que la invadía era tan fuerte que sus piernas comenzaron a temblar y apenas tuvo fuerza para ponerse en pie. Un doloroso presentimiento atravesó su corazón, y, a la vez, se estremeció de alegría: "¡Al menos, voy a saberlo! ¡Cualquier cosa, antes que la incertidumbre!" Vera se echó con presteza el chal sobre los hombros y corrió en dirección a la casa de Vassiltsev, pero al acercarse, su paso se hizo más lento involuntariamente, y su corazón se oprimió de manera dolorosa.

El carruaje, vacío, estaba detenido en el patio asolado por la hierba. El cochero se había quitado el gorro, enjugaba el sudor de su rostro y se afanaba en algo cerca de los caballos. La puerta de entrada, en lo alto de la escalinata, que estuvo condenada mucho tiempo, estaba ahora abierta de par en par. Vera entró. En el vestíbulo, en la sala, no había nadie. Aquello olía a humedad y abandono. La luz penetraba débilmente por las entreabiertas contraventanas.

Los muebles, las sillas, las mesas, el diván, todo estaba en el mismo sitio que el día de su partida. Se sintió invadida por el recuerdo físico de aquella horrible mañana. Se oían voces en el gabinete. Vera encaminó allí sus pasos. El anciano doméstico intentaba abrir una contraventana cuyo pestillo se había herrumbrado. La cocinera, con un manojo de llaves en la mano, enjugaba sus lágrimas con el delantal. En la penumbra, Vera apenas podía distinguir a las tres

personas que estaban cerca del escritorio. Finalmente, acabó por reconocer en una de ellas al comisario de policía del distrito; las otras dos, un hombre y una mujer con ropas de viaje, le eran desconocidas.

Cuando al fin pudieron abrir la contraventana, el comisario, a su vez, la reconoció y se acercó a ella: — Permítame que le presente al señor y la señora Goloubinski, familiares de nuestro pobre Stepan Mijailovitch. Hace poco que han recibido la noticia de la muerte de su primo, en Viatka, de una tuberculosis. Llegaron ayer a nuestra ciudad y me pidieron que los acompañase para tomar posesión de la propiedad que heredan legalmente...

Esta vez, la naturaleza fue misericordiosa con Vera: ante el anuncio de aquella terrible noticia, perdió el conocimiento. Se le declaró una fiebre nerviosa; Vera permaneció encamada muchas semanas y tardó en recuperarse. Vera volvía poco a poco a la vida, y como todos aquéllos que resucitan tras una grave enfermedad, sentía ahora la inmensa alegría de existir. Con el instinto de conservación propio de los convalecientes, alejó de sí cualquier pensamiento penoso o serio; todos sus proyectos y deseos estaban concentrados en las pequeñas alegrías y penas que conforman la vida de un enfermo, y esas nimiedades adquirían a sus ojos una extraña importancia, sin común medida con la realidad; para ella, todo tenía otra vez el encanto de la novedad, como en un niño. Se regocijaba con un caldo apetitoso y lloraba si su almohada no estaba colocada como ella quería. Resultó todo un acontecimiento cuando le permitieron por primera vez comer un ala de pollo asado.

Cuando, finalmente, estaba cerca de una total recuperación y la vida reemprendía su curso, el pasado le pareció muy lejano, como velado por la bruma.

Un día, cuando comenzaba a permanecer sentada en la cama, su padre le trajo unos papeles para firmar. Vera escribió su nombre con una mano débil y temblorosa, pero, con el presentimiento instintivo

de algo terrible, no preguntó por qué era necesaria su firma.

Sólo algunas semanas más tarde, cuando se hubo recuperado por completo, sus padres le informaron que Vassiltsev, antes de morir, había redactado un testamento en el que le dejaba una parte de su fortuna.

Como prueba de gratitud, su padre se vio obligado a darle la carta que Vassiltsev le había escrito antes de morir. "Vera, tú has sido para mí como mi hija y mi bienamada —le decía—, y ahora, cercano a mi muerte, te veo como la prolongación de mi vida. Yo no he conseguido realizar nada aquí abajo. Toda mi vida he sido un soñador ocioso, inútil; cuando muera, no quedará de mí ninguna huella, como la hierba de los campos de las canciones populares: que la siegan y la ponen a secar, y después no pueden encontrar el lugar donde crecía. Pero tú, mi Vera, aún eres joven, y fuerte. Sé, siento que estás llamada para algo grande y hermoso. ¡Aquello con lo que yo me contentaba en soñar, tú lo realizarás, lo que no hacía más que presentir vagamente, tú lo llevarás a cabo!"

Con una profunda veneración, que impregnaba todo su ser, Vera leyó aquellas líneas escritas por una mano fría para siempre. Le pareció que era una voz de ultratumba que le hablaba. Ya no sentía, como antes, aquella desesperación apasionada e indignada, pero tenía la impresión de que una sombra negra había rodeado su vida y le había quitado, para siempre, la posibilidad de una felicidad simple y egoísta. La enfermedad de Vera había trastornado el orden de la casa de los Barantsov y puso fin a una larga tranquilidad, a un apacible tedio. Aquello dio lugar a una avalancha de cambios.

El primero de ellos fue de naturaleza afortunada, era el que todo el mundo esperaba desde hacía mucho tiempo: Lena se casó. Un nuevo regimiento había puesto sus cuarteles en la capital de la provincia, y un oficial de aquel regimiento fue la causa de ese feliz cambio. Poco después de la boda, sin embargo, el joven matrimonio debió partir, pues el regimiento fue enviado al otro confín de Rusia. Liza, que era

víctima del tedio, también decidió partir y reunirse con su hermana, con la secreta esperanza de encontrar un novio entre las camaradas de su cuñado.

Así, la familia de los Barantsov se encontró repentinamente rota y dispersada. Las inmensas estancias de la vieja casa señorial parecían aún más vacías que antes. Sobrevino entonces otro acontecimiento inesperado, pero que no tenía nada de feliz: el conde sufrió un ataque. Esta vez, la muerte no hizo más que llamar a la ventana y seguir su camino, no sin dejar, sin embargo, huellas indelebiles: el conde había perdido el uso de sus piernas y su memoria había flojeado. Volvió a la infancia. Hundido en su gran sillón Voltaire, pasaba el día en un estado caprichoso, llorando y exigiendo que jugaran con él como con un niño. Pero lo más penoso para los que lo rodeaban, era su manía de contar interminables historias. Hablaba durante horas, articulando mal, confundiendo las palabras, repitiendo mil veces la misma cosa y humillándose amargamente si no le escuchaban. Sólo Vera tenía la paciencia de ocuparse del anciano enfermo y comprendía sus palabras, que cada vez eran más incoherentes.

La condesa, a quien la boda de Lena había reanimado un poco, se sintió abatida desde entonces y avejentó mucho. Se hizo muy devota, se rodeó de gente piadosa, de monjes y peregrinos, y se desinteresó de las cosas del mundo. Vera, en su papel de enfermera de su padre, ya no podía esperar a tener una actividad independiente. Una apatía resignada, sin esperanza, se apoderaba poco a poco de ella. No veía el fin de aquella situación, pues los médicos habían dicho que el conde aún podría vivir una decena de años. Felizmente, sin embargo, aquellas previsiones no se cumplieron. Al cabo de unos tres años, la muerte le sobrevino de manera completamente inesperada. Un buen día, el conde se durmió más tranquilamente que de costumbre y, cuando Vera,

asustada por su prolongado sueño, fue a despertarlo, ya lo encontró frío.

La familia se reunió una última vez para los funerales, después se separó definitivamente y se dispersó de una buena vez por todas.

La condesa les anunció a sus hijas que había decidido retirarse a un monasterio; el dominio familiar fue comprado por el antiguo intendente (22); su venta le dejó a cada una de las hermanas un capital de veinte mil rublos. Las dos mayores volvieron a su vida de damas de regimiento. Vera estaba a partir de entonces sola en el mundo, completamente independiente. Tomó rápidamente la decisión de partir hacia Petersburgo para buscarse allí alguna actividad.

IX

AL comienzo de su estancia en Petersburgo, Vera no sintió otra cosa más que decepción. Se dio cuenta que ser útil era mucho más difícil de lo que había pensado. A sus ojos, ser útil significaba o bien colaborar personalmente en la destrucción del despotismo y la tiranía, o bien ayudar a aquéllos que se consagraban a la causa. No sabía que pudiera ser útil, también, a través de medios más simples. Pero, ¿a quién dirigirse para encontrar una tarea que le conviniese? Sus conversaciones con Vassiltsev, de naturaleza invariablemente abstracta e ideal, no eran la preparación que necesitaba para enfrentarse a una actividad cualquiera. Instigada por él, Vera había leído muchos folletos revolucionarios. Por su parte, Vassiltsev le había pintado un escenario impresionante de todas las desgracias que sufría la humanidad, situando la raíz de todos esos males en el hecho de que la vida moderna está construida en base a la opresión y la competencia, en vez de serlo en la libertad y la fraternidad. Con frecuencia aquellas conversaciones discurrían acerca de los mártires, de los defensores contemporáneos de la libertad que habían sacrificado su vida y su felicidad por el triunfo de esa sagrada causa. Y Vera había comenzado a amar apasionadamente a esos personajes y derramó más de una lágrima por su suerte. Pero en sus charlas, nunca se trató de lo que ella misma debía hacer para unirse a esos personajes. Y durante los años que siguieron al arresto de Vassiltsev, en esos años de reflexiones solitarias, jamás se le ocurrió pensar en tal asunto. Había estado absorbida por el pensamiento de la tarea más urgente: la ruptura con los lazos familiares, el abandono de aquel círculo restringido en el cual se había desarrollado su vida. Su desconocimiento de las condiciones reales de la vida era tal que su imaginación le hacía ver a los nihilistas como una especie de sociedad secreta bien organizada, que actuaba según un plan preciso

y se esforzaba por conseguir objetivos claramente definidos. Por eso no dudaba que una vez en Petersburgo, en aquel foco de agitación nihilista, sería rápidamente enrolada en el gran ejército clandestino para ocupar una responsabilidad precisa, por muy modesta que fuese.

Tales eran sus sueños de estos últimos años. Pero ya estaba en Petersburgo, plenamente dueña de su propia vida, libre para hacer lo que quiere. ¿Y qué? El camino que se abre ante ella apenas es más claro que antes. No sabe a quién dirigirse ni cómo encontrar a esos verdaderos nihilistas. Para ella supuso una gran desilusión saber que, personalmente, yo no conocía a ninguno de esos nihilistas, y, además, que tampoco creía en la existencia de una vasta organización revolucionaria en Rusia. Aquello, de ninguna manera entraba en sus cálculos. Esperaba algo más de mí.

No obstante, me permití aconsejarle, esperando mejores tiempos, que se inscribiese en ciencias naturales. Por entonces, daban comienzo los Cursos femeninos en Petersburgo.

Vera me hizo caso y comenzó a seguir los cursos, pero carecía de la disposición necesaria y no consiguió alcanzar el nivel de sus compañeras, ni compartió sus intereses científicos. La mayoría de ellas eran muchachas que trabajaban asiduamente con un objetivo preciso: tenían prisa por superar sus exámenes para hacerse maestras y vivir de su propio trabajo. De momento, sólo se interesaban por sus estudios, y los profesores, los cursos, los trabajos prácticos constituían el único tema de sus conversaciones. El mal del siglo no les rozaba. Cuando disponían de algunos momentos de libertad, lo que más les gustaba era reunirse y, en ocasiones, es decir cada vez que los estudiantes se reunían con ellas, no podían disimular la necesidad de entregarse al baile o mostrarse coquetas. Todo aquello, manifiestamente, no respondía a la melancólica exaltación de una soñadora como Vera. Así, pues, no era

extraño que, aun sincerándose con ellas, las considerase infantiles, y, por lo tanto, se mantuviese aparte.

Sus estudios tampoco la satisfacían. "Para ocuparse de las ciencias, el tiempo no apremia, pensaba. Primero debo asegurarme de llevar a cabo mi misión más importante". Ella me respondía en esos términos cuando intentaba persuadirla de que se aplicase más en los estudios.

—No comprendo, me decía, cómo en medio de tantas desgracias como nos rodean y ante el sufrimiento de la humanidad, se puede encontrar placer en examinar al microscopio los ojos de las moscas. Y, sin embargo, nuestro buen profesor V., nos ha tenido ocupadas durante una hora en tan elevado tema.

Convencida del poco entusiasmo de Vera por las ciencias naturales, le aconsejé que se dedicara a la economía política. El resultado fue el mismo. La lectura de los tratados corrientes de economía política sólo provocaba en ella cansancio, sin dejar la menor huella en su pensamiento. Una vez que los abordaba, pronto se persuadía de que la tarea que interesaba a sus autores, es decir la organización del bienestar común, sólo podría resolverse cuando la gente compartiese todo entre sí y dejase de existir la opresión y la propiedad privada. Consideraba eso como una verdad indiscutible, que no admitía ninguna duda y que no era necesario que fuese probada. ¡Para qué, entonces, en esas condiciones, romperse eternamente la cabeza con ese pandemonium de salarios, de tasas de interés, de créditos y un rosario de otros temas tan aburridos como farragosos, que no tenían más utilidad que llevar la confusión al pensamiento y desviar a la gente de sus verdaderos objetivos! En nuestros días, no hay hombre honesto que no tenga razones para preguntarse: "¿Qué fin persigo con mi vida personal?" Únicamente debiera interesarse en elegir el camino más corto que lleve a la realización del objetivo general. Para un ruso, ese objetivo sólo puede ser la revolución social y política. Y para esas cuestiones,

ningún manual de economía política aporta respuestas; su lectura es, pues, inútil. Así razonaba Vera conmigo. Y sin embargo, por extraño que parezca, nos hicimos amigas. Nuestros encuentros se hicieron frecuentes y una mutua simpatía animaba cada una de nuestras conversaciones. Esto me lo explico por el extraño encanto que emanaba de Vera.

Los rasgos de su rostro tenían tal nobleza, cada uno de sus movimientos era tan gracioso y armonioso y, sobre todo, había tanta sinceridad y candidez en su comportamiento que olvidé todas mis reservas. Pero era resueltamente imposible discutir con ella, y sólo me quedaba lamentar que su pensamiento estuviese tan poco desarrollado y que eso la hiciese indiferente a todos los grandes bienes de la civilización moderna.

Vera, por su parte, me prefería a cualquiera de sus conocidas. Pero al mismo tiempo no podía comprender que yo me entregase completamente a las matemáticas. Le parecía que el matemático era una especie de rara avis que se dedicaba a resolver acertijos expresados en cifras. Podía perdonársele ese capricho tan inocente, pero era difícil no sentir cierto desprecio por esa debilidad. Así, cada una de nosotras consideraba a la otra con altivez, pero con una cierta condescendencia. Aunque eso no dañaba nuestra amistad.

Sin embargo pasaba el tiempo, y Vera, sintiendo que aún no había dado ningún paso en la dirección del fin pretendido, se volvía cada vez más irritable e impaciente. Su salud comenzaba a resentirse por la insatisfacción de no poder realizar aquel extraño deseo de "consagrarse a la causa" El carminado de sus mejillas empalidecía, y la expresión de sus grandes ojos azul oscuro era cada día más pensativa y más triste. Recuerdo un paseo por la perspectiva Nevski, una radiante mañana invernal. El cielo estaba claro, el sol derramaba sus rayos vivos y luminosos. Podíamos imaginar que un prodigio nos había transportado a ese reino de luz del que hablan nuestros cuentos populares. Los escaparates de las tiendas tenían reflejos

argentados, y era plata lo que brillaba bajo los pies y se diseminaba como lentejuelas en torno a nosotras. El aire puro del invierno era tan refrescante que la vida se hacía más alegre. Aunque caminábamos por una ancha acera, nos movíamos con dificultad apretujadas entre los paseantes. Hombres, mujeres y niños con las mejillas carminadas y el mentón hundido en las pieles respiraban salud y alegría. Súbitamente Vera se volvió hacia mí.

- ¡Cuando pienso que, entre estas personas, quizá pueden estar las que busco desde hace tanto tiempo! Sin duda más de una podría decirme todo lo que vanamente intento encontrar por mí misma. Sabes, cada vez que veo a alguien simpático, estoy casi dispuesta a detenerlo, a mirarle fijamente a los ojos y preguntarle si no forma parte de la causa.

- Pues bien, por mí no te inhibas, te lo ruego —respondí con el tono más tranquilo posible—. Mira, por ejemplo, ese oficial de doradas charreteras, o bien ese abogado de rebuscada elegancia, que te observa a través de su monóculo con tanta suficiencia. Podrías comenzar tu búsqueda por ellos. Su apariencia es prometedora.

Vera alzó los hombros y suspiró profundamente. Hacia el final del invierno ocurrió algo que, de inmediato, acabó con el desgarro de Vera y le dio la posibilidad de descubrir el objeto de su búsqueda.

A principios de enero, comenzó a rumorearse que se habían llevado a cabo numerosos arrestos en diferentes lugares de Rusia, y que el gobierno había conseguido descubrir una conspiración socialista hábilmente urdida. Aquellos rumores pronto fueron confirmados por un comunicado oficial del *Mensajero gubernamental*, que informaba a los fieles súbditos de Su Majestad que la Justicia había conseguido echar mano a una asociación de criminales políticos en número de setenta y cinco.

Tras el aplastamiento de la sublevación polaca, tras el atentado fallido de Karakozov y la deportación a Siberia de Tchernychevski, sobrevino un periodo de relativa calma política en Rusia (23). Ciertamente, aún había muchos sospechosos. Arrestos y deportaciones seguían a buen ritmo. Pero, durante ese periodo, no se puede mencionar ningún movimiento general. El tiempo de los atentados sistemáticos aún no había llegado. El carácter de la propaganda revolucionaria había cambiado profundamente, bajo la acción de influencias extranjeras (24). Antes, el pensamiento estaba ocupado por la idea de reformas políticas y el derrocamiento de la autocracia; ahora, los objetivos socialistas eran prioritarios. La *intelligentsia* revolucionaria poco a poco había llegado a la convicción de que, mientras el pueblo ruso permaneciese en la ignorancia y la pobreza, sería difícil esperar obtener cualquier resultado sustancial.

Para conseguir algo, había que trabajar entre el pueblo, acercarse a él, "simplificar su vida (25)". Fue Turgueniev, en *Tierras vírgenes*, quien mejor describió esta generación. Los setenta y cinco acusados, propagandistas ingenuos que estaban lejos de ser criminales, pertenecían a esa generación. No utilizaban ni bombas ni dinamita. La mayoría de ellos habían salido de buenas familias y no habían cometido más fechoría que "ir hacia el pueblo". A ese efecto, se vestían como campesinos o iban a trabajar a las fábricas, con el secreto pensamiento de hacer propaganda entre los trabajadores. La mayor parte del tiempo, sin embargo, aquello se limitaba a frecuentar las tabernas y los mercados, a soltar discursos revolucionarios y distribuir folletos entre los campesinos. Ignorantes de las costumbres del pueblo e incluso de su habla, los propagandistas llevaban a cabo su misión con tan poco sentido práctico y tanta torpeza que, desde las primeras tentativas de "desencadenar la agitación" entre los obreros, fueron los patronos de las fábricas y los taberneros, y a menudo los mismos campesinos, quienes los entregaban a la policía atados de pies y manos (26).

Por escasos que fuesen los resultados prácticos logrados por los revolucionarios, el gobierno no había estimado menos necesario tratarlos con gran severidad, con la esperanza de cortar de raíz cualquier rebrote de la agitación. Se había dado orden de encarcelar a todos los que se encontrasen. Para engrosar las filas de los sospechosos y ser arrestado, bastaba con estar disfrazado con ropas de campesino. Los que habían sido hecho presos eran enviados a San Petersburgo para investigación y juicio. Aunque la mayoría no se conocían entre ellos, declaraban que formaban parte de una organización común. Y ocurrió así esta vez, igualmente. Las autoridades harían caer sobre los instigadores tanto la fuerza de la justicia como del castigo. Aunque la investigación del caso había sido confiada a una comisión judicial especial nombrada por el gobierno y no a un jurado de lo criminal, a cada uno de los preventivos se le reconoció el derecho a tener un abogado, y el proceso se declaró público.

Probablemente el gobierno no cayó en la cuenta de que, en un país como Rusia, con sus inmensas distancias y falta de libertad de prensa, un proceso político era el mejor instrumento de propaganda. Muchos jóvenes que compartían las convicciones de Vera no hubieran podido encontrar durante años la posibilidad de "servir a la causa" si, de vez en cuando, los procesos políticos no les hubiesen indicado donde buscar a los "verdaderos nihilistas". Por regla general, los preventivos inspiraban una viva simpatía en los medios más diversos. Si era imposible ponerse directamente en contacto con ellos, toda vez que, en la mayoría de los casos, estaban entre rejas, las relaciones eran, en cambio, completamente libres con sus amigos y familiares; era a éstos, pues, a quienes se acercaban para manifestar su simpatía. Una confianza recíproca se establecía entre los simpatizantes y aquéllos en beneficio de los que se expresaba esa simpatía; unos estimulaban a otros. Así, no era nada extraño que cada proceso político acarrease eso de lo que hablan las *bylines*, las canciones rusas de gesta: "Por un *bogatyr*, por cada paladín vencido, surgen otros diez". Vera también sufrió la influencia de esos

procesos políticos. Desde que tuvo conocimiento de los preparativos de la instrucción, ya no pudo pensar en otra cosa. Se sumía en la lectura de cada número del *Mensajero* gubernamental conocía de memoria no solamente los nombres de los acusados, sino también el de sus abogados y se dio prisa en aprovechar la primera ocasión surgida para entablar conocimiento con los familiares de los acusados.

Así fue como se abrió ante ella ese vasto campo de actividad con el que soñaba. Setenta y cinco familias, sumidas en la miseria y la desesperación por el arresto de sus próximos, tenían necesidad de su ayuda. Podía aportarles una ayuda concreta, podía "servir a la causa"; y eso le ofrecía la posibilidad de entrar en un medio cuyas convicciones y sentimientos le eran cercanos. Inútil decir que, completamente absorbida por sus nuevos amigos, abandonó enseguida tanto la frecuentación de los cursos como las visitas que me hacía. Si, en ocasiones, pasaba a verme un instante, sólo era para pedir mi concurso a fin de ayudar a aquéllos que le eran queridos. Yo debía entonces organizar una suscripción en favor de tal o cual sufrida familia, encontrar una custodia para un niño que estaba solo, convencer a cualquier célebre abogado de que asumiese la defensa de un acusado. En una palabra, Vera no lamentaba ni su pena ni la de los otros.

A finales de abril, la investigación se dio por concluida y pudieron comenzar las audiencias.

Desde las seis de la mañana, una densa muchedumbre se apretujaba a la entrada del tribunal. Sólo las personas provistas de acreditación podían entrar en la sala de audiencias; las demás permanecían cerca de la entrada, con la esperanza de ser informadas más rápidamente del veredicto. El público comenzaba a ser admitido a las ocho y media, y nosotras nos encontrábamos en una amplia sala, entre dos filas de gendarmes, que nos miraban con insistencia, como para verificar nuestro derecho a estar allí.

Una rápida mirada bastaba para asegurarse que el público estaba compuesto de dos clases de personas. Unas habían venido por curiosidad, como a un espectáculo raro. Eran, en su mayoría, personas de la buena sociedad, para las que no representaba ningún problema conseguir acreditación. Podían verse entre éstas a damas de mediana edad, vestidas de negro como convenía al buen tono. Muchas tenían gemelos de espectáculo en la mano. Temían visiblemente perder el menor detalle del drama que debía desarrollarse ante sus ojos. Su curiosidad estaba tan excitada que habían aceptado sacrificarle su hábito de levantarse tarde y su temor natural ante cualquier contacto con la masa. Los hombres de ese grupo tenían todos aire de dignatarios, algunos en uniforme, otros solamente con sus condecoraciones. Al comienzo, todos parecían paralizados ante la expectativa, pero aquel solemne silencio se rompió pronto. Los conocidos se encontraron, intercambiaron saludos. La amabilidad de los hombres se manifestaba proponiéndole a las damas cederles los mejores sitios. Poco a poco se entablaron conversaciones, en principio a media voz, después fue subiendo el tono. Si todo aquello no estuviese sucediendo en una bella mañana entre paredes y ventanas desnudas, sobre toscos bancos de madera, podríamos pensar que nos encontrábamos en una reunión mundana.

Al lado de ese grupo de espectadores, había otro. Estaba compuesto por los familiares y amigos cercanos de los acusados. Caras tristes, flacas, ropas gastadas, un silencio pesado y sombrío, miradas atemorizadas dirigidas hacia la puerta por la que debían entrar los acusados, todo en ellos testimoniaba una dolorosa realidad, la proximidad de un cruel desenlace. A las diez en punto, se oyó el anuncio habitual: "Señores, ¡Audiencia pública!" Doce senadores [\(27\)](#) entraron en la sala, todos de edad avanzada, luciendo sobre el pecho más condecoraciones que pelos en la cabeza. Se reconocía en ellos a las distintas categorías de altos dignatarios rusos. Al lado de un hombre de estado que aún no había acabado su carrera, afectado y seguro de sí mismo, reparamos en un

anciano decrepito, con el labio caído y la mirada apagada. Sin prisa, con cierta solemnidad, ocuparon sus sillones. Al punto, se abrió la puerta lateral, por la que entraron los setenta y cinco acusados acompañados de gendarmes. Aquellos criminales tenían un aire extraño. Sus rostros demacrados contrastaban vivamente con su joven edad. El de más edad aún no tenía treinta años, el más joven acababa de cumplir dieciocho. Parecían burlones, todos tenían una especie de semblante festivo. Había entre ellos algunas bellas muchachas. La turbación que los invadía le daba a sus ojos un brillo febril y cubría sus mejillas de un carminado enfermizo. Aquellos jóvenes habían pasado largos meses completamente cortados del mundo exterior. Y ahora, súbitamente, debían encontrarse con sus allegados, reconocerlos entre aquella dispar muchedumbre. Una alegría irresistible, casi infantil, asomaba a sus rostros. Aparentemente, olvidaban el carácter terriblemente serio de este instante, la proximidad del veredicto, de un veredicto que los privará de cualquier alegría humana durante largos, largos años. En este instante, no pensaban en nada; intercambiaban simplemente miradas felices y conmovidas. A pesar de la oposición de los gendarmes, muchos conseguían estrechar las manos que les tendían e intercambiar algunas palabras. Al verlos, familiares y amigos no podían dominarse: se abalanzaban sobre la barrera con exclamaciones de alegría. Estoy segura que, de todos aquellos que estaban presentes en la sala del tribunal, nadie olvidará jamás ese momento.

Incluso las personas de la alta sociedad, incapaces desde hace mucho tiempo de sentir fuertes emociones, sucumbían al estado de ánimo general. Su simpatía se dirigía por un instante a los acusados. Más tarde, de regreso a sus casas, con los nervios ya calmados, se ruborizarían más de una vez con el recuerdo de su involuntario capricho, pero, en este mismo momento, no conseguían dominarse, y muchas de aquellas honorables damas agitaban su pañuelo a la vista de aquellos terribles nihilistas. Aquello, no obstante, sólo duró un minuto; los gendarmes restablecieron rápidamente el orden y

llevaron a los acusados a sus sitios [\(28\)](#).

El proceso está en su momento culminante. El procurador pronuncia la requisitoria. A pesar de la importancia de los hechos que avanza, los acusados no prestan atención a su elocuencia. Se intercambian miradas e intentan transmitirse sus impresiones, sino oralmente, al menos a través de señas. Y por grande que sea el castigo que les caiga, por terrible la suerte que les espera, en estos instantes son plenamente felices, como si la victoria estuviese de su lado. El procurador es un hombre joven, que necesita hacer rápidamente carrera. Por eso su elocuencia es ensordecedora. Durante más de dos horas, dibuja ante los jueces el sombrío cuadro del movimiento revolucionario ruso. Clasifica a los acusados por grupos, que enseguida comienza a dividir en subgrupos, y lo hace con la misma temeridad y rapidez con que un botánico clasifica las plantas de su herbario según las especies y las familias. Para cada categoría, dirige requisitorias particulares, pero las flechas más venenosas de su elocuencia son lanzadas casi exclusivamente contra cinco acusados. Entre ellos, dos mujeres: una, la hija de un alto funcionario, es muy joven, de cara pálida y soñadores ojos de color gris azulado. Sus camaradas la llaman "la santa". La otra es de más edad, de constitución robusta y condición aparentemente más humilde; los rasgos de su cara no son tan bellos, reflejan fanatismo y obstinación [\(29\)](#). Entre los hombres, uno es obrero que tiene la apariencia de un intelectual; otro es maestro, con todos los síntomas de una tisis galopante, y el tercero un estudiante de medicina, Pavlenkov, de origen judío [\(30\)](#). Es él quien suscita muy particularmente el odio y la venganza del abogado general.

Desde que comenzó a hablar de Pavlenkov, el procurador no pudo contener su ira: lo describió como un verdadero Mefistófeles. Los otros acusados son indudablemente elementos muy peligrosos, — afirmaba—. La sociedad debe excluirlos en interés de su propia seguridad, pero conviene reconocerles circunstancias atenuantes. Por muy absurdas que sean las teorías que predicán, creen en ellas,

algo que no puede decirse de Pavlenkov. Para él, la propaganda revolucionaria sólo es un medio para encumbrarse personalmente y pisotear a los demás. La naturaleza lo ha dotado de una inteligencia superior a la normal, pero no ha utilizado ese don precioso más que para precipitarse en el abismo y arrastrar a los otros.

Siguiendo el ejemplo de sus colegas franceses, el procurador refirió la vida de Pavlenkov desde su primera juventud. Nos lo describió como un niño lleno de amor propio, educado en el seno de una familia pobre y poco recomendable. Sus padres —decía—, ignoraban cualquier principio moral. Carentes de esos principios, no estaban en condiciones de inculcar a sus hijos eso sin lo cual es imposible luchar contra los malos instintos. Un rico comerciante judío, impresionado por la inteligencia del joven Samuel, lo inscribió en la escuela. Samuel era estudioso y se cubrió de laureles, pero el estudio no consiguió desarrollar en él ningún sentido moral. Tras haber conseguido el diploma de fin de estudios, fue admitido en la Escuela de medicina. Fue con toda evidencia un éxito inesperado para aquel pobre niño judío, cuyos hermanos y hermanas seguían corriendo descalzos y en harapos por las calles. Pero en vez de dar gracias a Dios y a su benefactor, Pavlenkov conservó en él ese sentimiento de rebeldía que suscitaron la pobreza y las humillaciones de su infancia; complaciéndose en ello. Poco a poco se sintió invadido por un odio irrefrenable hacia todo y todos aquéllos que están por encima de él; utiliza su inteligencia y sus aptitudes para conseguir influencia sobre sus camaradas salidos de familias mejores que la suya. En su alma, alimenta el deseo de asociarlos a sus criminales proyectos.

Fue con esa dialéctica como el procurador habló sin pausa. Acabó su requisitoria pidiéndole al tribunal que castigara a Pavlenkov con toda la severidad de la ley. Hacia criminales como él, no puede haber piedad.

Mientras que el procurador tronaba contra Pavlenkov, yo observaba atentamente el rostro del acusado. En un cierto sentido,

su apariencia ofrecía más interés que la de los otros.

Parecía de más edad y más maduro. No había huella, en él, de esa ingenuidad infantil que dejaban ver los rostros de los otros acusados. Era moreno, con rasgos semíticos muy marcados. Sus ojos impresionaban por su inteligencia y su belleza, pero una sonrisa amarga, sarcástica y al mismo tiempo sensual, deformaba su boca. Sus abultados labios rojos contrastaban desagradablemente con la parte superior de su rostro, de gran delicadeza. La distensión de sus músculos faciales y sus bruscos movimientos de brazos revelaban su nerviosismo. Fue el único, entre todos los acusados, que no manifestó la menor alegría a la vista de sus camaradas, y tampoco ninguna mirada empañada de lágrimas acogió su entrada. Pavlenkov seguía atentamente la diatriba del procurador y, a veces, tomaba alguna nota, pero, incluso ante las más virulentas invectivas, seguía demostrando una gran sangre fría. Y de no ser por aquellos tics nerviosos de su cuerpo, se le hubiese podido tomar por un espectador impassible aunque atento, que no se sentía concernido por la suerte del proceso. Tras la requisitoria del procurador, se produjo una suspensión de la vista de una hora y media. El público y los acusados despejaron la sala. Los senadores y abogados se dieron prisa para ir a comer algo, mientras que la gente se dispersaba por los cafés aledaños.

Pero el proceso volvió a reanudarse, ahora con los alegatos de los abogados. No es nada fácil ser defensor en un proceso político. Ciertamente, un proceso así es un excelente medio para avanzar, para hacerse un nombre. Pero, en cambio, basta con que el abogado ponga en su alegato un poco de ardor y convicción para que se convierta en sospechoso. Muchos conservan aún el recuerdo de elocuentes defensas que fueron seguidas de una relegación administrativa. Pero, en honor del colegio de abogados, hay que decir que siempre hubo entre ellos personas bastante generosas como para ponerse a disposición de los acusados sin la esperanza de una retribución, como aquí fue el caso. Una vez más, pues, se

encontraron hombres dispuestos a asumir el ingrato papel —de graves responsabilidades—, de defensor. Lejos de ellos la idea de dejar a su cliente desamparado, por negarse a defender al movimiento revolucionario. Se contentaban con exponer bajo el aspecto más ventajoso los motivos de sus acciones; desarrollaban atrevidas teorías y, con frecuencia, se permitían expresiones que serían inconcebibles en cualquier otro proceso que no fuese político.

El presidente del tribunal a menudo intentaba interrumpirlos, pero en vano. Un minuto más tarde, volvían a su tema y expresaban pensamientos aún más arriesgados y decisivos. El público manifestaba cada vez más simpatía por los acusados. Las personas que habían venido en plan curioso oían, con asombro, hablar de cosas con las que hasta entonces no habían tenido ocasión de soñar: sus fuerzas intelectuales estaban tan poco adiestradas en esa dirección como las de Vera en la dirección contraria. Igual que Vera encontraba en el socialismo el único medio para resolver todos los problemas, aquellas personas creían bajo palabra que todas las ideas de los nihilistas eran signos de una especie de locura. Así, pues, no resulta extraño que al oír la elocuente exposición de estas ideas y al ver que esos terribles nihilistas estaban lejos de ser los monstruos que su imaginación les pintaba, y que sólo eran desdichados jóvenes llenos de abnegación, un mundo nuevo se abrió a sus ojos, y ya no sabían qué sentimiento tener hacia los acusados. Ya no quedaba huella de su actitud primera, despreciativa y sarcástica. La simpatía que se acumulaba en ellos amenazaba con transformarse en entusiasmo. Solamente los jueces continuaban mostrando su habitual impasibilidad. La elocuencia de los abogados no les conmovía. Habían recibido instrucciones de antemano y se podía predecir su veredicto. Únicamente manifestaban, a veces, síntomas de fatiga y apatía.

"¿Cuándo acabará todo esto?" —parecían murmurar sus labios.

Cayó la noche. El presidente dio por terminada la sesión. Los

debates se reanudarán mañana temprano y se prolongarán hasta la caída de la noche.

Y así sucede cada día, durante toda una semana. El interés del público, lejos de decaer, va en aumento sensiblemente. Entre los alegatos más brillantes, hay que poner el del mismo Pavlenkov. Ciertamente, Pavlenkov también tuvo el beneficio de un abogado, pero no se contentó con ello y quiso utilizar el derecho de asegurar su propia defensa. Desde el punto de vista formal, su defensa fue incomparablemente inferior a la de los abogados, pero su simplicidad y naturalidad le dieron una fuerza y una significación particulares.

—El señor procurador os ha dicho que yo era un pobre y desdichado judío, y os ha dicho la verdad, pero es precisamente porque conozco la pobreza y he salido de las filas de esa nación despreciada por lo que compadezco a todos aquellos que sufren y luchan. Cuando constaté mi impotencia para hacer algo con los medios habituales, decidí recurrir a los medios extraordinarios, sin cuestionarme si eran legales o no. Pero el señor procurador os dijo que en razón de mi indigencia, había que castigarme más severamente que a los otros. ¡Que así sea, que hagan de mí lo que quieran! Yo no voy a mendigar su compasión, pues pertenezco a un pueblo acostumbrado a padecer y sufrir.

Una vez finalizados los debates, los jueces se retiraron para emitir su veredicto, pero el público permaneció en la sala. Volvieron al cabo de dos horas, y el presidente procedió a la lectura de la sentencia con una voz tranquila y solemne. Aquello llevó cerca de una hora. La mayoría de los acusados fueron condenados a la deportación en Siberia o en provincias alejadas.

Sólo los cinco principales acusados fueron condenados a penas de presidio que iban de cinco a veinte años (31). Como podía esperarse, a Pavlenkov le cayó la pena máxima. En las esferas gubernamentales, ese veredicto fue juzgado, de manera unánime, como clemente.

Todos esperaban sentencias más severas.

Pero esa no era la opinión del público de la sala. Recibió aquella sentencia como un brutal mazazo. Durante una larga semana, había vivido al unísono con los acusados, había llegado a conocerlos individualmente, había penetrado en los aspectos más secretos de su pasado. Era por lo que, ahora, le resultaba difícil mostrarse indiferente ante su suerte. No podía adoptar el punto de vista del lector de periódicos, que se informaba —de manera distanciada— de que alguna inevitable desgracia había caído sobre alguien a quien no conocía.

Apenas se dio por finalizada la lectura del veredicto, un silencio mortal se instaló en la sala, entrecortado por raros sollozos.

Mi mirada se dirigió involuntariamente hacia Vera. Estaba de pie, agarrada a la balaustrada, blanca como una hostia, con los ojos desmesuradamente abiertos y esa expresión de perplejidad casi estática que vemos en las caras de los mártires.

La muchedumbre se disipó lentamente en silencio. En el exterior, la primavera abría sus abanicos; el agua del deshielo caía de los tejados y corría a lo largo de las aceras en pequeños arroyos rápidos. Un aire fresco y puro llenaba los pulmones y desalojaba los miasmas de la sala de audiencias. Todo lo que habíamos vivido estos últimos días no parecía más que un mal sueño. Era difícil creer en la realidad de lo sucedido. Veíamos, como a través de una niebla, el perfil de aquellos doce ancianos impotentes que, hace mucho tiempo, habían agotado las alegrías de la vida y que dictaron raudos, con calma y satisfacción, una sentencia que iba a segar de golpe la felicidad y alegría de setenta y cinco existencias: amarga ironía, que no se le escapó a nadie.

X

TRANSCURRIERON algunas semanas. Vera había desaparecido y no daba señales de vida. Por mi parte, estaba dispuesta a hacerle una visita, pero me faltaba tiempo. Un día, a fines del mes de mayo —yo tenía entonces invitados a comer y acabábamos de levantarnos de la mesa—, la puerta del salón se abrió repentinamente y entró Vera. ¡Pero, Dios mío, cómo había cambiado! Me quedé atónita. Había pasado todo el invierno con una especie de blusón informe —una sotana, como yo le decía un poco en broma acerca de su ropa— y hoy aparecía de improviso con un vestido de verano azul claro, de moda, con ancho y plateado cinturón caucásico. Aquella ropa le quedaba asombrosamente bien, y parecía haber rejuvenecido seis años. Pero el vestido no era todo. Vera tenía una expresión radiante, triunfante; sus mejillas tenían un color carminado, y sus ojos azul oscuro chispeaban, despidiendo mil fuegos. Yo ya sabía que Vera era bella, pero que fuese una belleza, no lo había sospechado hasta entonces. La mayor parte de mis invitados la veían por primera vez. La entrada de Vera en la sala causó una extraordinaria sensación. No sólo los hombres, sino también las damas se quedaron sorprendidas por su aura, y nada más sentarse la rodearon por todas partes. En el pasado, cuando Vera venía a verme por sorpresa y encontraba a alguien más en mi casa, se ponía en un rincón y no podía sacársele ni una palabra. Insociable por naturaleza, evitaba por instinto cualquier nueva amistad, sobre todo si sospechaba que no iba a encontrar en ella simpatía para sus ideas. Pero hoy, todo discurría de otra manera. Vera se encontraba en un estado de ánimo benévolo, afectuoso; se mostraba acogedora y bien dispuesta hacia todos. Daba la impresión de que una alegría grande y efervescente llenaba su ser, de tal

manera que parecía derramarse sobre quienes la rodeaban. Si antes no había nada más desagradable para Vera que los cumplidos, ahora los escuchaba plácidamente, con una gracia un poco altiva, y respondía con alegres e inmediatas réplicas, tan precisas, que a mí me parecía estar viendo visiones. ¿De dónde le venía todo aquello? ¡Aquel aire mundano, aquellas agudezas de ingenio, aquella coquetería! ¡Era la fuerza de la sangre! Pensábamos "una nihilista", una nihilista", ¡y súbitamente aparecía una joven de mundo!

Sin embargo, aquel espectáculo inhabitual no se prolongó mucho tiempo. La animación de Vera pareció romperse de pronto. Su volubilidad desapareció, una expresión de aburrimiento y desprecio asomó a su mirada.

- ¿Se irán pronto tus invitados? Necesito hablarte de algo importante —me dijo al oído.

Felizmente, los invitados comenzaban a marcharse.

- ¿Qué te ocurre, Vera? No te reconozco —le dije—, una vez que quedamos solas.

A modo de respuesta, Vera me mostró el anular de su mano izquierda, en el que, para mi sorpresa, aún no había reparado en una alianza de oro [\(32\)](#).

- Vera, ¿te vas a casar? —exclamé con estupor.

- ¡Ya lo hice! La boda tuvo lugar hoy, a la una del mediodía.

- Vera, ¿cómo es eso? ¿Y dónde está tu marido? —pregunté, muy desconcertada.

El rostro de Vera se iluminó. Una sonrisa beatífica, exaltada, apareció en sus labios.

- Mi marido está en la fortaleza. Me he casado con Pavlenkov.

- ¿Cómo? ¡Pero si no lo conocías! ¿De qué manera pudiste dar con él?

- Di con él, pero sólo en parte. Lo vi de lejos durante el proceso y hoy, un cuarto de hora antes de casarnos, intercambiamos por primera vez algunas palabras.

- ¿Cómo es eso, Vera? ¿Qué significa eso? —insistía yo sin comprender—. ¿Ha sido un flechazo, como para Romeo y Julieta? ¡Quizá en el momento en que el abogado general lo vapuleaba!

- No digas tonterías —me interrumpió Vera con un tono severo—, no se trata de amor, ni por una parte ni por la otra. Me he casado con él porque tenía que hacerlo, ¡era el único modo de salvarlo!

Miré a Vera sin decir nada, con un aire interrogador. Se sentó a un lado del diván y comenzó un relato sosegado y desprovisto de emoción, como si se tratase de cosas completamente simples y corrientes.

- Verás, después del proceso, tuve una larga conversación con los abogados. Todos consideraban que la suerte de los acusados no era catastrófica, excepto la de Pavlenkov. El maestro, es verdad, quizá muera de aquí a dos o tres meses, pero de todas formas, no durará mucho, tiene una tisis maligna. En cuanto a los demás, serán enviados a Siberia. Podemos esperar que, una vez acabado su periodo de deportación, vuelvan a Rusia y reemprendan su actividad. Para Pavlenkov, es otra cosa. Su suerte es verdaderamente triste, tan triste que mejor hubiese sido que lo condenaran a muerte. Al menos, todo habría acabado más rápido. Pero allí, ¡tendrá que pasar veinte años de presidio!

- Pero, en una palabra, Vera, no es el primero en ser condenado a presidio —dije tímidamente.

—Sí, pero verás, hay presidios y presidios. Si fuese un criminal

ordinario, y no un político, si el procurador no lo hubiese manchado tanto, ¡sería otra cosa! Lo hubieran enviado a Siberia, y eso habría que considerarlo como un mal menor. Mucha gente consigue sobrevivir en Siberia. Y, además, hay ahora allí tantos "políticos" que, de alguna manera, representan una cierta fuerza; las autoridades están obligadas a condescender con ellos. Actualmente, si alguien es enviado a Siberia, no lo toma como una gran desgracia, sabe que será duro, pero que las cosas se arreglarán con el tiempo y que tendrá ocasión, un día u otro, de encontrar a sus amigos políticos. Aún no está completamente cortado del mundo, no abandona la esperanza. Y, además, si verdaderamente está melancólico, con un poco de suerte, siempre puede huir. Ya lo han hecho muchos (33). Pero el gobierno tiene un castigo peor que la deportación. Para los criminales políticos, para los de categoría superior, los más peligrosos, existe la fosa Alexis, en la fortaleza San Pedro y San Pablo (34). Aquéllos a los que el gobierno quiere eliminar definitivamente no son enviados a Siberia, sino a esa fosa del diablo. Está en pleno corazón de Petersburgo, ante los ojos, por decirlo así, de las autoridades. Ahí nadie conocerá ni benevolencia ni favores. Es la reclusión individual, con toda su severidad. Quien está allí es como si estuviese enterrado vivo. No tiene derecho a verse con los demás presos ni a recibir cartas de sus amigos. Es un hombre borrado de la lista de los vivos, y el asunto se da así por liquidado. Nuestro gobierno, ciertamente, no tiene escrúpulos, sin embargo siente cierta vergüenza de firmar a menudo condenas de muerte: ¿qué dirán en el extranjero? Por eso idearon esa fosa Alexis. Eso suena mejor que la horca, y el resultado es el mismo. ¿Cuántos prisioneros políticos ya han sido arrojados ahí, sin que hayamos sabido ni de uno solo que hubiese sobrevivido? Habitualmente, al cabo de algunos meses, de un año o dos como mucho, la familia recibe una notificación según la cual —ora éste, ora aquélla— han entregado su alma a Dios, se ha vuelto loco o se ha suicidado. Se dice que aún nadie ha podido soportar más de tres años de reclusión en esa fosa Alexis. Y es a esa maldita fosa a donde enviarían a Pavlenkov. Vera se calló, empalidecida por la emoción. Su voz era temblorosa y las

lágrimas asomaban a sus largas pestañas.

- Pero ¿cómo podías tú salvarlo? —pregunté impacientemente.

- Espera, te lo voy a explicar en un instante —prosiguió Vera, calmándose un poco—. Cuando supe el destino que le esperaba a Pavlenkov, sentí por él una indecible piedad. Noche y día, no abandonaba mi pensamiento. Fui a ver a su abogado y le pregunté si, verdaderamente, no se podía hacer nada por él. "Nada —me respondió—. Si estuviese casado, sería otra cosa, ¡tendría una esperanza! Según la ley, la mujer puede seguir, si así lo decide, a su marido a prisión. Si Pavlenkov tuviera mujer, ella hubiese podido entonces presentar una petición al emperador, declarando su deseo de seguir a su marido a Siberia. Quizá el soberano tuviese piedad de ella, y no quisiera privarla de su derecho, pero desgraciadamente, Pavlenkov es soltero..." Comprendes —prosiguió Vera con un tono más tranquilo, neutro—, al oír esas palabras, enseguida vi lo que tenía que hacer: pedirle al soberano permiso para casarme con Pavlenkov.

- ¡Pero, Vera! —exclamé— ¿no has pensado en lo que te costará ese paso? No sabes qué clase de hombre es Pavlenkov, ni si merece un sacrificio así.

Vera me echó una mirada en la que había dureza y perplejidad.

- ¿Hablas seriamente? —preguntó—. ¿No comprendes que si yo no hiciese todo, absolutamente todo lo que estaba en mi poder, hubiera sido cómplice de su muerte? Dime sinceramente: si no estuvieras ya casada ¿no hubieses hecho lo mismo?

- No, Vera, a fe mía, no creo que hubiese tomado esa decisión —respondí sinceramente. Vera me miraba con atención.

- ¡Te compadezco! —dijo, antes de continuar—: en cualquier caso, para mí, estaba claro que mi deber era casarme con él. ¿Pero cómo

obtener la autorización? Ahí estaba el quid. Cuando le hice saber mi decisión al abogado, dijo que no había que contar con ello, que no me lo permitirían nunca. Así, pues, no sabía cómo arreglármelas, cuando de pronto recordé a alguien que podía ayudarme. ¿Has oído hablar del conde Ralof?

- ¿El antiguo ministro? ¡Quién no ha oído hablar de él! Al parecer, ahora está retirado de sus funciones pero sigue cercano al zar. ¿Pero qué relación tienes con él?

- Verás, es un familiar lejano; hace tiempo, él estuvo muy enamorado de mi madre, y, al parecer, muy seriamente enamorado. ¡Cuántas veces, de niña, me cogió en sus brazos y me regaló bombones! Naturalmente, hasta hoy, no se me había ocurrido recordarle mi existencia. ¡Qué puedo esperar de gente como él! Pero me di cuenta de que ahora podría serme útil. Le escribí solicitándole audiencia. Me respondió a vuelta de correo dándome una cita.

- Y bien, Vera, cuéntame pronto cómo ha ido eso —pregunté con curiosidad—. Imagino que has debido dejar boquiabierto al anciano, que se habrá sentido feliz de volver a ver a su pequeña preferida...

Yo recordaba lo que se decía del anciano conde, que se había hecho muy devoto, y se pasaba los días entre ayunos y oraciones. Debió de ser curioso su encuentro con Vera. Ante ese pensamiento, se me escapó una risa involuntaria.

- No tiene ninguna gracia, esto no es divertido en absoluto —dijo Vera con un tono ofendido—. Presta atención y verás que sé actuar como una muchacha inteligente, ¡de ideas geniales, a veces! —prosiguió—. ¿Crees que me presenté en su casa como una nihilista? ¡Por nada en el mundo! Sé muy bien que todos esos pecadores tienen a bien hacer cuaresma al llegar a la vejez, que no saben resistirse a una bonita cara. Cuando ven un gentil palmito, se derriten enseguida, se enternecen y no pueden negarle nada. Por eso me he puesto guapa para ir a su casa, incluso encargué el vestido

que ves para la ocasión —Vera señaló su vestido con aire satisfecho—. Pero me presenté allí con el aire más modesto posible, más inocente, para no alarmarlo.

"El conde me había dado cita para las nueve de la mañana. Llegué, al fin, a su casa. ¡Si supieses cómo viven esos altos dignatarios! ¡Quien toma el hábito de monje, hace voto de humildad y se mortifica no debería vivir en un palacio así! Un suizo con su bastón estaba a la entrada, con aire temible, también él parecido a un dignatario. En un primer momento, no quería dejarme entrar, pero yo le mostré la carta del conde. Entonces, golpeó con el bastón un gong de cobre; al punto apareció —saliendo de no se sabe dónde—, un criado que lucía una librea húngara, que me acompañó hasta lo alto de una escalera de mármol adornada con flores en macetas. Aquí nos aguardaba otro criado; me señaló el camino a través de una hilera de piezas, y me dejó con un lacayo en librea. No sé cuántos salones y salas me hizo recorrer. Por todas partes, suelos de marquetería, que brillaban como un espejo y tan deslizantes que poco me faltó para caer. Los techos estaban pintados, los espejos con sus marcos dorados colgaban de las paredes; los asientos, también dorados, estaban tapizados de damasco. Y todo estaba desierto, no vivía ni un alma. El lacayo con aire grave, caminaba en silencio, sin decir ni una palabra... Finalmente, llegamos al gabinete del conde, donde nos acogió su ayuda de cámara. Los lacayos precedentes eran todos altos y vestían libreas bordadas en oro, mientras que éste era un anciano bajo, que no tenía buen aspecto, en simple levita que parecía muy desgastada, con una cara inteligente y astuta de verdadero diplomático. Me miró de arriba abajo, sin darse prisa, como para penetrar mi alma, después dijo: "— Por favor, espere aquí, señorita. Su Excelencia acaba de levantarse y está en oración.

"Me dejaron sola en el gabinete. Era una pieza inmensa, desde un extremo se distinguía mal lo que había en el otro. Pero aquí, no había espejos ni dorados; los muebles eran simples, de encina. Aquí

y allá oscuros y dobles cortinajes, que, sólo en parte, ocultaban las ventanas; la pieza estaba sumida en una semipenumbra. Un rincón estaba ocupado por un enorme armario con iconos, ante el que ardían lamparillas.

"Permanecí sentada, esperando. El tiempo parecía discurrir lentísimo. ¡El conde no viene! Mi paciencia estaba al límite. Presté atención. Me pareció oír detrás de uno de aquellos cortinajes un farfúleo incoherente. Levanté con precaución un extremo de la cortina y vi otra pieza, con las paredes cubiertas por un paño negro, semejante a un oratorio católico; se veían iconos por todas partes, crucifijos y lamparillas. Allí, en un rincón, pude ver a un anciano escuálido, parecido a una momia, que susurraba, se santiguaba a cada momento y se prosternaba. Estaba entre dos corpulentos lacayos que lo sostenían, y que lo arrodillaban y lo alzaban sin pausa como a un muñeco con resortes... Uno de ellos, además, contaba en voz alta el número de prosternaciones que su Excelencia había efectuado aquel día. "Era tan divertido contemplarlos que mi timidez desapareció. Cuando el lacayo llegó a cuarenta —quizá con eso bastaba para todo el día— el conde fue llevado a la pieza. Apenas tuve tiempo de dejar caer la cortina y adoptar un aire tranquilo, cuando su Excelencia estaba ante mí.

"Al verme, exclamó: "¡Señor, pero si es Alina (es el nombre de mi madre), el vivo retrato de Alina! (35)" En ese momento se le escurrió una lágrima. Se puso a bendecirme haciendo sobre mí, una y otra vez, la señal de la cruz, y yo le besé las manos esforzándome también por arrancar una lágrima de mis ojos.

"El anciano comenzó a evocar el pasado, enterneciéndose, y yo, no tan tonta, me adapto a la situación y no le digo ni una palabra de mi asunto, le cuento garmabinas, le digo que mi madre se acordaba constantemente de él y lo veía en sueños. ¡Cómo se me pudo ocurrir todo eso, es algo que resulta incomprensible para mí!

"Su Excelencia se ablandó por completo, como un viejo gato al que

se le cosquillea tras la oreja. Por sus palabras, parecía querer ofrecirme la luna, forjándose toda clase de proyectos a mi cuenta. Poco faltó para sugerirme su deseo de presentarme en la Corte. Sí, sabes, hubo un momento en que estaba dispuesto a adoptarme como su hija; él no tiene familia. Su mujer y sus hijos han muerto.

"Me di cuenta de que había llegado el momento de la verdad. Le dije súbitamente entre lágrimas: "Amo a alguien, y, lo único que necesito, es tener la posibilidad de casarme con él".

- Y entonces, ¿cómo se tomó el conde esa confesión? —le pregunté entre risas.

- Normalmente, incluso con simpatía, al principio; se puso a consolarme, para que dejase de llorar, prometió intentar hacer todo lo posible. ¡Pero cuando supo con quien quería casarme, ya fue otra cosa! El anciano se enfureció, no quiso oír nada más. Cambió completamente de tono, pasando del *tú* al *usted*. Ya no seguía llamándome su niña y su ángel, comenzó a tratarme de "Señorita". "Si una joven de buena familia, señorita, tiene la desgracia de enamorarse de una persona indigna, no le queda a sus padres más que rogar a Dios que ilumine su espíritu." Bueno, entonces me di cuenta de que el asunto iba por mal camino, y que la desesperación comenzaba a apoderarse de mí.

Vera, dudando, interrumpió bruscamente su relato.

- Y entonces, Vera, ¿qué ocurrió? Cuenta lo demás, te lo suplico — insistí.

- Verás, a fe mía, ya no recuerdo muy bien todo lo que ha pasado después, ni de lo que verdaderamente le dije. Pero ocurrió... que de pronto comprendió que tenía absoluta necesidad de casarme con Pavlenkov para ocultar una falta y salvar mi honra.

- ¡Ah, Vera! ¿No has tenido vergüenza de engañar a ese pobre

anciano? —exclamé reprobadoramente.

- ¡Engañar a ese pobre anciano! —repitió con un tono burlón. ¿Por qué habría de avergonzarme? Y él, ¿crees que tiene vergüenza? Con su situación y su ascendencia sobre el soberano, imagínate todo el bien que podría hacer, lo útil que podría ser. Pero ¿qué hace en cambio? Se golpea la cabeza contra el suelo, con la esperanza de obtener en el cielo el mismo confortable rincón que aquí en la tierra. De los demás, poco se preocupa. Me ha demostrado afecto, pero ¿por qué? Porque le ha gustado mi palmito: eso le ha llevado a recordar sus viejos pecados, le ha encendido un poco la sangre. Mil gracias por eso. Pero a los otros jóvenes, a los que se pudren y mueren en Siberia, ¿cómo los trata? ¡Está claro! ¡Cuántas condenas habrá firmado en su vida! ¿Me hubiera atrevido a engañarlo si pudiese hablar con él francamente? Pero era imposible. Me di cuenta de que aunque simplemente le pidiera: "¡Salve a Pavlenkov!" Me respondería: "A usted no le han dado vela en ese entierro, señorita". Y todo quedaría dicho. ¿Cómo no obrar con astucia?

Vera se encolerizaba, y la emoción ponía un toque carminado en sus mejillas.

- Continúa, continúa, te lo ruego —le dije, acuciándola—. ¿Y entonces?

- Entonces, al principio, se enfureció de una manera terrible. Se puso a recorrer la pieza y, según la costumbre de todos los viejos cuando están excitados, murmuraba entre dientes, pero tan alto que yo podía oírlo todo: "¡Desgraciada chiquilla! ¡Faltar a las conveniencias hasta ese punto! ¡Y de tan buen linaje! No es merecedora de que haga nada por ella, pero, al menos por su madre, tengo que ayudar a esta granuja. Tiene que reparar su falta, para no cubrir de oprobio a toda su familia... "

"Se desplazaba así por la pieza, murmurando. Al oírlo, tenía ganas de reír, pero adopté un aire contrito. Permanecí sentada, con los

brazos caídos, sin atreverme a alzar los ojos; en una palabra, era el retrato clavado de Gretchen. Finalmente, se paró ante mí y me dijo con un tono severo e imponente: "Siéntate al escritorio, Vera, y escribe al soberano que caes a sus pies y solicitas autorización para casarte con tu canalla seductor. Yo me encargo de transmitir tu petición e intentaré que nada se divulgue".

"Me apresuré a darle las gracias al anciano, pero me rechazó: "No lo hago por ti —dijo—, sino por tu madre." "Me senté para escribir bajo su dictado, pero surgió otra dificultad. Me dictó aquel texto sin hacer alusión a Siberia. "¿Y Siberia? —pregunté—. Es a Siberia a donde quiero seguir a mi marido." Se echó a reír: "No te pedirán eso. Una vez borrada la falta, vive a tu aire donde quieras; como honesta viuda". "¡Imagina el miedo que me entró, al oír esas palabras! ¿Qué podía hacer? Insistir en lo de Siberia era peligroso, podía sospechar y descubrir de qué se trataba. No sabía cómo salir de aquello. Pero súbitamente, tuve una idea luminosa. Le dije que a modo de penitencia quería imponerme el desafío espiritual de seguir a mi marido a Siberia, para pagar mi falta. Eso era más comprensible para el anciano, se correspondía mejor con su sentido de la vida.

"Se emocionó mucho y me dijo que no se oponía: "¡Es una piadosa acción!" Me bendijo y, al partir, cogió un pequeño icono de la pared y me lo colgó al cuello.

- ¿Y después, después? —la acució.

- Después, de alguna manera, todo se arregló solo. De regreso a casa, no le dije a nadie donde había estado. Pero aún no había transcurrido ni una semana cuando mi hospedera acudió a mi pieza, agitada, ruborizada, y me tendió una tarjeta de visita. La emoción casi le impedía hablar: "Ha llegado un general que quiere verla, ¡alguien imponente! Envió a un lacayo con librea para preguntar si la señorita estaba en casa, quiere verla; él se ha quedado esperando en la calesa".

Leo la tarjeta: *Su Excelencia el príncipe Gelobitzki*, y debajo, añadido a lápiz: *de parte del conde Ralof*. Adiviné al instante el motivo de su visita. "Hazle entrar" —dije—. Mi hospedera estaba descompuesta: "¡Ah! ¡Dios mío! ¡Qué hago! ¡El general es tan susceptible! ¡Aún no hice la limpieza! Y, por desgracia, hay al fuego una sopa de coles para el mediodía, se huele en toda la casa. ¡Dios nos guarde! —No tiene importancia —dije—, ¡el general sabrá que comemos sopa de coles! Hazlo subir.

"Oigo al general subir la escalera, —y la nuestra es sombría, estrecha, muy vieja—, que rechinaba bajo sus pasos, su sable golpeando contra cada barrote. Todos los chiquillos del inmueble han asomado la cabeza; no se atreven a acercarse y se mantienen a distancia, con los dedos en la nariz o en la boca, mirándolo como a un animal salvaje. "El general entra en mi pieza. Es de mediana edad, no muy viejo, de una elegancia rebuscada, con largo bigote enhiesto y entrecano, visiblemente untado en cosmético; apesta a perfume. Nunca en su vida, pienso, debió encontrarse ante un cuadro así, pero, como hombre bien educado, no deja ver su sorpresa. La arrendadora se da prisa en acercarle un sillón de madera, tapizado burdamente. Poco importa, no parece darse cuenta y se sienta con la misma desenvoltura con que lo haría en cualquier salón aristocrático; pone su casco sobre las rodillas, estira una pierna y se dirige a mí con una sonrisa amable: "*C'est bien a la princesse Vera Barantsov que j'ai l'honneur de parler?*

—Sí, —respondí—, la misma". Con un ademán le indicó a la hospedera que nos dejase solos, se inclinó hacia mí, con aire confidencial, y me dijo que lo había enviado el soberano en persona para saber si era verdad que quería casarme con el criminal político Pavlenkov y seguirlo a Siberia. "Es verdad" —repliqué.

"Entonces quiso hacerme entrar en razón. ¿Cómo una señorita tan joven, tan bella, una tal belleza podía perderse así? ¿Había reflexionado bien mis actos? ¡Yo, una aristócrata rusa, casarme con

un judío converso, un criminal de estado! ¡Mis hijos no tendrían ni nombre ni título! ¡Y me lo reprocharían cuando fuesen mayores!"— Ya he pensado y reflexionado sobre todo eso —dije—, y no cambiaré de parecer.

"El general vio que yo me aferraba a mis intenciones. Entonces, con aire bondadoso, paternal, entrecerrando un ojo, se inclinó hacia mí, me cogió de las manos y dijo: "Yo ya no soy joven. Tengo hijos. Voy a hablarle como si se tratara de mi propia hija. ¡Sabemos lo que puede ocurrir— le a las jóvenes! Usted no es la primera ni será la última. Pero no merece la pena que arruine su vida por un desliz. El soberano es misericordioso, y el conde tiene buena disposición hacia usted: está dispuesto a actuar en su favor. ¡Si fuese necesario, podemos ayudarla de distinto modo, buscándole otro marido!"

"Seguí fingiendo que no comprendía, y repetí que quería casarme con Pavlenkov y acompañarlo a Siberia. "El general vio que era tiempo perdido. Se levantó, me saludó y se fue; entonces, corrí a casa del abogado de Pavlenkov para contárselo todo, y le dije: "Vaya a ver a su cliente enseguida e infórmele del plan que hemos ideado para salvarle."

"Algunos días más tarde, recibí una carta autorizándome, a mí, la princesa Barantsov, a contraer legalmente matrimonio con Pavlenkov, criminal de estado y judío, una vez que él hubiera renunciado a la confesión judía y se hiciese ortodoxo; la ceremonia nupcial tendría lugar en la iglesia de la prisión.

Vera se calló, pensativa. Permanecimos algunos minutos sin decir nada.

- Vera —dije al fin, tristemente—, ahora la suerte está echada, y es demasiado tarde para lamentarlo. Te has tirado de cabeza al abismo. Pero ten la gentileza de decirme ¿por qué no has venido a verme ni una sola vez antes de casarte, por qué no me has dicho ni una sola palabra de lo que maquinabas? ¡Somos amigas!

Vera me abrazó y se echó a reír:

- ¡Preguntas demasiado! —exclamó alegremente—. ¿Se ha visto alguna vez a alguien arrojar al abismo de otra manera que de cabeza? ¿Qué crees? ¿Que cuando alguien quiere ahorcarse, antes de ponerse la soga al cuello llama a sus amigos y les pide su bendición?

- ¿Reconoces que te has tirado al abismo? —pregunté con ternura.

- Verás —respondió Vera tras un instante de reflexión—, no se trata de una pose ante ti ni de un gesto teatral. Te lo diré sinceramente: en el momento en que recibí ese papel y supe que ya no había impedimentos, que había conseguido mi objetivo, hubiera debido alegrarme, no es eso, pero se me encogió el corazón. ¡Y eso ha durado toda la semana, hasta que nos casamos! Me busqué toda clase de ocupaciones para mantenerme activa y no pensar en nada. Durante el día, con la gente, aquello marchaba, tenía un ánimo decidido, pero cuando caía la noche y me quedaba sola, aquello ya no marchaba en absoluto, mi corazón se encogía y comenzaba a ganarme el miedo. "Finalmente, hoy, fui a la prisión. Me hicieron entrar. Una sólida puerta blindada se cerró ruidosamente tras de mí. Fuera hacía calor, brillaba el sol, pero, allí, todo era sombrío, con un olor a humedad. Era siniestro. Me pareció que todo lo había dejado tras aquella puerta: mi felicidad, mi libertad, mi juventud. Comenzaron a zumbarme los oídos y tuve la impresión de que me arrojaban a algún pozo negro y sin fondo.

"Le enseñé mi papel a quien correspondía. Me condujeron por interminables pasillos. Me acompañaban dos gendarmes, uno iba delante, otro detrás de mí. Durante ese recorrido, individuos uniformados se asomaban a las puertas laterales y me miraban de arriba abajo con una desvergonzada curiosidad. Sin duda, el personal de la prisión había barruntado el casamiento que iba a tener lugar, y todos decidieron echarle un vistazo a la prometida. Con descaro, en voz alta, se intercambiaban opiniones a mi cuenta. Pude oír cómo un

oficial le decía a otro en voz alta: *Ces sacrés nihilistes ne sont pas dégoutés, ma foi! C'est vraiment dommage d'accoupler un beau brin de fillette comme ça a un brigand de for — cat. Passe encore, si l'on avait le droit du seigneur!* "Su camarada respondió algo que no comprendí, una obscenidad, sin duda, pues ambos se echaron a reír a carcajadas, hicieron sonar sus espuelas, y, cuando se cruzaron conmigo, se inclinaron hacia mí, después me miraron con tanta insistencia y desfachatez, y desde tan cerca, que casi sentí sus bigotes rozándome la cara.

"A cada paso, mi corazón se encogía cada vez más. Te confesaré francamente que en aquel momento, si alguien hubiera venido a proponerme que renunciase al matrimonio, me hubiera escapado sin mirar atrás.

"Por fin, llegamos a una exigua pieza vacía, de paredes pintadas y desnudas, con dos sillas de madera por todo mobiliario. Me dejaron sola, diciéndome que esperase. Si permanecí allí mucho tiempo, no lo sé. El tiempo me parecía interminable. Las dudas me invadían cada vez más: " ¿Tengo razón para actuar así? ¿No estoy a punto de cometer una tontería terrible e inexcusable?" Lo más pavoroso era pensar en mi inminente encuentro con Pavlenkov. Temía no reconocerlo. ¿Qué me diría? ¿Había comprendido mi gesto? Intenté avivar en mi pensamiento la imagen bajo la que me había aparecido aquellos días atrás, pero todos mis esfuerzos resultaron vanos.

"Finalmente oí pasos, la puerta se abrió y dos gendarmes introdujeron a Pavlenkov. Qué aire tenía, qué rostro, no puedo decirlo. Solamente recuerdo que llevaba una capa gris de carcelario y que tenía el pelo cortado al cero. "Nos concedieron algunos minutos de intimidad; los gendarmes se habían apartado y ponían cara de no mirarnos. "Lo que pasó a continuación entre nosotros, sólo lo recuerdo como en un sueño. Me parece que Pavlenkov me cogió las dos manos y dijo: "¡Gracias, Vera, gracias!" Su voz se quebró; yo tampoco sabía qué decir. Pero, puedes creerlo, desde el momento

que entró en la pieza, todos mis temores desaparecieron. En el fondo de mi alma, todo estaba claro y luminoso. Todas mis dudas habían volado. A partir de entonces supe que había actuado bien, que no podía actuar de otra manera. "Nos trasladaron a la iglesia, nos pusieron uno al lado del otro, el sacerdote nos cogió de la mano y nos hizo rodear el facistol [\(36\)](#). Todo eso, también, lo veo como a través de una niebla. Por un momento, cuando se expandió raudamente una vaharada de incienso y los chantres exclamaron: ¡Aleluya, Isaías!, caí en una especie de estado onírico: me parecía que no era Pavlenkov quien estaba a mi lado, sino Vassiltsev, y oí clara y nítidamente su voz querida. Yo lo sé, sé de manera cierta que él me hubiese aprobado, que se hubiera sentido contento de verme allí. Y súbitamente todo se aclaraba, toda mi vida futura se abría ante mí como un libro: partiría a Siberia, viviría cerca de los deportados, les aportaría consuelo, estaría a su servicio, transmitiría sus cartas a sus allegados...

La voz de Vera se hizo inaudible y estalló en sollozos.

—... Y decir que he pasado todo el invierno cansada de esperar en busca de una causa —añadió con un tono vivaz y alegre. Pero la tenía allí, mi causa, en la mano, ¡y qué causa! No hubiera podido encontrarla mejor. Te confesaré algo: para cualquier otro cometido, ya sea la propaganda revolucionaria o la actividad clandestina, yo no sería la activista más conveniente, a fe mía. Para eso hace falta una gran inteligencia, ser elocuente y saber movilizar a las personas, hacerse obedecer y todo eso, lo cual no está en mis habilidades. Y, por otra parte, me daría mucha lástima exponer a los demás al peligro. Pero ir a Siberia, eso sí está hecho para mí, ¡y es una verdadera causa! Así, pues, todo ha sido muy sencillo, muy inesperado, como si eso se hubiese arreglado sin ninguna intervención, por sí mismo. ¡Señor, qué feliz soy!

Se arrojó a mi cuello y permanecimos largo tiempo abrazadas y llorando.

Aproximadamente seis semanas más tarde, acompañé a Vera a la estación Nicolás desde donde iniciaría su largo viaje. Inmediatamente después de la boda, Pavlenkov fue enviado a Siberia con un grupo de otros prisioneros. Debían hacer la mayor parte del trayecto a pie. En adelante, sería Vera la que tuviese que partir, para encontrarse allí con su marido. No marchaba sola: la acompañaban otras dos mujeres, una que iba a encontrarse con su hija deportada, y, la otra, con su marido. Viajarían en tercera clase, naturalmente, pero aún era un medio de locomoción lujoso y cómodo en comparación con lo que les esperaba más adelante. Por esa época, la vía del ferrocarril se detenía en la frontera de la Rusia europea; a partir de ahí había que viajar en carreta o trineo. En el mejor de los casos, es decir si no encontraban ningún obstáculo en el camino, el viaje debía durar dos o tres meses. ¿Y qué les esperaba allí? Pero ninguna de las tres, aparentemente, pensaba en ello; estaban tranquilas, colmadas de algo como una íntima y secreta felicidad.

La singular excitación que envolvió a Vera los primeros momentos que siguieron a sus arriesgadas gestiones, había tenido tiempo de apacarse, y, ahora, se había encontrado a sí misma, volvía a ser la joven serena, soñadora y reservada que antes había conocido. Había adelgazado un poco y parecía más madura; pero sus azules ojos continuaban mirando a lo lejos con audacia y vivacidad, y era realmente emotivo ver con qué tierna solicitud rodeaba a sus dos compañeras de viaje, en particular a la de más edad. Las tres parecían estar unidas por una sólida amistad, esa amistad que sólo la desgracia puede forjar.

Había mucha gente en la estación; algunos habían venido por curiosidad o simpatía, otros porque tenían familiares o amigos en Siberia y querían transmitirles un saludo o algunas noticias por mediación de los que partían. Ocioso decir que la presencia policial era considerable.

Apenas pude intercambiar algunas palabras con Vera, pues todo el mundo se apretujaba en torno a ella. Cuando sonó la última campanada y el tren estaba a punto de salir, ella me tendió la mano por la ventanilla para un último adiós. En ese momento, el destino que le aguardaba a ese ser tan joven y encantador se me apareció tan vivamente que sentí una extraña congoja y por mis ojos comenzaron a resbalar algunas lágrimas.

—¿Lloras por mí? —dijo Vera con una luminosa sonrisa. Ah, al contrario, ¡si tú supieras cuánto os compadezco a todos los que os quedáis aquí!

Aquellas fueron sus últimas palabras.



ACERCA DE LA AUTORA

Sofía o Sonia Vasílievna Kovalévskaya (Moscú, 15 de enero de 1850-Estocolmo, 10 de febrero de 1891), fue una matemática y escritora rusa que hizo contribuciones significativas en los campos del análisis, las ecuaciones diferenciales parciales y la mecánica. Fue la primera mujer que consiguió una plaza como profesora universitaria en Europa

Nacida y criada en el seno de una familia gitana rusa de buena formación académica, Sofía era también descendiente de Matías Corvino, rey de Hungría.

Desde los ocho años vivió en Palibino (Bielorrusia), en una casa donde se respiraba un denso ambiente cultural y científico. Amaba desde niña la lectura y la poesía, y llegó a cultivar con éxito la

autobiografía, la novela y el teatro. Pronto adquirió un pensamiento muy independiente, influido por su hermana mayor, la socialista Anna Jaclard.

Una nihilista es su única novela.

Notas

1 Las palabras o expresiones en cursiva van en francés en el texto original ruso.

2 Este Instituto de enseñanza superior de San Petersburgo (denominado Cursos Bestoujev, por el nombre de su primer director, el historiador K.N. Bestoujev— Rioumine), destinado a las mujeres (que no tenían acceso a la Universidad, en Rusia como en los demás países de Europa), fue abierto en 1878. Kovalevskaja formó parte del comité de organización. El tiempo de la ficción y el de la autobiografía están mezclados: Sofia Kovalevskaja regresó a Rusia procedente de Alemania en 1874, y fue en 1876 cuando conoció a Vera Gontcharova, prototipo de la heroína.

3 La dessiatina equivale a 1, 092 ha.

4 Club de la nobleza, en Moscú, célebre por su restaurante.

5 La archina equivale a 0,71 m.

6 Estos tratamientos de cortesía, así como los patronímicos que los acompañan van en alfabeto latino en el texto original ruso.

7 Se trata del manifiesto imperial que ponía fin a la servidumbre. Redactado en un estilo arcaico y ampuloso, el manifiesto fue mal comprendido por el pueblo y suscitó decepción o esperanzas infundadas. Los campesinos obtenían la libertad personal, pero debían comprar a su propietario la tierra de la que ellos tenían rentabilidad.

8 La versta equivale a 1, 067 km.

9 Extraído del poema de N. Nekrassov "El silencio" (1857).

10 Institución para jóvenes de la nobleza creada en 1764 por Catalina la Grande siguiendo el modelo de San Ciro, cerca del monasterio de Smolny, en San Petersburgo.

11 Eco de *Eugenio Onieguin* de Pushkin (cap. III, XVII).

12 El Instituto tecnológico de San Petersburgo era conocido por ser un foco de estudiantes y profesores rebeldes, con la Academia de medicina y cirugía y la Universidad (respectivamente el 12, 6 %, 25,9 % y 10, 8 % de los estudiantes que tomaron parte en la "marcha del pueblo" de 1874 procedían de ahí); cf. V. N. Ginev (ed.), *Revoljuctionery 1870—x godov* (*Los revolucionarios de los años 1870*), Leningrado, 1986, p. 40.

13 La suerte de Vassiltsev recuerda a la de A. N. Engelgardt (1832—1893). químico de renombre, profesor en el Instituto agronómico de San Petersburgo, confinado a residencia en su dominio de la provincia de Smolensk en 1870, donde escribió las notables *Cartas del campo* sobre la situación de los campesinos y de la agricultura en los años 1870—80.

14 En ruso: *kiseinaia barychnia*, literalmente, señorita de muselina o "atolondrada". La expresión, que hizo fortuna, fue utilizada por el escritor N. Pomialovski (1835-1863) en *Un amor pequeñoburgués* (1861), y designa a una joven amanerada, de limitado horizonte.

15 Atentado fallido contra Alejandro II, el 4 de abril de 1866 en San Petersburgo.

16 Una osteomielitis, sin duda.

17 Eco de la "lucha por la existencia" descrita por Darwin.

18 Aleksandr Dobrolioubov (1836—1861), crítico literario, poeta, uno de los principales ideólogos del nihilismo de los años 1860, socialista utópico.

19 Se trata sin duda de los hijos de los campesinos, a los que Vera daba clases. Como el motivo no se ha tratado antes, es uno de los signos de que el relato estaba inacabado.

20 Viatka (Kirov de 1934 a 1991) está aproximadamente a 1 000 km al nordeste de Moscú. Herzen, Saltykov—Chtchedrine y otros fueron confinados ahí a residencia.

21 Era el color distintivo de la policía política ("gendarmes"), como más tarde del KGB.

22 Se enriqueció a expensas de su amo. El tema es frecuente (cf. el final de *La Dama de picas*, de Pushkin).

23 La insurrección polaca tuvo lugar en 1863, el atentado (fallido) de Karakozov contra Alejandro II en abril de 1866, la deportación de Tchernychevski en mayo de 1864. Entre las obras inacabadas de S. Kovalevskaja, la titulada *El nihilista*, se inspira en la vida de Tchernychevski.

24 Fue P. Lavrov, emigrado a París, quien fue, después de Herzen, el principal inspirador de la "marcha del pueblo" de 1874.

25 Fue la expresión y el programa de Tolstoi a partir de los años 1880 ("tolstoísmo").

26 Muchos de esos propagandistas fueron condenados a la deportación. Entre los condenados de 1873—1877, se encontraban 279 nobles, 197 hijos de sacerdotes, 117 hijos de oficiales superiores, 137 "campesinos" (en su mayoría obreros o artesanos), 68 judíos: F. Venturi, *Los intelectuales, el pueblo y la revolución. Historia del populismo ruso en el siglo XIX*, París, Gallimard, 1972, p. 964.

27 El senado era a la vez un alto tribunal de justicia y un tribunal de cuentas; los senadores eran nombrados por el zar.

28 S. Kovalevskaja se inspira en el "proceso de los 193", y también en el denominado de los 50 (en marzo de 1877, con una tercera parte de mujeres inculpadas) que, a diferencia del de los 193, estuvo abierto al público, y provocó en éste una impresión contraria a la esperada por las autoridades: "Incluso los que eran hostiles a los revolucionarios se sorprendieron al ver hasta qué punto estaban dispuestos a sacrificarse: "¡pero si son santos!", exclamaron todos aquellos que pudieron asistir a ese memorable proceso" (S. Stepniak [Kravtchinski], *Podpol'naja Rosija (la Rusia subterránea)*, Londres, 1893, p. 17). Todos los inculpados eran "populistas" que habían sido arrestados en 1874 por haber hecho propaganda entre los campesinos.

29 La primera inculpada recuerda a Sofia Perovskaia (nacida en 1853); su padre había sido gobernador de Petersburgo; sería absuelta en el "proceso de los 193"; a continuación participaría en el atentado contra Alejandro II del 1° de marzo de 1881 y sería ahorcada; la segunda es quizá Ekaterina Brechko—Breckovskaia (1844—1934), que fue condenada a cinco años de presidio, y se convertiría en la "gran madre de la revolución".

30 Pavlenkov tiene como prototipo al populista Isaac Pavlovski (1852—París 1924), pero la novela se aparta mucho de la realidad. Estudiante de medicina, judío, Pavlovski había sido arrestado en 1874 por difundir literatura ilegal. En el "proceso de los 193" (en el que había 13 judíos), sus años de detención preventiva le fueron contados como pena y fue puesto en libertad. Sofia Kovalevskaja había *intervenido* cerca de Dostoievski para que éste solicitara del célebre abogado A. F. Koni que consiguiese para Pavlovski el derecho de ver a su novia, Vera Gontcharova. Arrestado en 1878 por su participación en una manifestación de apoyo a Vera Zassoulitch, Pavlovski fue confinado a residencia en la provincia de Arkhangelsk,

de donde huyó a Estados Unidos y después a Francia. En París, se casó con Vera Gontcharova, que fue una de las cuatro primeras estudiantes en inscribirse en medicina. Pero Pavlovski resultó ser un marido despótico, y fue S. Kovalevskaja quien ayudó a Vera a regresar a Rusia... Turgueniev escribió un prólogo para las memorias de Pavlovski ("En la celda. Impresiones de un nihilista", *Le Temps*, 12 de noviembre 1879) y éste escribió *Recuerdos de Turgueniev* (París, 1887). Es autor de *Estudios y bocetos parisinos (Crimen y miseria; Higiene social*, París, 1895), de traducciones y relatos. Fue condecorado con la Legión de honor en 1896. Corresponsal de *Nuevos Tiempos (Novoe vremia)* de A. Souvorine, escribió bajo el seudónimo de I. Yakovlev artículos favorables al régimen (fue pronto indultado) y era conocido como antisemita (cf. *Russkie pisateli 1800—1917 [Escritores rusos 1800—1917. Diccionario biográfico]*, t. 4, M. 1999). Sobre los judíos en el movimiento revolucionario ruso de los años 1860—1870 véase A. Solzenitsyn, *Dos siglos juntos: 1795—1995*. I — *En la Rusia anterior a la revolución*, París, Fayard, 2002, cap. VI.

31 En el "proceso de los 193", 13 inculcados fueron condenados a penas de prisión de cinco a diez años, 23 a diferentes penas de confinamiento, los demás, que ya llevaban tres—cuatro años de detención preventiva, fueron puestos en libertad. Y 93 inculcados (de los 770 inculcados de la "Marcha del pueblo") murieron durante la detención preventiva, se suicidaron o enloquecieron. En francés, hay extractos del "proceso de los 193" en E. Lavigne, *Introducción a la historia del nihilismo ruso*, París, 1880, p. 352—402.

32 Los rusos llevan habitualmente la alianza en la mano derecha.

33 Bakunin, Lavrov, más tarde Trotski, Stalin.

34 La fosa Alexis contenía los calabozos más terribles de la fortaleza. Debe su nombre al hijo de Pedro el Grande, que allí fue torturado y allí murió. Su prisionero más célebre fue Netchaiev (de 1873 hasta su muerte en 1882). Dejó de ser utilizada en 1883 .

35 En el capítulo II, la madre de Vera se llama Maria.

36 "Símbolo del camino de la vida que [los esposos] deben recorrer según las enseñanzas de la religión" (Martine Roty, *Diccionario ruso—francés de términos usados en la Iglesia rusa*, París, Instituto de Estudios eslavos, 1983, p. 20).